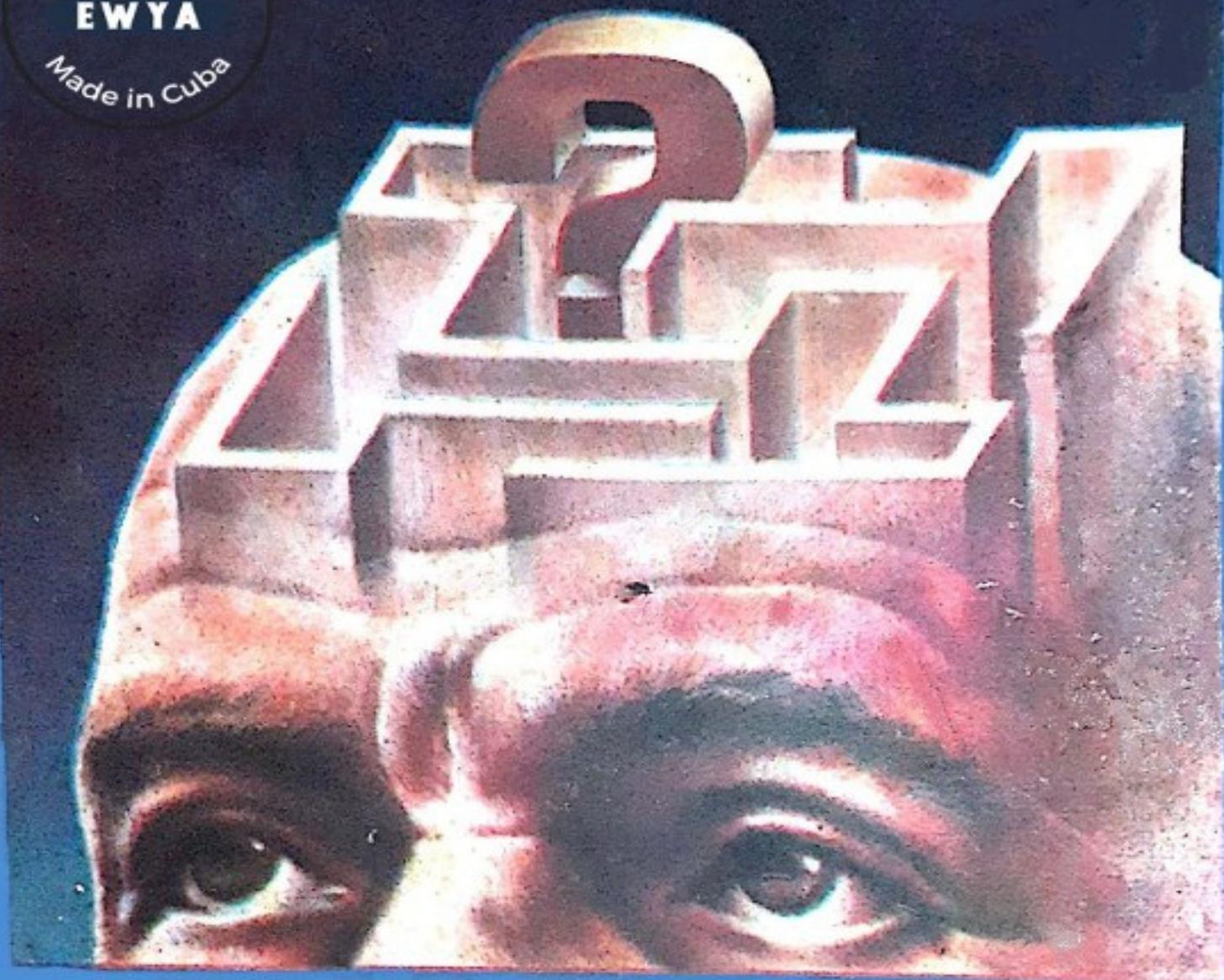


PROYECTO

EWYA

Made in Cuba



5



IGNACIO CARDENAS ACUÑA

**ENIGMA PARA
UN DOMINGO**

EDITORIAL
LETRAS CUBANAS
CIUDAD DE
LA HABANA, 1979

IGNACIO CARDENAS ACUÑA

**ENIGMA PARA
UN DOMINGO**

Enigma para un domingo, de Ignacio Cárdenas, es un apasionante argumento policíaco enmarcado en el corrupto ambiente de la Cuba seudorrepública, y cuyo desenlace se alcanza en nuestra época revolucionaria. Manejando acertadamente los recursos narrativos más característicos del llamado “ciclo negro” de la novela norteamericana, el autor nos ofrece las peripecias de un detective privado en su confrontación con personajes y estructuras sociales que entorpecen la aplicación de la justicia y el desentrañamiento de una cadena de crímenes. Esta obra, que inauguró en nuestro país lo que ha dado en llamarse “la nueva novela policíaca”, logra cautivarnos con su atmósfera de “suspenso”, al tiempo que nos revela las circunstancias de uno de los períodos más lamentables de nuestra historia.

COLECCIÓN: RADAR 5



Ignacio Cárdenas Acuña

ENIGMA PARA UN DOMINGO



ePub r1.0
ePub2.0

Edición: Josué Marrero
Cubierta: Luis Vega

© Ignacio Cárdenas, 1979
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1979

Este libro ha sido impreso
en el Combinado Poligráfico
“Osvaldo Sánchez”.
Se terminó de imprimir en el mes
de abril de 1979
“Año 20 de la Victoria”

EDITORIAL LETRAS CUBANAS
Calle G, No. 505, El Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba.

Editor digital: WeaR&WaZ
Colaborador: Madam_Buterflai
ePub base r2.1





—ewya_#024(13)—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de autores cubanos...

WeaR&WaZ[®]
©RíverDry 12.01.2022

*A la memoria de mi madre,
que me inculcó el amor por la literatura*

Introducción al enigma

¡oh, qué hermosa apariencia tiene la falsedad!

W. SHAKESPEARE

1

La muerte de Dédalo

Martín se irguió en el centro de la espaciosa sala de Rugmila. En su mano esgrimía una pistola browning, con un aditamento para amortiguar el ruido. Contemplado desde mi posición, sentado sobre cojines de un canapé forrado en terciopelo rojo, parecía aún más corpulento de lo que era en realidad. Era alto, musculoso y de cuerpo bien proporcionado. Sus ojos, centelleantes, de un azul claro, armonizaban con su tez blanca. Su pelo ondulado, ahora blanquecino, debió ser rojizo en su juventud. A pesar de esas señas, poco comunes entre nosotros, Martín era cubano. Yo lo conocía bien.

Rugmila, su amante, se situó a su lado. Era, en todos los sentidos, una mujer atractiva. No quiero decir bella. Era hermosa y, naturalmente, conforme a los costosos gustos de Martín; su edad fluctuaba entre los veinte y los veinticinco años. Sus ojos, intensamente negros, también recorrían el grupo de los presentes con una mirada temible.

—Todos deben levantar las manos —dijo Martín, y la torva deformación de su labio inferior, antes imperceptible, se acentuó.

Los otros dos, que compartían el canapé conmigo, se volvieron sorprendidos; yo no. Yo sabía que todo el cochino trabajo que realizábamos estaba al descubierto. El Departamento de Seguridad estatal conocía al dedillo todos nuestros movimientos. Yo lo había informado, sólo que, en aquel momento, no tenía la certeza de que él lo supiera. Mi propósito era entregarlos a todos, atados de pies y manos, pero algo había fallado y comencé a pensar en el plan de emergencia que yo había preparado para cubrir esa eventualidad.

Actuar en aquel momento no era oportuno, dado que dos de ellos, sentados a mi lado, podrían dificultar mis movimientos y, en todo caso, no podría batirlos. Me incorporé, pues, con los brazos en alto. El que estaba próximo a mí protestó ruidosamente.

—¡Silencio! —fue la seca orden de Martín—. ¡Vuélvanse y coloquen las manos sobre la pared!

Todos obedecimos.

—Regístralos.

Las manos de Rugmila extrajeron de mi cartuchera la luger que siempre llevo conmigo. Repitió la operación con los otros y se retiró.

—¡Siéntense todos! —ordenó Martín.

Yo me dirigí al sofá sin prisa para no evidenciar mis deseos de volver al mismo sitio. Los otros también retornaron al sofá, pero favoreciendo aún más mis propósitos, aunque con la intención de alejarlos de la línea de fuego, él les ordenó sentarse en dos sillones acojinados, algo distantes del canapé.

El que había permanecido callado hasta ese instante, exclamó:

—Creo que nos debe una explicación, Martín. Supongo que no pensaré que somos muñecos suyos.

Pronunció sus palabras displicente, aunque con cierto temblor en la voz.

—¡A callar! —rugió Martín, sin quitarnos la vista de encima. Se acercó a la puerta del dormitorio y gritó—: ¡Rugmila, tráela!

Varios segundos después, la puerta se abrió y apareció Rugmila acompañada de una mujer trigueña, alta, que se enjugaba las lágrimas con un pañuelo. Dio varios pasos vacilantes en la sala y dirigió hacia mí su índice, sin titubeos. En ese instante descubrió su rostro y la reconocí. Era la esposa del doctor Roja, que había sido detenido por la mañana. Entonces me pregunté qué desliz había cometido, aunque, claro, ya aquello carecía de importancia.

—Es él —balbució, y prorrumpió en ruidosos gemidos.

Martín fijó en mí, sombríamente, sus ojos azules. Su rostro parecía una máscara de cera blanca.

—Lo presumía —murmuró—. Ustedes pueden retirarse —dijo a los que ocupaban los sillones. Uno de ellos intentó decir algo y Martín repitió—: ¡He dicho *retirarse*! —Luego ordenó a su amante—: Llévatela, Rugmila.

El silencio que siguió cuando todos hubieron abandonado la sala pareció ser eterno; ambos pensábamos, sin duda, en lo mismo. Él manifestó sus pensamientos:

—Doce años, y todavía la sombra de Susana nos persigue, ¿eh, Ares?

Dijo esto con tono impersonal. Todo resentimiento había desaparecido de su voz. Los músculos de su rostro se habían relajado, dando a sus facciones ese aspecto personal que lo hacía tan atractivo.

—La hora de la comedia ya ha pasado para ti —dije—; ya no engañas a nadie, supongo que no pensarás que te he dejado alguna puerta libre.

Sonrió. Fue una sonrisa triste: la sonrisa del que espera la peor suerte y la acepta con coraje.

—Sé que estoy condenado, Ares. Me devolviste el golpe. Comprendo que debí huir de ti después de aquello, o aniquilarte. Todavía me pregunto cómo pude creer que no llegarías a saberlo nunca. ¡Fue una jugada tan perfecta! Lástima que estuvieras de por medio —hizo una pausa—. ¿Y ahora qué haremos? —preguntó—. Sin duda, Susana no se aplacará si me ve llegar solo. Debemos ir juntos, Ares. Hay algo de fascinación en ello.

Todo en él volvió a ser como antes: rostro como el granito, ojos inflamados de fatal resolución. Comprendí que había llegado el momento, y deslicé la mano debajo del cojín.

—¡Tú irás primero, Ares —bramó—, en el infierno nos veremos!

Traté de hurtar el cuerpo cuando presentí la inminencia del disparo. Luego disparé tres veces. En su rostro apareció una sonrisa como de triunfo. Balbució una frase que no entendí bien («lo sabía», o «lo temía»), y se desplomó a mis pies. Yo traté de incorporarme pero, repentinamente, el mundo vaciló bajo mis plantas. Mascullé una blasfemia y la oscuridad lo invadió todo.

2

Los ojos invisibles

Sólo luces sobre la ciudad.

Un mes después, repuesto de las heridas que había recibido, ascendí la escalerilla del edificio principal del Departamento de Seguridad, custodiado por dos agentes.

En la puerta, dos soldados de cascos blancos, impecablemente uniformados, se cuadraron. Continuamos por un largo pasillo y nos detuvimos ante una de las cuatro puertas que daban a él. Uno de los agentes oprimió el timbre y, después de recibir la orden, avanzamos hasta situarnos cerca del único buró que había en la estancia. Ellos permanecieron en atención frente al hombre que lo ocupaba. Yo, entre ellos, me puse cómodo mientras mis ideas se agolpaban frenéticamente. Para serenarme, eché en torno a mí una rápida ojeada: un cubículo rectangular con varios archivos, dos butacones forrados de cuero, una mesita sobre la que descansaba una grabadora y, en la pared, varios cuadros de mártires de la Revolución.

—El señor es Ares, teniente —explicó el que estaba a mi derecha.

El aludido apartó el papel que leía y fijó en mí una mirada escrutadora. Hizo un signo de asentimiento, y dijo:

—Muy bien, pueden retirarse.

Los dos agentes saludaron y abandonaron la oficina.

—Puede sentarse, Ares.

Tomé asiento y le observé mientras hablaba por el intercomunicador. Era delgado y, aun sentado, podía advertirse su larga talla. El detalle más sobresaliente en su rostro era su mirada; revelaba inteligencia y sin duda una astucia poco común. En aquel momento sentí la necesidad de poner en orden mis ideas.

Varios minutos después entró en la habitación otro hombre. Éste era un negro corpulento, pero de ágiles movimientos. Su cara daba la impresión de

ser pequeña para un cuerpo como el suyo. Aunque era joven, una barba corta poblaba su mentón. Supuse que se trataba de un excombatiente de la Sierra.

El teniente lo llamó «René».

Se aproximó a nosotros y sin ninguna ceremonia tomó asiento. Sus ojos brillaban alegremente. Se tutearon en el saludo; deduje que el grado jerárquico de ambos era el mismo.

El teniente situó la grabadora en el centro del grupo y sonrió.

—Debemos registrar nuestra conversación, Ares —explicó cortésmente.

Hice un signo de asentimiento y empecé a serenarme; todo indicaba por parte de ellos un trato correcto, aunque, sin duda, serían inflexibles en sus propósitos de conocer la verdad.

René inició el interrogatorio. Tenía entre sus manos una carpeta. Evidentemente mi expediente.

—Ares, hace aproximadamente seis meses que salió usted de la cárcel, entre otras razones, por su buen comportamiento. —Aunque la inflexión de su voz no encerraba una pregunta, yo contesté:

—Cierto.

Él continuó hojeando los papeles.

—Varias semanas después hizo usted contacto con un tal Martín, que dirigía una banda de contrarrevolucionarios.

Asentí de nuevo, aunque esta vez con un gesto.

—Debido a su amistad con el citado Martín, usted pasó a ser, dentro del grupo, su hombre de confianza.

Sonreí. El teniente me observó.

—¿No está de acuerdo con nosotros en este aspecto, Ares? —inquirió.

Me encogí de hombros.

—Martín no confiaba tanto en nadie —contesté.

—Bien —prosiguió René—. Digamos que confiaba en usted más que en los otros, y que usted pasó a ser una figura destacada dentro del grupo.

—Es posible —dije.

—Aunque los manteníamos bajo permanente observación, debemos reconocer que poco después de ingresar usted en esa organización, comenzamos a recibir anónimamente una información muy valiosa sobre

todos los movimientos de la misma. Tenemos razones para suponer que usted nos enviaba esa información.

—Yo la envié —admití.

—¿Y firmaba, Ares...?

—«El Vengador.»

—¿Qué distinguía esta palabra de las demás?

—Un punto rojo dentro del contorno formado por la letra «D».

—Exacto —murmuró el teniente.

—Hasta ahora nuestras conjeturas son correctas —comentó René. Se volvió hacia su compañero y lo instó a proseguir.

El aludido dejó vagar su mirada, meditabundo, por la amplia estancia. Luego se volvió hacia mí.

—¿Podría explicarnos, Ares, las razones fundamentales de su actitud?

Presentí instintivamente que nos aproximábamos a la médula del asunto.

Pedí permiso para fumar y me lo concedieron. Encendí el cigarro y exhalé el humo pausadamente.

—¿Razones...? ¿Ustedes quieren razones? Era un contrarrevolucionario, ¿no? —observé la expresión de incredulidad del teniente y agregué—: ¿No es eso suficiente?

René hizo un gesto dubitativo.

—¡Vamos, Ares!, qué lógica tan simple la suya —exclamó el teniente—. No creo necesario hacerle comprender las ventajas que supone para usted que todo se aclare. Usted *también* es un contrarrevolucionario..., hasta que demuestre lo contrario.

Claro que lo era. Esboqué una sonrisa indefinida. Entre todas las ideas que me atormentaban, aquélla se destacaba con nitidez increíble. Fue también la más analizada cuando decidí aniquilar a Martín. Pensé en las consecuencias que de ella podrían derivarse y la obsesión de venganza ahogó en mi mente otras consideraciones. Pero, ¿por qué odiaba yo a Martín, hasta el punto de no importarme que al destruirlo pudiera fulminarme a mí mismo?

La voz de René me sacó de mis reflexiones.

—Esperamos, Ares —dijo.

—Bien —dije—, la razón fundamental fue vengarme, aunque también influyó la aversión que sentía por el trabajo sucio que hacían.

—Ya estamos situados en el camino correcto —adujo el teniente sonriendo—. Creemos —continuó— que sus razones están vinculadas a la condena de veinte años que le impusieron los jueces por la muerte del Cinqueño, un hampón que se suponía cómplice suyo en aquel sonado asunto que la prensa de la época bautizó como «el asesinato de la cortesana de la calle Cero». Hemos leído el sumario de la causa y está lleno de irregularidades. Por cierto, sus alegatos fueron poco convincentes y sin duda contradictorios.

—¡Qué chapucería, Ares! —opinó René—, ¿no cree?

Me encogí de hombros.

—No tengo de qué jactarme, si se refiere usted a eso.

—Evidentemente —repuso él—, pero es raro que en el sumario no se haga referencia a Martín. ¿A qué se debe eso?

—Es una larga historia —dije con desgano.

—Para comprender su caso —observó el teniente— es necesario que nos la cuente.

Lo observé vagamente. Mi primera idea fue objetar su orden. Luego súbitamente, sentí un incontenible impulso de contarle todo. Era un amasijo de obsesionantes recuerdos, que comencé a desenterrar y a ordenar.

Era la época en que, con mi carácter desaprensivo y escéptico, me burlaba de todo. Rebosante de vida, me embriagaba de entusiasmo en un trabajo que bordeaba peligrosamente los límites de todas las leyes conocidas. Entonces era incapaz de sospechar que aquella sociedad corrompida se desplomaría definitivamente nueve años después. Yo, por supuesto, no era ningún burgués, pero los sucesos en que me vi envuelto me fueron revelando brutalmente la podredumbre de aquel mundo que fenecía.

Mi vista recorrió una vez más aquel cubículo desprovisto de encanto.

—¿Qué pensaría usted, teniente —susurré—, si le dijera que el asesinato de Susana no hubiera tenido objeto si no se realizaba aquel domingo?

—¡Vamos, Ares! —exclamó René—. ¿Qué enigma es ése?

—Así es —dije—. No hubiera tenido sentido cometerlo otro día.

—¿Por qué no nos lo cuenta todo, Ares, y nos deja a nosotros sacar las conclusiones? —sugirió el teniente.

—Como prefieran —repuse y me acomodé en el asiento—; les ruego, sin embargo, que dejen sus preguntas para el final del relato.

Ambos asintieron con la cabeza.

—No hay objeción que hacer —aclaró René.

Me concedí varios minutos para acabar de ordenar mis ideas, mientras fumaba un cigarro. Luego, lentamente, comencé a exponer los triviales detalles que dieron origen al intrincado enigma de aquel domingo de julio de mil novecientos cincuenta y uno.

Primera Parte

El Enigma

—Decidme, Teodota, ¿tenéis tierra?
—Ninguna —respondió.
—Pero, ¿sí una casa que os da rédito?
—Tampoco casa —dijo.
—Pero tendréis trabajadoras —replicó Sócrates.
—Tampoco trabajadoras tengo.
—¿De dónde, pues, sacáis para vivir con lujo?
—Si un amigo llega a quererme bien —dijo—, de él vivo.

JENOFONTE: *Recuerdos de Sócrates*.

3

La caja de Pandora

Sólo luces sobre la ciudad.

Recuerdo vívidamente aquel atardecer estival. Las horas trascurrían apaciblemente. Nada en el sofocante ambiente presagiaba una noche de emociones. Entonces, mientras sorbía mi tercer daiquirí junto al mostrador del Plaza, la vi detenerse en la puerta con evidente indecisión. Su desconcierto fue breve. Se dirigió a un camarero que atendía a uno de esos clientes que prefieren sentarse a la mesa. No sé lo que le dijo, pero de cualquier modo no había duda de que se refería a mí. El camarero me señaló con el índice y ella atravesó el salón alfombrado taconeando con firmeza, y se detuvo a mi lado. Era joven. Apenas había dejado atrás la adolescencia. Su cuerpo, ceñido por un vestido de una sola pieza, irradiaba encanto. Mi exigente gusto sólo encontraba objetable el talle ligeramente alto, aunque quizás se debiera al vestido. Aparte de esta insignificante desarmonía, lo demás lo hallé muy bien.

Aprecié su atuendo y figura de una sola ojeada. No obstante, ella se ruborizó cuando dijo:

—¿El señor Ares?

Hice un signo de asentimiento y sonreí.

—Siéntese, por favor.

Luego chasquéé los dedos para llamar la atención del barman.

—Sírvale a la señorita, Carlos —ordené, y me volví hacia ella—: ¿Qué desea tomar?

—Nada, gracias. ¿Podría hablar con usted? —tartamudeó.

No me hice ilusiones en cuanto a los servicios que ella recabaría de mí. Era muy notoria mi reputación en aquella época. De seguro, un trabajo sucio.

—No quisiera ser descortés, señorita...

—Ramírez —susurró ella—. Glenda Ramírez.

—Muy bien, señorita Ramírez, me voy a permitir indicarle que tengo una oficina, donde suelo recibir a mis clientes. Además, hoy es mi día de descanso.

—¡Oh, perdón! —se disculpó haciendo un mohín que descubrió dos hoyuelos en sus mejillas—. Es un asunto tan urgente...; ya estuve en su oficina.

Percibí en su voz cierto temblor y noté que a ratos, en forma muy discreta, su vista se desplazaba inquieta hacia la puerta principal. Sonreí.

—¿Quién le dijo dónde encontrarme? —inquirí extrañado.

—Su chofer, es decir —rectificó—, el chofer de alquiler que usted suele emplear algunas veces. Sugirió que quizás estuviera usted en este bar.

Asentí con la cabeza y pregunté:

—¿Cuál es ese asunto tan apremiante?

—¿No podríamos hablar en... en privado? —inquirió ella señalando hacia una mesa aislada.

—Si usted lo prefiere, no tengo inconveniente —dije, y me puse de pie. Luego hice señas a Carlos para que me preparara otro daiquirí, y nos dirigimos a la mesa del rincón. Ella tomó asiento y echó una furtiva mirada hacia la puerta. Saqué el paquete de cigarros y le ofrecí uno, pero ella rehusó. Encendí el mío y adopté una posición que hacía evidente mi ánimo de escucharla.

—Se trata de mi padre —murmuró con labios trémulos—, el senador Gregorio P. Ramírez. Habrá oído hablar de él.

Reprimí los impulsos que tuve de preguntar qué significaba la «P», y dije:

—Sí. ¿Qué le ocurre?

—Una mujer lo chantajea —explicó bajando la vista.

El asuntico se tomaba interesante.

—Lo chantajea... —repetí para animarla a continuar. Ella se mordió el labio inferior y comenzó a titubear. La frasecita que solté con indiferencia para vencer su indecisión era un gastado cliché que siempre me había dado resultado.

—Está usted a tiempo de arrepentirse, señorita Ramírez —dije.

Entonces ella, entre sollozos, empezó a contar una historia tan vieja como un fósil.

El padre había tenido relaciones extramatrimoniales con una dama a la que ella conocía por Susana. Esas relaciones, al parecer, tuvieron un momento culminante en que el senador Ramírez cometió la tontería de dejar constancia escrita de su amor por medio de cartas apasionadas. Pero como todo necesariamente tiene fin, este amor entró en su fase de enfriamiento y de ésta pasó a la más absoluta indiferencia.

Todo hubiera estado muy bien si la dama, con resignación, se hubiera sentado a llorar su desgracia, representada, seguramente, por una tajada de los sesenta mil pesos que ganaban los «padres de la patria». Pero desgraciadamente no fue así. Eso podía suceder con otra mujer, no con Susana.

Cuando el senador pensaba ya que Susana era algo liquidado en su vida, recibió una carta llena de cariñosos reproches. A su silencio siguió una conminatoria y, ante la persistencia del senador en no dar respuesta, llegó la carta amenazante: o enviaba la cuota, o su esposa recibiría el epistolario lleno de melosos adjetivos que Susana conservaba en su poder. Entonces el senador, que en sus planes no incluía el divorcio (entre otras razones, según pude enterarme después, porque el capital más sólido de la familia era patrimonio exclusivo de la mujer), comenzó a pasarle una mensualidad a la bella Susana. Las cosas pudieron haberse eternizado así. Al complaciente senador Ramírez lo había alcanzado la resignación. Pero aconteció, hacia la fecha en que me vi envuelto en este asunto, que los señores «padres de la patria», en justa compensación por los múltiples «sacrificios» que debían hacer, por los servicios que prestaban a la nación, decidieron, en conciliábulo memorable, aumentarse el sueldo.

Entonces la insaciable Susana, situándose sensatamente a la altura de las nuevas circunstancias, exigió el aumento en su mesada, en una proporción que hablaba muy bien de sus conocimientos de matemáticas. La situación se hizo intolerable. El senador tuvo un arranque de cólera que por poco degenera en una apoplejía. Sus gritos fueron tales que su hija se enteró de todo, y si no sucedió igual con la señora Ramírez se debió a que, durante el rapto de cólera del senador, ella se hallaba ausente.

La señorita Ramírez terminó su relato y, sin más, me rogó que le consiguiera de inmediato las cartas en poder de Susana. (En realidad la niña,

escondiendo su rostro entre las manos, susurró la palabra «robar».) Nuestro trato quedó cerrado cuando sacó de su cartera un billete de a cien, con explícita promesa de otros dos cuando le entregara las cartas.

—¿Podría esperar hasta mañana para conseguir las? —indagué.

—¡No! —fue la respuesta—; mañana vence el plazo fijado por Susana para entregar las cartas a mi madre, y eso sería el divorcio seguro.

Recogí la información que pudo darme referente a la ubicación de la casa, y al lugar donde ella creía que estaban las cartas, y le recomendé que esperara mi llamada en su casa.

Se puso de pie y me estrechó la mano tímidamente. Luego abandonó el bar con expresión temerosa.

Confieso que una manifestación irracional de mis instintos me hizo presumir el peligro. Pero fue una sensación fugaz a la que no presté mayor atención.

Permanecí en el bar un rato, y al fin decidí echarle un vistazo a la casa de Susana.

Aunque apenas eran las nueve de la noche, la residencia, situada en el Vedado, parecía desierta. Pero eso, según pude saber después, no era nada extraño, pues la vida nocturna de Susana comenzaba temprano.

Escudriñé el patio arbolado que rodeaba la casa, y convencido de que no había nadie, salté la verja cuando no vi transeúntes por la calle.

Probé mis llaves maestras y ninguna dio resultado. Circunvalé la casa. Estaba llena de grandes ventanales protegidos por barrotes.

Intenté probar suerte con el cuarto de criados, y una vez más se confirmó la ley según la cual *ninguna cadena es más fuerte que su eslabón más débil*. Por allí penetré en la casa.

Encendí la linterna y fui derecho a la alcoba de Susana. Un silencio de templo reinaba en toda la casa, y si se excluye la luz que percibí por debajo de la puerta del dormitorio, nada delataba la presencia de una persona en ella. Pero me equivoqué... Allí estaba Susana.

Era una mujer de extraña belleza. Su pelo negro, sumamente lacio, estaba recortado conforme a la moda que un par de años atrás se había impuesto con el nombre de *italian boy*. La armonía del óvalo casi perfecto que formaba su rostro sólo era rota por un mentón ligeramente saliente. Su nariz, no clásica y,

sin embargo, de una desconcertante perfección, formaba con su boca un bello contraste. Sus ojos negros, grandes y sombreados por largas pestañas, eran otra nota desconcertante en aquel rostro que, visto en conjunto, presentaba una extraña variante de belleza. Por debajo de su esbelto cuello, sobre el blanco cuerpo desnudo, rutilaba la luz con macabros destellos. Pensé que aquella mujer, como diría Baudelaire, mostraba en su faz la sublime belleza de la muerte.

El cuchillo que había penetrado debajo de su redondo seno izquierdo tenía un pulido mango de madera que no mostraba huellas visibles. El edredón manchado de sangre era blanco como el felposo cojín que ocupaba la cabecera de la cama. Desvié la vista hacia el imponente tocador. Había frascos de variados y costosos perfumes; moteras laqueadas, algunas con incrustaciones; olorosos polvos, peines y peinetas de diversas formas y colores. En una caja oblonga, tallada en marfil negro, se amontonaban las joyas. Me dirigí hacia el escaparate. Adentro colgaban vestidos que iban desde los entallados que se ciñen al cuerpo y hacen resaltar todas las formas femeninas, hasta esos estrafalarios sacos lisos conocidos por *chemisses*. Sobre una mesita próxima a la cama, rodeada por dos sillones acojinados, descansaba un cenicero de plata con restos de cenizas en el centro y colillas de cigarros alrededor. Había dos copas con residuos de bebida a ambos extremos de la mesa, directamente frente a cada sillón. Sobre el piso alfombrado, y esparcidas con alegre despreocupación, se hallaban varias prendas íntimas femeninas. Fuera de este pequeño, pero quizás intencionado abandono, no se observaban signos de desorden. Las luces hacían parecer más claras las paredes azul-celeste de la habitación.

Me dirigí al cuerpo y lo toqué. Estaba frío, pero los coágulos de sangre aún no estaban completamente secos. Sólo la rigidez de los miembros, y el fondo pálido contra el cual contrastaba el color negro de sus ojos semiabiertos, denunciaba en aquel cuerpo nacarado los estragos irreparables de la muerte.

¿Por qué había muerto aquella mujer de extraña belleza?

«¡Bah! —me dije, conteniendo un escalofrío—, todo necesariamente muere.»

Inicié la búsqueda sin apresurarme. Metódicamente hurgué cada objeto de la pieza que pudiera esconder, a mi juicio, las cartas del senador. Fue inútil. Cuando decidí continuar la búsqueda en las demás habitaciones de la casa, me fijé de nuevo en la caja oblonga que contenía las joyas. Era un objeto raro, que parecía tener mil años. Sobre la tapa, tallada en marfil, se observaba el rostro de una mujer oriental, probablemente china. Atraído por la curiosidad, la tomé en mis manos y contemplé aquel rostro. Luego retiré la tapa. Las joyas que había dentro eran costosas, sin duda, aunque no faltaban algunas baratijas. Sin embargo, la caja misma no parecía un lugar idóneo para guardar joyas. Se me antojaba que existía un extraño contraste entre el uso que se hacía de ella ahora, y las razones que tuvo el escultor que talló aquel rostro. Siguiendo impulsos todavía hoy inexplicables, volqué el contenido sobre el tocador y sacudí la caja. Luego golpeé el fondo. El sonido aceleró mi pulso. Entonces utilicé todos los medios que me indicó la lógica para hacer saltar el resorte que gobernaba el compartimento secreto cuya existencia sospeché. Ninguno dio resultado. Finalmente, ya cansado, coloqué la tapa entre sus deslizaderas y cerré la caja. Una expresión como de infinito triunfo se reflejaba en aquel rostro de mujer. Se me antojaba un desafío. Saqué la lupa y contemplé la caja de cerca. Allí, en la frente de la china, simulando formar parte del trabajo de talla, había un agujerito imperceptible a simple vista. Tomé un prendedor de encima del tocador e introduje la aguja en el huequito. El sonido característico de un resorte al liberarse hirió mis oídos. Retiré la tapa, y dentro de la caja, apareció el compartimento secreto. Allí estaban las cartas. Me las eché en el bolsillo.

Las cosas que me sucedieron luego, y fueron muchas, las puedo atribuir a lo increíblemente confiado que fui esa noche. Las suaves pisadas que sentí detrás de mí me indicaron que más que confiado había sido estúpido. Me llevé la mano a la axila, donde llevaba la luger, cuando recibí una orden terminante: «¡No se mueva!» Iba a girar en redondo para ponerme frente a mi captor, cuando la misma voz repitió en tono conminatorio: «¡No se vuelva!» Me mantuve quieto. Había cometido un error y no debía intentar corregirlo cometiendo otro mucho mayor. Agucé mis sentidos tratando de sacar el partido más provechoso de mi situación, y esperé a que el hombre hablara... Esperé en vano. Al menos no recuerdo haber oído más su voz, ni ningún otro

ruido. Pero sí vi algo brillar. Eran como estrellitas titilando sobre un cristal opalino, antes de que todo quedara en tinieblas.

No pude precisar cuánto tiempo estuve inconsciente. Cuando me incorporé sobre el piso alfombrado, di varios pasos intentando coordinar mis ideas. Me recosté a la pared y, a través de la borrosa niebla de mis ojos, eché un vistazo en torno mío: la misma habitación, el mismo cuerpo desnudo de mujer. Pero la caja había desaparecido; las joyas también.

Para colmo, en la lejanía, una sirena cortaba el aire tibio de la noche. El miedo me paralizó. No había equivocación posible. Tenía que abandonar aquella casa. Pero, en ese preciso instante, miré al piso. Allí estaban mis guantes. Miré mis manos, mi pulso se desbocó: estaban impregnadas de sangre. Mascullé una maldición. No cabía duda de que la noche había sido provechosa para el bribón que me tendió la trampa. Las paredes del recinto también habían sido embadurnadas de sangre.

Allí estaban mis huellas. La sirena aumentaba su intensidad aterradora. Salí al patio arbolado; ya era hora. A los agudos chirridos de las gomas contra el pavimento, siguieron los golpes que violentaron la puerta. Yo salté la verja y eché a andar con paso ligero.

Fui directo al hotel y me di una ducha. Cuando concluí, observé la herida. La piel estaba abultada y dolía, pero no era nada grave. Me vestí, tomé un bacardí y me acomodé en el sillón a reflexionar sobre aquella burrada mía.

Consulté mi reloj. Eran las diez y treinta. Todos los acontecimientos por los que había pasado en apenas hora y media, vinieron a mi mente. No perdí tiempo en lamentaciones estériles; me daba cuenta de mi situación. Sin pensarlo dos veces, abrí los sobres y me arrellané en el asiento para leer las cartas. Sólo tres de ellas pertenecían al senador. Las otras eran de otros personajes más vivos que él...; bueno, un poco más vivos. Ninguno había firmado con su nombre completo. Separé las del senador y me guardé las demás en el bolsillo. Su lectura no me había servido en absoluto. Apuré otro bacardí, medité otro rato y descolgué el teléfono. Sonreí; la niña había resultado muy obediente. Estaba al pie del teléfono esperando impaciente mi llamada. Su tono era anhelante cuando inquirió:

—¿Las consiguió?

—Sí —respondí—, conseguí eso y mucho más. ¿Cuándo vendrá por ellas?

Mis palabras debieron alarmarla.

—No lo entiendo —se quejó—, ¿quiere explicarse?

—Imposible hacerlo por teléfono, señorita Ramírez.

Trascurrieron unos segundos en que debió meditar la respuesta. Después dijo:

—Lo veré en su oficina dentro de media hora, ¿le parece bien?

—Allí la esperaré —gruñí colgando el auricular.

Observé el reloj. Eran las 11:30 p.m. Cuarenta minutos después, cuando llegué a la puerta de la oficina, había un Ramírez esperando, pero éste era viejo, calvo y gordo. Dos pequeños y astutos ojos se movían inquietos en su cara rozagante. Vestía ropa costosa de color oscuro y tenía el aire del hombre que se ha pasado la vida dando órdenes. La intención despectiva de su mirada fue subrayada por el tono que eligió para decir:

—Supongo que usted es Ares.

No contesté. Por otra parte, no estimé que aquello fuera una pregunta. Con un vago ademán le franqueé la entrada. Él se dejó caer sobre la silla y la madera crujió bajo su imponente peso.

—¿La señorita Ramírez no viene? —inquirí.

—No considero necesario explicar las razones por las cuales mi hija no viene. —Mientras hablaba miró sugestivamente al reloj—. Entiendo que ella lo contrató para obtener ciertos... papeles. Claro, todo eso lo hizo a espaldas mías... En fin, según oí, su labor tuvo un feliz desenlace, y he venido por ellas; aquí están los doscientos pesos que se le deben, según lo convenido. — De la cartera sacó dos billetes de a cien, que colocó sobre la mesa.

—¡Vamos..., vamos, senador! —exclamé con acento burlón—, tantas palabras para decir que su hija me contrató para robarle unas cartas a su «adorable Susana».

Él no pareció inmutarse al oír la frase sacada de una de sus cartas. Me miró con desdén.

—Sólo la inexperiencia de una niña pudo lanzarme a las garras de un bribón sin escrúpulos como usted —se quejó—. Supongo que ya no estará conforme con los trescientos pesos del trato. Ahora querrá más, ¿no es eso?

—No sé, senador —respondí acariciándome el mentón—; a mí la plata me interesa, pero no al precio que habrá que pagar por ésta. —Sonreí con deliberada desfachatez—. Confieso que si yo tuviera inmunidad parlamentaria, un muertecito más o menos no me importaría, pero el caso es que soy un pobre diablo y...

Me interrumpió bruscamente con el rostro congestionado.

—¡Cómo, qué dice usted! ¿Qué está usted diciendo? —repitió—. Le advierto que no voy a tolerar excusas de ninguna naturaleza. ¿Dónde están las cartas?

—Usted no parece comprender, senador —insistí, riendo con frescura—. Hablamos de un muerto..., mejor aún, de una muerta. ¿Recuerda? De su «adorable Susana. Estaba más muerta que un mamut cuando llegué a su casa... Pero para qué explicarle algo que usted debe saber muy bien.

Cuando terminé de hablar, todavía sonriendo con descaro, comprendí cuán increíblemente torpe estaba aquella noche. Reclinado en mi sillón, con los dedos cruzados en la nuca, vi aparecer en la mano del senador una pistola.

—Bien pronto se dará usted cuenta que no es fácil burlarse de mí —barbotó encolerizado—. ¡Las cartas!

Introduje la mano en mi bolsillo y extraje dos sobres que coloqué displicente encima de la mesa.

—¡Falta una, entréguela! —demandó.

—¿Cómo que falta una? —inquirí fingiendo un auténtico asombro—. Yo sólo encontré dos.

Él, sin dejar de apuntarme con el arma, pareció reflexionar.

—¡Yo escribí tres! —exclamó después de varios segundos.

—Lo siento —dije—; yo no la tengo. —Luego, como asaltado por una súbita idea, añadí—: Quizás la dama la destruyó; para chantajear, una es suficiente.

—Ésa es la razón de mi interés por la tercera —adujo.

Se echó las cartas al bolsillo y se dirigió a la puerta. Con el picaporte en la mano, pero sin tirar de él, me clavó la vista.

—Déjeme aclararle bien una cosa, Ares. No intente chantajearme con esa carta.

«¡La carta!», gruñí cuando hubo salido. «Por Susana ni se preocupó.» Miré el reloj: doce y media. «A quién le echaré encima el muertecito.» Me encogí de hombros y recogí los dos billetes de a cien. «Ya encontraré a quién», me dije con indolencia, y abandoné la oficina.

En el hotel, antes de acostarme, registré en mi libreta de anotaciones los aspectos más sobresalientes de mis actividades del día, conforme a una costumbre que había adquirido desde que me inicié en este trabajo. Después me fui a dormir... Y dormí bien.

4

Refugio de un fugitivo

Amanecía. Me tiré de la cama y realicé mi calistenia, me di una ducha y me vestí. Luego, leyendo el periódico, pude enterarme de algo interesante: el móvil del asesinato era el robo. La criada había declarado que faltaban valiosas joyas. También había desaparecido un Degas. El marco, fijado aún en la pared, era un testigo mudo del exquisito gusto del ladrón. Entre los muchos cuadros que adornaban la sala de la «adorable Susana», el asesino había preferido la *Ballerina entre bastidores*, de Edgardo Degas.

La policía anunciaba prontas detenciones. Estaban cotejando las huellas tomadas en la habitación, y el arresto del ladrón era cuestión de horas. De una cosa no tenían duda: el ladrón y el asesino eran una misma persona. Mascullé una indecencia; no sólo era ladrón, sino también asesino, y todo por la maldita niña con cara de ángel.

Reprimí un soplido, abrí la cartera y vi el precioso color púrpura de los billetes. «No, ella no tiene la culpa», pensé mientras abandonaba el hotel. Desayuné, pero no me dirigí a la oficina, como era usual. Fui a un teléfono público y llamé a casa del senador.

—¿Qué desea? —Era una voz gruesa, casi de bajo. Su inflexión respetuosa me hizo pensar en un sirviente.

—A la señorita Ramírez, por favor.

—¿De parte de quién, tenga la bondad?

Refunfuñé. Debí suponer que haría esa pregunta.

—¿A usted qué le importa? —vociferé—. Si está, dígame que venga al teléfono.

Aunque parezca extraño, este tratamiento expeditivo solía dar mejores resultados que entrar en explicaciones. El tipo creyó que yo era algún personaje al que no se le podía replicar.

—La señorita está en la universidad, caballero —explicó en tono sumiso.

Colgué, encendí un cigarro y le di unas chupadas reflexivamente. Después lo arrojé y salí para la universidad. En el centro de información supe que la hija del senador estudiaba Filosofía. Parqueé el carro frente al edificio y me dispuse a esperar. Sobre las once de la mañana pasó un chiquito voceando la edición del mediodía de *Ataja*.

Compré uno. Contuve una maldición. El asuntico se estaba calentando; mi retrato aparecía en primera plana. Encendí otro cigarro y me puse a leer. Media hora después, la muchacha salió con varios libros bajo el brazo. Iba bromeando con otras compañeras de estudio.

Le silbé. Cuando me vio, corrió hacia el carro.

—Necesito hablarle —le dije—, ¡monte!

Mi orden no pareció agradarle. Su expresión pasó prontamente de la sorpresa a la interrogación. Miró en todas direcciones y, tras dar la vuelta, subió al carro. Vio mi fotografía en el periódico que estaba sobre el asiento y reprimió un grito de espanto. No era para menos. El libelo era sensacionalista y en grandes caracteres decía: «BUSCA LA POLICÍA A PELIGROSO ASESINO.»

—¿La... la mató usted? —tartamudeó.

Era una pregunta ingenua, pero en su semblante había angustia.

—Anoche me quedé esperándola —murmuré.

—Lo siento, realmente lo siento. Papá estaba escuchando por la extensión, y... ¡Oiga, todavía no me ha contestado lo que le pregunté! ¿Fue usted el que la mató?

Me gustaba la chiquilla. Me gustan las niñas que hacen preguntas cándidas.

—La policía parece creerlo —le contesté—, pero hay dos personas que sabemos lo equivocada que está.

—¿Sí...? ¿Y quiénes son esas personas?

Yo sonreí.

—El asesino y yo..., naturalmente.

—¿Tiene idea de quién pudo ser?

Puso poca vehemencia en sus palabras, pero su mirada era ansiosa. Se me antojó que la pregunta tenía su intención oculta. La miré inquisitivamente y respondí:

—Sí; su padre.

Contra lo que yo esperaba, no pareció asombrarse mucho. Debía estar preparada para semejante respuesta.

—Eso no es cierto —protestó—. Usted sabe que no es cierto, lo dice para asustarme.

Sus pupilas reflejaban temor; su tono era inseguro. Yoforcé un poco más la cuerda, para ver qué nota salía de aquello.

—Usted y su padre se confabularon para entramparme. He meditado mucho desde ayer. ¿Por qué tanto apuro para recobrar las cartas? No me halló en la oficina y salió por bares a buscarme. —Ella hizo un gesto de protesta, pero yo proseguí—: No podía ser otro, tenía que ser yo. Mi reputación de detective sin escrúpulos se propaga, ¿verdad? Una cara bonita y trescientos papiros era demasiado incentivo para que yo rehusara el encargo.

—¡Eso es una infamia! —musitó ella con rabia.

—Quizás usted no conocía toda la trama —continuó—, quizás su padre sólo le pidió que me comisionara para sustraer las cartas de la «adorable Susana»... —hice un guiño, sonreí—, como él la llamaba cariñosamente. Yo mordí el anzuelo como un bobo. ¿Cómo negarme a complacer a una niña con su rostro y trescientos de los púrpura en la mano? Su padre sabía eso. Me esperó dentro. Me descalabró y luego embadurnó la alcoba con mis dedos... ¡Buen trabajo!

Ella me clavó la vista. En su mirada había de todo: rabia, desprecio, miedo.

—No veo por qué deba seguir escuchando —balbució—. Pero si usted cree todo lo que ha dicho, es aún más ruin de lo que piensa mi padre.

Cuando se bajó del auto, ya las lágrimas nublaban sus ojos. Resoplé. Una maldición involuntaria brotó de mis labios. Sacudirme aquel muertecito no iba a ser tarea fácil. Permanecí allí otros cinco minutos meditando; necesitaba un plan de campaña. Luego abandoné el carro y eché a andar hacia la parada de los ómnibus. En el centro comercial de la ciudad me bajé y llamé al garaje donde otras veces había guardado el auto. Les indiqué el lugar donde podían recogerlo y colgué. Después decidí estirar las piernas y caminé por Reina hasta Campanario. Si alguna de las cientos de personas que se cruzaron conmigo había visto mi foto en el periódico, la policía no sacó ningún

provecho de ello. Yo seguía siendo una más entre el millón de personas que habitaban La Habana.

Penetré en una barbería de chinos en la calle Zanja. Me pelé con un corte militar y me afeité el bigote. Después me encaminé a casa de Alicia, en la Habana Vieja. Golpeé la puerta con la aldaba y aguardé. Ella salió radiante. Había mucha ironía en su voz cuando dijo:

—Entra, mi amor. Te estaba esperando. —Entré. Ella era así. Sus gestos siempre me hicieron pensar en una gatica juguetona... con bastante malicia.

—Sabía que vendrías —dijo—. Cuando vi tu fotografía en el periódico, pensé: ahora vendrá aquí a refugiarse. Tendrá que hacerlo..., está en apuros y se acordará de Alicia. Más tarde, cuando todo haya pasado, me besaré en la nariz y dirá: «hasta luego, monada», y desaparecerá para volver cuando esté en apuros de nuevo.

Comprendí cuánta razón había en sus reproches. Por un momento me sentí como el lobo de la fábula. Para ocultar mi turbación, la levanté en brazos y la besé en la nariz... Luego la deposité en un diván. En su voz había amargura; en sus ojos, reproche. Me sentí culpable y la volví a besar. Ella se agarró a mi cuello y me devolvió el beso con ansia.

—Este minuto recompensa todo lo demás —dijo soltándome y rehaciendo coquetamente su peinado—. Ahora hablemos de ti.

—Pero si no hemos hecho otra cosa desde que llegué —respondí sonriendo.

—Me sorprendiste en uno de mis momentos débiles —repuso, incorporándose—; generalmente no suelo ser así. Además, no se trata de eso. Dime por qué la policía cree que mataste a esa mujer —hizo un mohín y se sobrecogió—. Porque no la mataste, ¿verdad?

La miré y me alejé un trecho en el diván. Sí, me gustaban las muchachas que hacían preguntas cándidas... Aunque Alicia no tenía nada de ingenua. La besé en la boca y musité:

—¿Tú qué crees?

—Que eres muy capaz..., y casi estoy deseando no equivocarme.

—¡Qué niña mala!

—Es la única manera de tenerte a mi lado —explicó.

—Eso se llama egoísmo. Lo bueno debe compartirse.

—¡Fatuo!... ¡Sátiro!

Sonreí... Le hice un pequeño relato de lo que me había pasado.

—Todo es una trama para colgarme el muertecito —concluí.

—Te lo mereces —refunfuñó—. El trabajo no era de tu especialidad, te metiste en él para congraciarte con la chiquilla.

—¡Basta ya, monada! —protesté—. ¿Vamos a pasarnos toda la tarde en esto? No quiero oír más recriminaciones.

Me puse de pie, me encasqueté el sombrero. Pura pantomima; yo no pensaba irme. Pero ella se me tiró al cuello... y todo quedó arreglado. Desde aquel momento la cosa comenzó a marchar de acuerdo con mis planes. Le di instrucciones para que me trajera las cartas de Susana que estaban en la caja fuerte de mi oficina.

—La policía —le dije— debe estar al acecho fuera del edificio, por si yo me presento. Pero podría haber uno dentro. Antes de entrar en la oficina, cerciórate de ello.

También la aleccioné en la práctica de sacudirse un perseguidor.

Dos horas más tarde, cuando regresó, pude comprobar que había aprendido bien la lección. Nadie la siguió. Desenvolví el paquete de cartas, que eran siete en total. Una era del senador y las restantes pertenecían a tres personas distintas que sólo habían firmado con iniciales. Comencé a sentirme incómodo. Las leí y las releí. No había ningún otro nombre escrito en ellas. Nada que me sirviera para comenzar. Sólo las tonterías usuales que los hombres suelen decir a las mujeres cuando se vuelven locos por ellas. Dejé escapar una imprecación y me puse de pie. Alicia me contemplaba. Algo había en ella que me hacía sentirme a gusto a su lado. Quizás eran sus ojos, su boca o su cuerpo. Pero por encima de todo, me agradaba su silencio elocuente. Muy rara vez hablaba, y cuando lo hacía era oportunamente. A su lado se podía reflexionar. En aquel momento, sonrió y dejó el asiento. A su regreso de la cocina me trajo una cerveza fría... Por supuesto, había adivinado mis deseos. Así era ella.

Trascurrió toda la tarde; comimos. Eché un vistazo a la prensa vespertina que ella me trajo. Todo seguía igual. La esperanza de la policía era la misma: el asesino estaba al caer en sus manos. Sonreí; la noticia era un poco

ambigua. ¿Se referirían a mí? Saqué la libretica y anoté la dirección del chofer de Susana. Su declaración no era muy interesante, pero quizás...

Sobre las ocho de la noche, después de oír el noticiero en la radio decidí salir. Comprobé la carga de la luger y me puse el sombrero. Entonces Alicia habló.

—¿Me dejarías que intentara disuadirte?

Yo sonreí. Ella interpretó mi respuesta.

—No, es cierto —se respondió a sí misma—. Contigo sería perder el tiempo. ¡Cuídate mucho, mi amor, cuídate!

—¿Todavía cantas en el Sierra? —pregunté por decir algo.

—Sí, pero hasta las once no comienza el espectáculo. ¿Irás?

—Tal vez —respondí.

La besé en la nariz y salí a la calle. Mientras esperaba el ómnibus en la esquina, todavía el reproche de sus ojos me hacía sentir culpable. Con razón. Nunca tuve escrúpulos en utilizarla, y ella nunca me había fallado.

5

Un hombre llamado Maqueira

Era una casa desvencijada. Había que descender a una pequeña hondonada para llegar a ella. Estaba aislada, pero más allá, donde el terreno comenzaba a elevarse de nuevo, una hilera de otras igualmente maltrechas servían de antesala al empobrecido barrio. Desde el promontorio donde me hallaba escudriñé los alrededores. Media cuadra más abajo, bajo la luz de un farol, un grupo de fiñes harapientos parloteaban a despecho de la hora. En la otra dirección, la calle estaba desierta.

Protegido por la sombra de un árbol, permanecí allí varios minutos.

Nada que pareciera un policía se hizo visible; entonces descendí la loma y fui a la casa. Di en la puerta varios golpes con los nudillos. No eran golpes fuertes ni débiles: bastaban para hacerme oír. La mujer que abrió sostenía un niño en brazos, y otro tiraba de su falda. En un primer examen, podría suponérsele entre cuarenta y cuarenta y cinco años..., pero quizás no fueran tantos. Quizás las huellas de su rostro acusaban sufrimiento y no vejez. Sus ojos lánguidos y opacos acentuaban su expresión resignada. Miseria..., sólo miseria; no hacía falta que ella lo dijera: sus ojos lo pregonaban. Me observó interrogativamente y soltó un «¿qué desea?» sin mucho entusiasmo.

No tuve tiempo de contestar. Detrás de ella, en la puerta donde concluía la salita, asomó la cara de un hombre.

—¿Quién es, Ángela? —indagó.

Yo me aparté un poco, para hacerme bien visible, pero él no dio muestras de conocerme. Se aproximó y separó a su mujer con delicadeza. Ella se retiró dócilmente arrastrando al mocosito que se pegaba a sus faldas.

El hombre me contempló escrutadoramente.

—Pase, joven —dijo—, he leído los periódicos, pero nunca condeno a nadie sin escucharle.

—Gracias —murmuré, y fui a sentarme en el sucio mueble que él me señaló.

—Todos tenemos una razón para hacer las cosas —opinó—. Unas veces son buenas, otras son malas. Supongo que usted tendrá la suya.

No estaba mal para empezar. Nunca condenaba a nadie sin escucharlo, pero, sin abrir la boca todavía, daba por supuesto que yo había matado a Susana...

Clavó los ojos en el piso reflexivamente.

—Le parecerá extraño lo que voy a decirle —prosiguió levantando la vista y mirándome de hito en hito—. Ella merecía la muerte por más de una razón: era una mujer despótica y sumamente egoísta. A mí me trataba muy mal, pero... bueno, yo no iba a ser una excepción. Con todos era igual.

Estudié su rostro. Evidenciaba honradez. Aquel hombre me hacía falta y yo tenía que convencerlo. Sólo él podría sacarme del atascadero.

—Ahora está usted sin trabajo, señor Maqueira. Yo puedo emplearlo por unos días —le ofrecí—. Necesito un chofer.

—No, gracias —respondió prontamente—. Como usted puede ver, necesito el trabajo. Pero no ése; sería demasiado peligroso. Además...

Extraje la cartera y saqué uno de los púrpura.

—Por tres días —dije, y se lo puse sobre la rodilla.

—Además —prosiguió—, el carro que yo manejaba era de ella y supongo que el suyo estará circulado.

Saqué otro billete de a cien, dos de a diez y uno de a cinco.

—Alquile uno por una semana, en una agencia —le ordené. Miré el reloj y proseguí—: A las diez y media transite despacio por la calle Infanta. ¡Hum!...; veamos; sí, eso es, amarre un pañuelo blanco a la antena del auto.

Me acompañó hasta la puerta. Parecía asustado.

—No se preocupe, señor Maqueira —le dije, palmeándolo—. Yo no maté a Susana.

En su cara hubo alguna sorpresa. No mucha..., alguna.

—¿No? ¿Y quién la mató?

—Eso es lo que averiguaremos usted y yo. ¡Hasta luego!

A las diez y cuarenta abordé el auto que Maqueira había alquilado. Era un flamante Chevrolet negro. Le retiré el llamativo pañuelo que llevaba en la

antena y le ordené a Maqueira doblar en la primera cuadra. Dedicué un tiempo a observar los autos que marchaban detrás de nosotros. No había ninguno sospechoso, pero yo, a pesar de la sonrisita maliciosa del chofer de Susana, le ordené variar el rumbo cuatro o cinco veces.

—Es usted un hombre extraño —observó—. El día que... mataron a Susana fue usted muy descuidado... Hoy es excesivamente precavido.

—Le costó trabajo, pero no lo dijo —murmuré. —¿Qué?

—«El día que usted mató a Susana.»

—Es cierto —admitió—, eso iba a decir, pero hubiera originado una inútil polémica. ¿Cuál es su plan?

Yo no respondí directamente a su pregunta. Saqué mi libretica y dije:

—¿Cuántos amantes tenía Susana?

Él se volvió sonriente y me miró.

—Nunca los conté —dijo—, hubiera sido una tarea larga.

—Entre ellos existe uno cuyos nombre y apellido comienzan con R. ¿Sabe usted quién es?

—Naturalmente —respondió sin vacilar—, ella lo llamaba el Señor R. Su nombre es Remberto Rameral. Un español que importa productos de su tierra, licores en especial. Hasta hace poco vivía en Almendares.

—Le haremos una visita —dije, y me arrellané en el asiento.

El exterior de la casa de Rameral no tenía el aspecto que yo le había supuesto a la de un amante de Susana. Rameral en persona acudió al llamado del timbre. Yo no lo conocía, pero sabía que no podía ser otro. Su gesto lo denunció. Cualquiera que fuera la persona que él pensaba hallar en la puerta, podía afirmarse que esa persona no era yo.

—¿Qué desea? —inquirió secamente.

—Hablarle —dije, y penetré sin esperar invitación.

—¡Qué descaró! ¿Cómo se atreve a entrar así en mi casa?

—¡Coja la cosa con calma, señor Rameral —ordené—. El más perjudicado con un escándalo sería usted. Supongo que no querrá que su esposa lea esto. —Lo amenacé enseñándole la carta.

Estiró la mano para cogerla, pero yo me la guardé en el bolsillo.

—Es necesario que hablemos.

En la pieza contigua, una voz femenina preguntó:

—¿Quién es, Rember?

—Nada..., no es nada —contestó Rameral arrastrándome hacia el portal—. Dígame pronto lo que desea. No es mi intención dedicarle mucho tiempo.

Mientras hablaba, sacó un paquete de cigarros partagás. A mi mente vinieron las colillas de cigarro que había en el cenicero en la alcoba de Susana, y tuve una corazonada. Cuando iba a guardar la cajetilla dije:

—¿Me da un cigarro?

Pero no esperé a que me lo diera; le arrebaté el paquete y me lo guardé; intentó abalanzarse contra mí, pero le propiné un gancho en el abdomen y retrocedió semidoblado.

—Si las huellas de esta cajetilla —lo amenacé— coinciden con las del vaso que había anoche en el cuarto de Susana, prepárese a explicarle muchas cosas a la policía.

Me miró. Sus ojos lanzaban destellos de odio, pero no replicó.

—Cuando lo llame por teléfono, y será pronto, tenga una buena explicación a mano, señor Rameral.

Después que dije esto, le volví la espalda y me dirigí al auto.

—¿Cómo le fue? —indagó Maqueira con más curiosidad que interés.

—No estuvo mal —respondí— para una primera visita.

—¡Ah!... ¿Habrá otras?

—Por supuesto..., por supuesto.

—¿A quién visitaremos ahora?

—A «C. S. P.» ¿Lo conoce?

Maqueira reflexionó varios segundos.

—Quizás se trate del señor Padua —dijo al fin—. Su nombre es Carlos. Ella lo llamaba el Buey de Oro. Es un vejete que todavía se permite varias queridas jóvenes. Supongo que lo más atractivo que ellas ven en él será su plata. Según la señora Susana, posee dos centrales azucareros.

—Tu patrona sabía escogerlos, ¿eh?

—Sí, en eso era una experta: altos funcionarios del Estado, magnates de la industria, banqueros de la bolita...

—¡Eh! Una de las cartas está firmada por S. V. ¿Será acaso el banquero Segundo Vertientes?

—Ése es otro de los que la visitaban. —Maqueira se volvió en el asiento y me miró en forma penetrante—. ¿Cree que alguno de ellos es su hombre? —indagó.

Todos tenían un motivo —respondí mientras le indicaba que se pusiera en marcha—. El motivo es la primera razón de un crimen..., y ella los chantajeaba.

—Todavía no me ha dicho a cuál visitaremos —dijo pisando el acelerador—. Aunque a mí la hora no me parece apropiada para visitas... quiero decir, esta clase de visitas. ¿No sería mejor citarlos para algún lugar, por teléfono? Si usted los amenaza con las cartas, seguramente irán corriendo.

El auto entró en la amplia Avenida 31, pero yo presté poca atención a eso. En aquel momento escrutaba el rostro de Maqueira. La mitad de él sonreía. En la otra mitad no mostraba ninguna emoción. No había duda que el chofer de Susana era un hombre de ingenio. Atravesamos el túnel, y el auto continuó avanzando. Más allá del Potín, Maqueira me miró interrogativamente, pero no le di ninguna orden. Continué fumando reflexivamente; todavía vacilaba. Cuando doblamos por la calle L, le dije que parqueara a un costado del Carmelo. Fui hasta el bar y pedí una cerveza. También pedí una guía telefónica. Busqué el nombre de Carlos Soto Padua. Mientras hacía la llamada, tomé pequeños sorbos de cerveza. El timbre vibraba a intervalos. Durante la espera me puse a pensar en el peligroso juego en el que me había embarcado. Todos los favorecidos por la bella Susana eran hombres de mucha influencia. Una voz de mujer cortó mis divagaciones. Insistió en saber quién llamaba y... tenía la voz detestablemente chillona. Comencé a exasperarme. Estaba por mascullar un exabrupto cuando la voz de un hombre sustituyó los horribles gritos.

—¿Es el señor Padua? —pregunté, aliviado.

—El mismo —respondió al otro lado del hilo—. ¿Se puede saber quién diablos es usted y qué desea a estas condenadas horas?

Ingerí otro sorbo de cerveza antes de contestar. Por el tono de su voz lo supuse ventruado y de una edad por encima de los cincuenta.

—Tengo cosas muy interesantes que contarle sobre la muerte de Susana, ¿le interesaría?

—¿Cómo dijo? —su tono descendió a límites de confidencia. El acento de su voz cambió tanto que no estuve muy seguro de que fuera ventrudo ni tan viejo.

—No estoy con ánimo de repetir las cosas, señor Padua —dije con desgano.

—Ni yo de oír tonterías —exclamó, siempre sin elevar el tono.

Después de una respuesta como ésa, era lógico esperar un brusco corte de la comunicación, pero él no colgó. Barrunté que ya era mío.

—Lo espero en el cabaret Sierra dentro de una hora, señor Padua. —Protestó, pero yo continué con impertinencia—. No le será difícil dar conmigo. Busque una mesa sin flores, allí estaré sentado.

Todavía estaba protestando cuando devolví el auricular a su sitio. Terminé mi cerveza y salí.

—Al Sierra —dije a Maqueira.

—¿Al qué? —Su expresión podía ser de asombro, pero yo no estaba interesado en estudiar su rostro.

—Al cabaret Sierra —repetí.

—Sí..., eso creí entender —aclaró—. Es tanto como decir que se sentará en el Parque Central a las doce del día, pero usted sabe lo que hace —agregó encogiéndose de hombros.

—El Sierra es un buen lugar —argüí sin ánimo de discutir, pero Maqueira ya no me escuchaba.

Con el pretexto de que era alérgico al perfume de las rosas, mandé retirar el búcaro de mi mesa. Estaba distante del atrio y en la penumbra aprecié la posición. Quería contemplar a Alicia sin que ella me viera. Pedí un daiquirí y la orquesta comenzó a tocar. La alegría era contagiosa, pero yo oteaba el salón, inquieto. La música cesó y el público que bailaba retornó a sus mesas. Entonces apareció Alicia cantando una canción que yo había oído muchas veces a solas con ella. Lo que más me agradó fue el recitativo. Como otras veces, la sentí sutil y comunicativa; pero era imposible que me hubiera visto. Después de Alicia salió un payaso haciendo chistes. Unas mulatas que bailaban un ritmo de fuego sustituyeron al payaso. Se estremecían al ritmo del bongó. ¡Qué mulatas! Cuando Padua se sentó a mi mesa, el público bailaba de nuevo. No trató de reprimir su gesto de sorpresa.

—Usted... es usted —tartamudeó—. ¡Se necesita ser temerario!

Sonreí. Me sentí regocijado. Padua era ventrudo; y si no llegaba a los cincuenta, la diferencia era bien poca. Sin embargo, en algo me había equivocado. No tenía el carácter agrio que yo le había supuesto.

Casi jovialmente, dijo:

—Sea breve, por favor; fue un débil pretexto el que encontré para convencer a mi esposa.

Yo estudié bien su rostro atezado. Era uno de esos mestizos adinerados que tanto abundaban en nuestra tierra..., pero no fuera usted a decirle mestizo. Deseché los preámbulos.

—Tengo una carta en venta, señor Padua —propuse—. Una carta que usted le escribió a Susana.

Él encendió un cigarro sonriendo vagamente. Después de expulsar el humo su sonrisa se hizo más amplia. Me miró. Las parejas que bailaban volvieron a sus asientos. Padua continuó mirándome. En sus ojos no había emoción alguna.

—¡Bah! ¿A eso se refiere? No tiene ningún valor, señor Ares. Yo nunca firmo una carta.

Hizo su explicación sin alterar ni un ápice la expresión vacía de sus ojos. No lo di a entender, pero momentáneamente me quedé desconcertado. Esperaba que mi visitante fuera un temeroso hombrecito desesperado por obtener la carta comprometedora, y el vejete me resultó más frío que una calculadora electrónica.

—Sin duda usted ha confundido el motivo de mi visita; yo estoy interesado en comprar otra cosa.

Soy poco amante de dejar ver mis emociones, pero no pude reprimir el pasmo. Él prosiguió imperturbable.

—Estoy dispuesto a darle dos mil pesos si me entrega intacto el cuadro *Ballerina entre bastidores*, de Edgardo Degas.

¡Así que ésa era la cosa! Yo le proponía una carta, y él... Mascullé algo obsceno. Cuatro policías estaban a la entrada del cabaret.

Resollé mientras exploraba con la vista mi alrededor. Dos agentes de civil avanzaban hacia mí. El círculo parecía haberse cerrado en torno mío. Intentaba pararme, cuando a mi lado una voz dijo cortésmente:

—No haga un escándalo de esto, Ares. Le rogamos que nos acompañe.

Resoplé por segunda vez. Todos mis músculos se pusieron tensos. Mis movimientos para incorporarme fueron rápidos. El que tenía a mi derecha recibió el codazo en pleno abdomen. El de la izquierda perdió el equilibrio con el empujón. Su cuerpo se agitó aparatosamente antes de caer sobre la mesa de mi vecino. Una mujer dio un grito, y la gritería se generalizó. Aquello se convirtió en un avispero.

Forcejeando con todo el que se ponía delante, gané el escenario. De allí pasé a los camerinos. Las mulatas se estaban desvistiendo. ¡Qué cuerpos de mulatas! Pero yo no tenía tiempo para aquello. Todavía resoplando como un energúmeno, me tropecé con Alicia. Al verme, convirtió en estupor la tristeza de sus ojos.

—Siento no poder esperar tu otro número, linda —balbucí atropelladamente—. ¿Cuál es la salida?

No fue necesario que repitiera la pregunta, me arrastró por el pasillo y me abrió la puerta. La besé en la nariz. Me gustaba Alicia. Ella siempre sabía cuándo la cosa era vital para mí. Nunca tenía que repetirle ninguna pregunta. Salí, y en dos zancadas gané la calle Cristina. Allí estaba Maqueira.

—Alguien debió reconocerme —expliqué apresuradamente—. ¡En marcha!

Maqueira siguió por Cristina y de allí a Belascoaín, con velocidad creciente. Luego, con hábil y rápida maniobra, dobló por Carlos III y avanzó hacia Infanta. Me lancé del carro, y le dije:

—Mañana paséese por el Malecón a las diez de la mañana.

—Malecón es muy largo —replicó.

—No importa —repuse—, en algún lugar de esa calle lo abordaré.

Esperé que el carro se perdiera a lo largo de Infanta y me encaminé a una piquera de alquiler.

—A la Habana Vieja —le dije al chofer que dormitaba. Pero no fui a casa de Alicia. Dormí en una posada de mala muerte.

6

El banquero de bolita

A las ocho de la mañana abandoné el hotelucho; caminé por Empedrado hasta el estanquillo de periódicos de Monserrate; tomé *El País* y me senté a leerlo, mientras un muchacho me limpiaba los zapatos. Varios metros más abajo se alzaba una estación de policía. Un gendarme pasó y me miró brevemente; yo hice una mueca a modo de saludo, me devolvió la mueca y prosiguió su camino.

La muerte de Susana seguía siendo noticia de primera plana, pero no mi retrato. Salvo el relato de mi aparatosa fuga del Sierra, nada nuevo había entregado la policía a la insaciable gula de los reporteros policíacos. Cuando llegué a este punto, pensé abandonar la lectura (¿quién iba a conocer los pormenores mejor que yo?), pero había algo más y me bastó una ojeada para cerciorarme. El nombre de Alicia estaba incluido en el relato.

Se sospechaba que había intentado entorpecer la acción de la justicia. Mascullé una maldición.

—¡Esa tonta!

Cuando el muchacho concluyó con mis zapatos, entré en el café, para desayunarme. Después del desayuno sopesé la idea de llamar al banquero Vertientes. Fue poco el tiempo que empleé en eso. No llamé.

Observé el reloj. Eran las nueve de la mañana. Pensé en Maqueira y cogí un taxi. En Belascoaín me bajé de él. Desde mi asiento en el Parque Maceo contemplé el mar. Era una extensa y tranquila masa líquida que se perdía en el horizonte. Maqueira pasó despacio, pero no lo detuve. Varias cuadras más abajo, dobló el recodo. Ningún auto sospechoso lo seguía; atravesé la avenida y me senté en el muro. Desde allí el escenario era grandioso. Varias embarcaciones remontaban la bahía y más allá la majestuosa quietud del agua me incitaba a la reflexión; pero cuando Maqueira frenó a mi lado, no había sacado nada en claro.

—¡Dios mío! ¿Nadie lo ha reconocido todavía?

—¡En marcha, Maqueira, en marcha! —le ordené saltando al carro.

Maqueira resultó un alumno muy aplicado. Tomaba una calle, mantenía el curso varias cuadras y luego la abandonaba por otra. En Concordia, detrás del frontón, detuvo el carro y se volvió en el asiento sonriendo maliciosamente.

—Supongo que eso era lo que usted quería —dijo—. ¿Adónde vamos ahora? Seguro que a visitar a Vertientes —se contestó a sí mismo—. Es el único que nos falta.

Le observé detenidamente. Era un hombre de fuerte complexión y mediana edad. Tenía el cutis terso y meticulosamente afeitado. Pero lo que despertó mi inerte interés por el chofer de Susana fueron sus ojos: dos pequeñas cuentas que desprendían sugestivos fulgores. Él enfiló el carro hacia el barrio chino, y yo me sumí en mis reflexiones.

En aquella época, en el triángulo que nace en el vértice formado por Zanja y Dragones y muere en la calle de Galiano, se encontraba enclavado el barrio chino, salpicando de mugre el mismo corazón de La Habana. Allí, durante el día, se observaba a los chinos en su lento ir y venir arrastrando el paso con su holgada vestimenta. A esa hora, salvo en los atestados ómnibus que atravesaban la calle en busca del centro comercial, eran muy escasos los cubanos en ese barrio. Sin embargo, al caer la tarde las calles del barrio chino comenzaban a cobrar animación, pero ahora, ¡extraña paradoja!, muy de tarde en tarde se encontraba usted un hombre de piel amarilla; la tierra parecía habérselos tragado. En su lugar, una heterogénea multitud comenzaba a cruzarse en sus calles e invadir los múltiples salones atestados de toda clase de máquinas traganíqueles. Más tarde, bien entrada la noche, las prostitutas recorrían las cortinas que ocultaban sus caras tras las ventanillas. Se sentían más aliviadas. La provechosa prohibición de las autoridades se volvía más elástica. En las primeras horas de la madrugada el barrio chino alcanzaba la cumbre de su febril actividad. Los tontos empeñados en hacerles vomitar a las máquinas traganíqueles aunque fuera un níquel falso, los señoritos en busca del amor fácil, el marino americano tras una «aventura», y el proxeneta, esperaban en la esquina o en el billar más próximo.

Poco a poco el bullicio del barrio chino iba languideciendo. Luego, en la mañana, los asiáticos, en su ir y venir, seguían arrastrando el paso con su holgada vestimenta.

Era en este barrio donde Vertientes tenía el garito para «tirar la bolita». Durante media hora esperamos por él. Sabíamos que estaba dentro del edificio. Maqueira había distinguido su Cadillac negro parqueado a la entrada. Cuando salió, iba rodeado de varias personas. Un chofer de completo uniforme, que estaba en la acera opuesta, atravesó la calle y le abrió la portezuela. Las personas que hablaban con Vertientes tomaron distintas direcciones. Él subió a su auto y yo bajé del mío. Antes de que el carro arrancara, me hallaba sentado a su lado. Por supuesto, la boca negra de mi luger hacía presión entre sus costillas. El chofer volvió su rostro lleno de espanto.

—¡Dígale que arranque! —ordené hundiendo el arma en sus carnes.

La tormenta de sus ojos se serenó un tanto. Hizo un ademán y el auto salió del parqueo. Lo palpé mientras se recostaba en el asiento.

—Nunca llevo armas —explicó; y parecía ser cierto, no le hallé ninguna.

—Supongo que no es necesario que me presente —dije. Él hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Yo leo los periódicos —explicó—, y tengo buena memoria.

El semáforo de Belascoaín nos detuvo. En la esquina había un policía. El chofer tocó varias veces el claxon y yo escondí mi rostro detrás de la columna de la ventanilla.

—Dígale que se deje de tonterías si no quiere recibir un plomo —mascullé.

Él le hizo una señal al tipejo y el claxon cesó de chillar. Enseguida partimos. Me volví en el asiento y lo miré de hito en hito.

—Su buena memoria favorece mis deseos, señor Vertientes —dije.

Debajo de su fino bigote apareció una sonrisa. Metió la mano en el bolsillo interior del saco y paralizó el movimiento cuando sintió en sus costillas la presión de la luger. Luego sacó la mano muy despacio y me enseñó el pasaporte abierto.

—Observe la fecha —dijo lacónicamente.

Me mordí el labio y reprimí una maldición. Vertientes había arribado a Cuba, procedente de México, al día siguiente de la muerte de Susana.

—Espero que eso lo aclare todo —murmuró—; como usted ve, yo no pude matar a Susana.

—Pero pudo hacer que la mataran —repuse.

Él sonrió enigmáticamente.

—Naturalmente que pude —admitió con afectada calma—, pero no lo hice. ¿Para qué iba a matarla? Era bella, dulce y cariñosa —explicó cínicamente—. Todavía no me explico cómo pudo tener nadie un motivo para matarla.

—Quizás esto se lo explique —dije mostrándole la carta.

—¡Ese papel! —murmuró con desprecio—. ¿Sólo ésa halló? Yo escribí varias. Es obvio lo que ese papel le sugiere —continuó, cambiando de posición en el asiento—: Susana me chantajeaba, y yo hice que la mataran.

En ese momento la señal roja del tránsito nos obligó a detenemos. Me pegué bien al respaldo hasta que partimos de nuevo. Luego dije:

—Chantajeaba a otros, ¿por qué no a usted?

—¿Chantajeaba a otros? Sí, es posible. —Se respondió a sí mismo—. Así era Susana, pero conmigo no lo hizo —suspiró con expresión dubitativa—. Ignoro por qué no lo hizo. —Me miró de soslayo. Pestañeó varias veces y preguntó tímidamente—: ¿Está en venta ese papel?

—Creí que no le interesaba —respondí guardando la carta en el bolsillo interior del saco—. No, por el momento no está en venta, señor Vertientes. Ya veremos más adelante.

Miré hacia afuera y vi que nos deslizábamos por la arbolada Avenida de los Presidentes.

—Ordénele que se detenga.

Él tocó al chofer, pero el bellaco hizo caso omiso de su orden. Vertientes volvió a tocarlo.

—Deténgase, Alberto —ordenó.

—Nos siguen —respondió secamente el aludido.

Vertientes se volvió prestamente y miró por el cristal trasero. Yo lo imité y sonreí. Era Maqueira quien, siguiendo mis órdenes, marchaba detrás de

nosotros. Él me clavó la vista interrogativamente. Toda su calma había desaparecido y sus ojos lanzaban asustadizos destellos.

—¿Quién es? ¿Lo conoce?

—Déjeme ahí —le ordené al chofer, sin responder a Vertientes—; y lárguese cuando me baje.

—¿Qué tal le fue? —indagó Maqueira tan pronto abordé el auto.

—No muy bien —respondí—, Vertientes no se hallaba en Cuba el domingo.

—Entonces... está usted igual que al principio.

—Casi... —susurré, por no admitir mi completo fracaso—. Es mejor que comamos algo. Busque un lugar apropiado.

—¿Qué le parece un almuerzo criollo a la salida de la ciudad? —sugirió Maqueira.

—Me parece bien cualquier lugar donde no nos importunen —dije, encogiéndome de hombros.

—Ya tengo ese lugar —afirmó—. El Oasis.

Durante la hora que empleamos para almorzar, Maqueira y yo charlamos mucho. Hablaba con soltura de muy variados temas, aunque en su cultura se apreciaban notables lagunas. Él mismo explicó que sus dispersos conocimientos se debían a la naturaleza de su profesión y a su insaciable curiosidad. Quizás fue esa curiosidad la que lo indujo a decirme:

—Casi estoy por creer que usted no mató a Susana. Pero, entonces, ¿qué demonios hacía esa noche en su casa?

—¡Imagínese, Maqueira! Exigencias del oficio.

Sus rosados pómulos se abultaron en una franca sonrisa.

—Usted vale mucho, Ares —dijo—. Usted es un hombre reservado.

7

Las tribulaciones de un amante de Susana

Mientras Maqueira esperaba en el auto, coloqué un níquel en la ranura del teléfono y llamé a casa de Rameral. Me contestó una sirvienta. El señor Rameral no estaba. Probablemente, según me dijo, todavía no había salido del almacén. «¿Qué almacén?» «El Baturro —respondió—; está en la calle Cristina.»

Cuando llegamos al Baturro, tuve un motivo más para valorar justamente el «golpe de vista» de Susana. El almacén abarcaba una manzana completa y el producto español que no se hallara allí, seguramente no se hallaba en ninguna parte de La Habana.

A la izquierda de la entrada había una oficina separada del pasillo, que se perdía en el interior del almacén, por una baranda de madera. Al otro lado, varios empleados trabajaban delante de una máquina de sumar o escribir, vigilados por el señor Rameral desde su *mezzanime* de pared de cristales.

—El señor Rameral lo espera arriba, señor —balbució el chiquillo que le llevó mi recado—. Suba por esa escalera —añadió, indicándome la que conducía a la refrigerada oficina.

Rameral estaba lívido, pero mucho más cortés que en ocasión de nuestra primera entrevista. Me invitó a sentarme, y yo agradecí la cortesía con un gesto. Después de acomodarme, dije mintiendo descaradamente:

—Bien, señor Rameral, las huellas de la cajetilla coincidieron con las del vaso que estaba sobre la mesa en la alcoba de Susana. ¿Qué tiene usted que decir a eso?

Rameral agarró el lápiz y garabateó una hoja de papel nerviosamente. Después levantó la vista y me clavó sus ojos de animal asustado, mientras se mordía el labio pensativo.

—Tiene razón —admitió al fin—, yo fui quien pasó aquella tarde con Susana —suspiró con pesadumbre—. ¡Pero yo no la maté!

Estudié su rostro. O Rameral era sincero, o mentía muy bien.

—¿A qué hora abandonó la casa?

—A las seis, poco más o menos —respondió.

—¿Le dijo ella que esperaba a alguna otra persona... o se lo dio a entender?

—No sé —respondió agarrándose la barbilla—, no era fácil saber las cosas que pensaba Susana. Ella disfrazaba muy bien sus verdaderas intenciones.

—¿Quiénes quedaron en la casa cuando usted salió?

—Ella y una sirvienta, solamente.

—¿Cuál es el nombre de la sirvienta?

—Ella la llamaba Caíta.

Yo recordé mis lecturas de los periódicos y miré reflexivamente sus ojos azulosos.

—Está pisando terreno resbaladizo, Rameral —dije, alzando un índice acusativo—. En las declaraciones a las autoridades, la sirvienta afirma que antes de abandonar ella la casa, Susana no había recibido visitas.

Rameral paseó su mirada espantada por los apretados enseres de su pequeña oficina. Movié convulsivamente los labios y apretó los dientes.

—Me chantajea —murmuró.

—¿Quién lo chantajea? ¿La criada?

Él hizo un ademán afirmativo.

—¡Qué gentuza...! Bueno, de tal amo, tal criado.

—La carta que usted me mostró... —Rameral se interrumpió bruscamente y se incorporó. Su mirada perpleja pasaba sobre mi cabeza—. ¿Quién...? —comenzó a decir, y yo me volví en mi asiento ocultando el pánico con una sonrisa. Por la escalera que conducía a la oficina subían dos policías.

Era el momento de obrar con rapidez. Evalué cuidadosamente todas mis posibilidades y tomé prontamente la única decisión posible: embestir la pared de cristales por el lado que daba al almacén. Así lo hice. El cristal no era grueso y caí sobre sacos llenos de granos que amortiguaron mi caída. Empero, todavía sin rehacerme del impacto, los silbatos de la policía

comenzaron a chillar. Se oían por todas partes y daban la sensación de un enjambre de grillos chillando en la manigua.

Saltando sobre los sacos llegué al pasillo principal; miré en ambas direcciones; hacia el final, un carro patrullero cerraba la salida al lado de un camión que varios obreros cargaban de comestibles. Hacia la entrada, los dos policías avanzaban por el pasillo. Volví sobre mis pasos apresuradamente. Al final de los apiñados sacos me vi saltando sobre cajas de madera que contenían botellas. Luego llegué a otro pasillo más estrecho que el principal; allí me detuve jadeando, para tomar aire un segundo. Era un aire cargado de olores a comestibles, pero me benefició mucho; atravesé el pasillo y caminé oculto por altos estantes de madera repletos de quesos; al final de los estantes estaba la pared del edificio. Comencé a buscar una salida, pero no hallé ninguna. ¡Estaba atrapado! Miré en todas direcciones, luego hacia el techo. Los silbidos se aproximaban y decidí que la única salida era la claraboya. Los entrepaños de los estantes me sirvieron de escalera. Cuando llegué arriba rompí el cristal de la claraboya con la culata de la luger y respiré el aire vivificador que entraba a torrentes. Luego me introduje por la abertura, y ya afuera, mascullé una maldición. Yo solo me había acorralado. El ruido de un motor me sacó de mi confusión. Corrí hacia el lugar donde supuse que estaría la zona de carga y vi el camión separarse lentamente del carro patrullero. Era mi única oportunidad. Aguanté la respiración y salté. Cuando doblamos la esquina sonreí. El carro patrullero maniobraba para bloquear el hueco que había dejado el camión. En la calle Omoa el camión aminoró la marcha y me bajé de él. Seguí por Fernandina y atravesé Monte y me introduje en un cafetucho. Entonces recordé a Maqueira, pero ya era tarde para volver.

—Fue una pelea de perros.

Levanté la cabeza y vi ante mí al camarero, que sonreía contemplando mi maltrecho estado.

—No —contesté—, fue un accidente de automóvil, pero afortunadamente sólo recibí unos rasguños.

—¿Por aquí cerca? ¡Qué extraño! Yo no oí nada.

—Fue en los Cuatro Caminos —dije—. ¡Tráigame una cerveza!

Cuando se marchó, encendí un cigarro y me puse a meditar. El camarero colocó el vaso sobre la mesa y siguió contemplándome.

—Soy del campo —expliqué—. Necesito un pantalón y una camisa limpia.

—Precisamente pensaba en eso.

Tenía un rostro perruno que daba náuseas y estaba tan lleno de mugre como su establecimiento.

—Espere un momento —rogó, enseñando sus dientes manchados. Después gritó:

—¡Marcelo! ¡Marcelo!

De la trastienda salió un muchacho asustado.

—Diga, señor Rivas. ¿Qué desea, señor Rivas?

—¡Anda, ven, bribón! El señor quiere que le hagas un mandado.

Yo tomé la libretica y un lápiz y garabateé en una hoja mi talla de pantalón y camisa; abrí la cartera y saqué un billete de a veinte. El bulto de mi cartera hizo brillar de codicioso entusiasmo los ojos del tal Rivas. Le entregué el billete y la nota al muchacho y éste partió como una flecha hacia Monte.

Sin que mediara una invitación, Rivas separó una silla de mi mesa y tomó asiento. Desde aquel momento empezó a caerme pesado.

—¿Dice usted que tuvo un accidente, señor... señor ...?

—Alfaro —susurré mientras bebía un sorbo de cerveza.

—¿Y dónde dejó su carro, señor Alfaro?

—No sirve para nada —dije—, tuve que arrimarlo por Cristina. Luego llamaré a un taller para que se lo lleven y reparen.

—¡Hum...!, sí, eso es lo mejor —los ojos de Rivas daban saltos en sus cuencas. Parecían entregados a un alegre baile—. ¿Usted dijo que es del campo...?, sí, seguro que es del campo. Mucho tránsito en la ciudad, ¿eh? Aquí hay que andar con más cuidado.

Hablaba mucho y, en realidad, no parecía importarle que yo le prestara o no atención.

—¿Y la policía...? ¿No había policías por los Cuatro Caminos? Allí siempre hay muchos. ¡Policías! ¿De qué sirven? —se quejó—. Si usted choca con un infeliz, los dos para el precinto; si choca con un personaje, usted al precinto y el personaje a la calle. ¡Policías...! ¡Bah! Nunca le dan la razón al

que la tiene. Y usted, ¿no tuvo tropiezos con la policía? ¿No levantaron acta del accidente?

Rivas ya se me había atragantado completamente. Era repulsivo y el hedor le supuraba por todos los poros. Además, tenía la pésima costumbre de hablar agitando los brazos como dos remos en un mar encrespado. Le di la última chupada al cigarro y tiré la colilla. Rivas continuó:

—Pues sí..., señor Alfaro.

—Aleje su pezuña de mi cara —barboté. Él sonrió sumisamente, enseñando de nuevo sus dientes mugrientos. Después se volvió hacia el chiquillo que ya regresaba.

—¡Vaya, Marcelo, al fin has llegado...! Precisamente el señor... —me miró—, el señor Alfaro comenzaba a cansarse de mi charla.

Cogí el paquete que me entregó el muchacho y le regalé un peso; luego me volví:

—¿Dónde puedo cambiarme?

Él permaneció varios segundos pensativo; miró al muchacho y bramó:

—¿Tú qué esperas, bribón? ¡Anda, largo de aquí!

El muchacho corrió al interior de la casa temblando visiblemente. Debía tenerle mucho respeto a Rivas, y no le faltaba razón. Rivas era un hombre de cuidado.

Me miró fingiendo hallarse desorientado.

—Usted... ¡Ah, sí, quiere cambiarse! —El brillo de sus ojos se apagó. La idea que había germinado en su mente acababa de ser redondeada—. Sígame.

Lo seguí.

—En esa habitación se puede cambiar.

Entré en el cubículo. Hedía tanto como el establecimiento y el mismo Rivas. Pensé cerrar por dentro, pero tuve que conformarme con poner una silla detrás de la puerta. Coloqué la pistola, mis documentos y la cartera sobre una pequeña mesita, y comencé a desvestirme. Cuando estaba acabando de vestirme, Rivas le dio una patada a la puerta. Hice ademán de saltar sobre mi luger, pero Rivas me conminó con voz acerada:

—Yo no haría eso, señor Ares.

Miré el cañón de su pequeña pistola y pregunté:

—¿Ares?

Sus ojos relampaguearon, burlones.

—Sí —respondió—; la cara que yo veo en un periódico no se me olvida nunca.

Me encogí de hombros y continué vistiéndome. Rivas se acercó a la mesa y cogió la cartera.

—Es una pequeña desgracia la mía —me quejé—; los hombres de buena memoria me persiguen.

—A mí no me engañó ni un momento —confesó Rivas—. Desde que lo vi supe quién era.

—Muy bien, señor fisonomista —repuse en tono burlón—; ¿y ahora qué? Él hizo ademán de indiferencia.

—A mí sólo me interesa esto —farfulló agitando la cartera.

—Está bien. ¡Guárdesela!

—No pensaba pedirle permiso —replicó—, pero me alegra que sea usted tan espléndido.

Yo me agaché e hice un lío con los trapos que me había quitado.

—¿Qué hago con esto? —inquirí mostrándole el bulto.

Se encogió de hombros por segunda vez.

—A mí sólo me interesa la plata —repitió mostrándome la cartera de nuevo, y por un valioso segundo cometió la misma estupidez que la vez anterior: apartó la vista de mí para fijarla codiciosamente en la cartera.

Le lancé el lío de ropa y salté sobre él. El disparo que se le escapó retumbó en la pequeña pieza tétricamente. Le retorcí la muñeca y dejó caer el arma. El pánico se mezclaba ahora con el brillo de su mirada. Descargué un gancho en su abdomen y se dobló con un gesto de congestionado espanto. Luego le crucé la barbilla y se desplomó vomitando. Me eché la luger en el bolsillo y recogí mi cartera.

—De cualquier modo pensaba pagarle sus servicios —dije.

Tiré sobre la sucia sábana de su cama un billete de diez pesos y salí, dejándolo revolcado en sus propios vómitos.

De todas maneras, eso no sería nada nuevo para él. En la puerta estaba el muchacho, mirándome con los ojos azorados.

—¿Es tu padre? —inquirí.

Él negó con la cabeza.

—¡Alégrate! Toma estos veinte pesos y búscate otro trabajo; éste no te conviene.

Me envolvió en una mirada agradecida y volvió a la trastienda. Yo me encogí de hombros y salí a la calle. Ya estaba oscureciendo.

8

El anticuario

La fonda de chinos donde entré, en la calle Monte, estaba tan desaseada como el cafetucho de Rivas. Mientras comía un mejunje de horrible sabor que ellos llamaban sopa, le eché una ojeada al periódico que había comprado al pasar por el estanquillo. Una noticia me alegró: Alicia ya se hallaba en libertad; pero la que leí a continuación provocó un vuelco en mi estómago. Estaba encabezada así: «Intentó el asesino de Susana deshacerse de las joyas.» Y a continuación:

«En la mañana de hoy un individuo intentó vender las joyas robadas en casa de la señora Susana Díaz de Arroyo al comerciante en antigüedades, señor Wilfredo Butler. El señor Butler, que se negó a comprar esos artículos de procedencia ilícita, hizo a la policía una descripción que concordaba con la del conocido aventurero Júglar Ares, que según se cree, fue el hombre que asesinó a la señora Díaz.»

El artículo continuaba con un montón de sandeces que me incitaron a reír; pero la cosa no era para risa. El asunto se hacía cada vez más complicado. La conjura estrechaba su cerco en torno a mí. Doblé el periódico y comencé a preguntarme qué razón tendría el tal Butler para mentirle deliberadamente a la policía. Me encogí de hombros. Cualesquiera que fueran sus razones, Butler se había hecho acreedor a una visita mía. Cogí la guía telefónica y busqué en la sección comercial las tiendas dedicadas a la venta de rarezas antiguas. La de Butler estaba situada en la calle San Nicolás, hacia la parte del barrio chino. Anoté el número en la libretica y salí del fonducho.

Eran cerca de las nueve de la noche cuando pasé por la acera, frente al establecimiento de Butler. En la esquina me detuve y oteé disimuladamente los alrededores.

En la cuadra había comercios de distinta naturaleza, incluso los de caricias femeniles. Le di varias vueltas a la manzana. Todavía la multitud que

eventualmente llenaba aquel barrio no había alcanzado su apogeo, pero la creciente animación del ambiente permitía imaginar por qué el barrio chino era uno de los lugares más conspicuos de La Habana al filo de la madrugada.

En el maloliente servicio de una barra chequeé la carga de la luger; luego atravesé la calle y oprimí el timbre de la casa de Butler.

Tras la puerta entornada apareció un chinito.

—¿Qué *lesea*? —preguntó, y, enseguida, como si me estuviera esperando—: Pase, *señol Ales*.

Sonreí; mi notoriedad era mayor aún de lo que yo había supuesto.

—Gracias, Chin-li —respondí, sin intención de hacer un chiste.

—Mí no *sel* Chin-li —protestó— mí *sel*... mí *sel*...

—Me da igual cómo te llames —le interrumpí—. Avísale a tu jefe que he llegado.

Chin-li, sin replicar, se perdió en el vasto corredor que atravesaba la casa.

Eché un vistazo en torno. Era la típica tienda de un anticuario. Todo allí era raro: las figuras, la cristalería, las cerámicas, la platería... todo tenía esa apariencia de rareza que tanto apasiona a los tontos coleccionistas. Chin-li regresó sonriente.

—*Señol* Butler le *luega* que pase —dijo, inclinándose ceremoniosamente.

Hice un ademán que él entendió perfectamente. Echó a andar y lo seguí. Sus pasos eran rápidos y silenciosos. Aprecié en sus movimientos la clásica musculatura de un felino. Se detuvo frente a una puerta entornada y, con tanta ceremonia como la vez anterior, me indicó con un gesto que pasara.

Avancé. Con un súbito movimiento le retorcí el brazo y lo coloqué de escudo, al tiempo que sacaba la luger. Butler estaba sentado detrás de una mesa grande situada en una esquina. Reaccionó con un gesto muy semejante al mío: en su manos también apareció una pistola.

—Yo lo llamaría un empate, Butler —dije sin dejar de apuntarle.

Él colocó su pistola encima de la mesa y sonrió. Empujé a Chin-li al suelo y me mantuve alerta.

Chin-li se levantó, sonriendo enigmáticamente. Había mucha sabiduría oriental en la intención de su sonrisa.

—Yo *salíl* —dijo sacudiendo su batilongo, mientras se dirigía a la puerta.

Butler miró su pistola y exclamó:

—¡Al diablo con las armas, Ares! —abrió la gaveta de la mesa y la tiró dentro.

Le franqué la puerta a Chin-li y guardé mi lugar; luego cerré. Entre las muchas cosas extrañas que resaltaban en Butler, la primera era su indiscutible acento latino. Antes de que yo lo interrumpiera, explicó:

—Le extrañará que yo hable tan bien el español, pero de norteamericano sólo tengo el apellido.

—No estoy interesado en su origen —lo interrumpí—. Quiero saber qué rayos significa esa declaración suya a las autoridades.

Butler se recostó en el sillón riendo muy satisfecho. Sentado, daba la impresión de ser un hombre de corta estatura. En cambio, las líneas de su rostro eran nítidas y su complexión robusta. Era obvio que sabía adónde iba. Cuando vio que yo no compartía su hilaridad, dejó de reír y se enderezó en el asiento.

—Perdón —se excusó—. Daba rienda suelta a mi euforia sin recordar que en su estado actual no tiene cabida el buen humor.

Yo hice una mueca y farfullé:

—Sigo esperando esa explicación, Butler.

Él se agarró la barbilla, pensativo.

—¡Hum! —murmuró mirándome fijamente—. Le extrañará lo que voy a decirle. —Hizo una pausa breve y concluyó soltando las palabras con rapidez—: Sólo quise prestarle un servicio.

Yo me moví inquieto en la silla. Butler empezaba a exasperarme.

—No me agrada esa clase de servicio —repuse.

—Deje que me explique, Ares —rogó con acento burlón—. ¿Usted sabe quién mató a Susana?

—¡Qué sé yo! —mascullé—. ¿Andaría dando carreras si lo supiera?

—Pues yo lo sé, Ares —confesó acentuando su tono burlón—. Pero ¿de qué manera podía hacérselo saber, si usted a mí no me conocía?

—No tenía que hacerme saber nada. Era suficiente comunicárselo a la policía.

—¡Oh..., la policía! —exclamó—. ¡Yo no quiero saber nada de la policía, Ares!

La situación se volvía francamente interesante. Sonreí. Luego reí.

—¡Que tipo! Usted es mi mejor candidato para ganarse una paliza, Butler —dije pausadamente.

—Cometería una incalificable tontería... y usted, de tonto, no tiene nada.

—Al grano, Butler..., al grano. ¿Quién mató a Susana?

—Que no le haya dicho a la policía quién mató a Susana y se lo diga a usted, tiene una explicación. Permítame que comience por el principio —rogó, dando a su rostro una expresión de gravedad.

Asentí con un ademán y él empezó diciendo:

—Todo este nauseabundo enredo —Butler puso énfasis en el calificativo — comenzó por el Degas. ¿Oyó hablar alguna vez de ese cuadro antes de verse mezclado en este lío?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Es una belleza, Ares —sus ojos se agrandaron—, una auténtica belleza que me pertenece. Espere un instante. —Sacó del bolsillo un llavero y seleccionó una llavecita. Yo lo dejé hacer y encendí un cigarro. Butler abrió una gaveta y extrajo un pergamino. Extendió el brazo sobre la mesa y dijo—: ¡Observe eso!

Le eché una ojeada al pergamino. Era un título de propiedad de la *Ballerina entre bastidores*, extendido en París a nombre de Butler. Parecía auténtico, aunque, naturalmente, yo no tenía manera de comprobarlo. Le devolví el pergamino y adopté la actitud pasiva del que espera una explicación.

—Como puede ver, ese Degas es mío —aclaró Butler—. Lo adquirí por una cuantiosa suma en uno de mis viajes a Francia.

—¿Cómo se hallaba en poder de Susana? —inquirí. Butler bajó la cabeza discretamente. Luego me miró. Una sombra de pudor nublaba sus pupilas.

—El hombre es débil, Ares —murmuró.

—¿Cambió su cuadro por las caricias de Susana? —resumí sonriendo.

Su cabeza se movió afirmativamente.

—Tendría que haber conocido a Susana para comprender eso —arguyó—. ¿Conoció usted a Susana? ¿O... la vio siquiera alguna vez? Con vida, quiero decir...

—No, cuando la vi estaba más muerta que Ramsés II.

—Verla era desearla; y desearla era enloquecer, Ares. —Los ojos de Butler se agrandaron, radiando intensos destellos—. Sí. Susana era una de esas joyas raras de la naturaleza; verla un segundo era desearla toda la vida. Todo el que la vio una vez, quedó prendado de ella para siempre.

El brillo se desvaneció de sus pupilas. En ese momento unos suaves toques en la puerta lo interrumpieron. Él hizo una pausa, después continuó, pero los toquecitos se repitieron. Seguían siendo suaves. Suspiró pesadamente, pero no dijo nada. Parecía esperar que el intruso desistiera de su propósito pero, por tercera vez, el toque llegó a nuestros oídos. Butler hizo un gesto de desagrado y resopló ruidosamente. Luego se volvió maldiciendo.

—¡Entre! —masculló.

La puerta se abrió y en el umbral apareció una bella estatuilla china, pero de carne y hueso.

—¡Hum! —exclamé—. Veo que esconde bien su mejor tesoro.

—Por supuesto —dijo Butler y se echó a reír.

Contemplé a la chinita mientras avanzaba hacia nosotros. Su sedoso vestido estaba estampado en llamativos colores. No era alta, pero sus carnes estaban bien distribuidas en su pequeña anatomía. Su boca era pequeña y sus ojos rasgados no estaban exentos de malicia. Él la llamó Lu-mei. Ella habló en chino y él le contestó en el mismo idioma. La muchacha no pareció estar de acuerdo con su respuesta; creí oír que repetía una y otra vez el mismo vocablo.

Butler hizo un gesto de impaciencia y la fulminó con la mirada. Enseguida, recobrándose, le dijo en inglés:

—Está bien, Lu-mei. Ahora iré para allá.

Y eso fue todo. Ella salió de la habitación dejando en la atmósfera el suave hálito de su perfume.

—Volviendo al relato, Ares —dijo Butler dando a su rostro una expresión más grave—, desgraciadamente Susana no era mujer capaz de entregarse espontáneamente al amor. Siempre exigía algo a cambio: a unos, joyas; a otros, dinero... Siempre había que pagar un alto precio por sus favores. En mi caso fue el Degas. Yo luché con mi pasión, me esforcé por encerrarla en límites razonables para no entregarle la *Ballerina entre bastidores*, pero fue en vano. La pasión que Susana despertaba en uno era incontrolable... Cuando

no pude más, le entregué el cuadro a cambio de los momentos de amor que ella se dignó concederme. —Butler hizo una pausa. En su semblante había una expresión evocadora—. En Susana, como mujer, no se hallaban defectos. No había en su belleza una sola mácula, y el hálito que emanaba de su cuerpo habría hecho parecer desagradable los olores del paraíso. Pero en la sórdida naturaleza de Susana no había cabida para el menor sentimiento de piedad. Una vez que su derecho de propiedad sobre el cuadro quedó establecido por mi tácito consentimiento a exhibirlo en su sala, mis oportunidades a solas con ella se fueron haciendo cada vez menos frecuentes. Luego cesaron por completo. No importaron mis súplicas, mis lamentos ni mis protestas. Susana era inmovible. —Por segunda vez Butler hizo una evocadora pausa. Luego continuó—: Pensé que Susana se había burlado de mí y que debía castigarla en lo que más le doliera. Como ella, de hecho, no tenía la propiedad legal del cuadro, decidí recuperarlo nuevamente. Mi idea original fue establecer una reclamación judicial sobre la base de que yo le había hecho un préstamo y no un regalo, pero eran muchos los testigos que me habían oído decir en público que se lo había regalado y temí que Susana, con su tremenda influencia, pudiera ganar el pleito y burlarse de mí una vez más. Fue entonces cuando concebí la estúpida idea de robarlo. Claro que ni remotamente pensé realizar el robo yo mismo. Creí que no sería difícil contratar a un profesional para que hiciera el trabajito. —Butler me observó con semblante apenado—. Veo que usted no aprueba mis procedimientos —se lamentó—. ¡Lo siento! A mí me pasó lo mismo desde el momento en que ese hombre salió de aquí para la casa de Susana.

—En fin, Butler, ¿quién es ese hombre, y cómo sé yo que no me está mintiendo?

—¡Santo cielo! —exclamó Butler—, ¿mentir yo? ¿Para qué iba a mentir? Sé que él la mató porque no pudo ser otro..., a menos que haya sido usted.

Yo hice una mueca que debió mostrar todos mis dientes.

—Poco a poco, Butler. No vaya a sentarse sobre un barril de pólvora...

—Entendámonos, Ares —repuso Butler—; yo no lo estoy ayudando por caridad... ni porque sea amante de la justicia. No tenía forma de comunicarme con usted, y recurrí a un medio extraño, es verdad, pero efectivo para hacerle saber dónde podía encontrarme. Mi propósito es llegar a

un trato con usted, porque el hombre que empleé me traicionó. Me entregó unas cuantas joyas de escaso valor y desapareció con el cuadro.

—¿Qué clase de trato? —inquirí.

—Yo le hago una descripción del hombre para que usted lo busque. Cuando lo encuentre, se abstiene de proceder hasta que yo haya llegado con él a un arreglo, por el cuadro. Sin la propiedad, nadie se arriesgaría a comprar un cuadro tan notorio. A estas horas ya él habrá comprendido eso.

—Aquí hay una cuerda que desafina, Butler. ¿Cómo demonios explicará el hombre a la policía el escamoteo?

Los ojos de Butler se iluminaron de picardía.

—De la cárcel se sale —explicó jubiloso—, y siempre conforta saber que afuera hay unos miles esperando para hacernos la vida más grata —movió los brazos sugestivamente—. Pero no se preocupe —exclamó—, siempre habrá palabras para convencerlo. Yo me encargo de eso.

—Iba usted a describírmelo. Pues bien, ¿qué aspecto tiene?

Butler se estiró en el asiento y bostezó perezosamente.

—Eso significa que acepta mi proposición.

Yo asentí con la cabeza.

—Es un hombre alto, trigüeño y bien parecido. Usa un fino bigote y siempre viste bien. Pero esa descripción apenas le servirá; para encontrarlo fácilmente, busque en todos los parques de la Habana Vieja hasta que encuentre un titiritero ambulante que se apoda a sí mismo Cagliostro. Cuando lo encuentre, pregúntele por Juan el Cinqueño. —Butler levantó el índice y concluyó—: Una advertencia, Ares: Cagliostro es peligroso... y el Cinqueño también.

Cinco minutos después salí del despacho de Butler, precedido por Chin-li. Él avanzaba delante de mí con los silenciosos pasos de un felino. De una de las habitaciones que daban al largo corredor salió Lu-mei, con el cuerpo ceñido por su largo y sedoso vestido; chocó conmigo y me dio excusas en chino. No entendí nada, pero comprendí una cosa: el choque no había sido accidental. Chin-li se volvió y fulminó a Lu-mei con la mirada. La muchacha corrió presurosa y se esfumó en uno de los cuartos.

Cuando salí a la calle, el barrio chino se hallaba en el apogeo de su ciclo bullicioso.

9

El titiritero ambulante

Tan pronto como me vi libre de la presencia de Chin-li hurgué en el bolsillo de mi camisa. El suave perfume del papel que extraje evocaba a Lu-mei. Era una notica con extraños caracteres escritos en columnas. No entendí nada. Estaba en chino. Entré en una barra de asiáticos y me senté. Pedí una cerveza y la saboreé tranquilamente, mientras sometía el relato de Butler a un exhaustivo análisis. El juego de Butler no me gustó. Mis conclusiones tampoco. Tiré un peso en la mesa y me puse de pie. El chino cogió el billete, lo miró desconfiado y amplió en su rostro su perpetua sonrisa.

—*Mucha glacia, señol* —murmuró al ver que yo me dirigía a la puerta sin esperar el vuelto.

Todos mis movimientos habían sido meditados, pero los realicé con naturalidad. Súbitamente me volví y dije:

—Léeme esta nota, ¿quieres?

Tomó el papel en sus manos y respondió inclinando la cabeza:

—Sí, *señol*... ;sí, *señol*.

Le echó una ojeada a la nota. La lividez borró de su rostro imberbe su sonrisa de niño.

—Bueno, ¿puedo saber de qué se trata?

—¡Oh, *señol*! —exclamó con los ojos espantados—. ¡Oh, *señol*!

Me pregunté si se habría vuelto loco.

—¡Acaba de una vez! —grité—. ¿Qué dice?

Él garabateó algo en un papel y me lo entregó. Un frío intenso recorrió toda mi espina dorsal. La nota decía: «Cuídese, la muerte lo acecha.» Tomando mis precauciones, como siempre en los casos de emergencia, busqué un hotel donde dormir. Esto de llamarle hotel a aquel albergue nocturno se debe a que de alguna forma hay que llamarlo. Igual podría llamarse «chiquero». Pero en fin, hacía varios días que las comodidades me

importaban un bledo. Esa noche dormí muy mal: tuve pesadillas. A la mañana siguiente me levanté tarde. Hice calistenia y me metí bajo la ducha. Luego fui a un café a desayunar. Después del desayuno, hojeé la prensa. La muerte de Susana estaba pasando a segundo plano.

El periódico sólo le dedicaba dos líneas, que no decían nada nuevo. Lo doblé y llamé a Alicia. El sonido del timbre debió sacarla de la cama, porque a mi «Hola, preciosa» respondió con un soñoliento:

—¡Ah! ¿Eres tú? ¿No sabes cuándo me molestas?

—Vamos, gruñona —repliqué—. ¿Acaso tienes siempre tan agradable despertar?

—Eres un presumido —respondió ella despabilándose—. Si no fuera...

La interrumpí:

—¿Cómo te fue con la *jara*?

—¡Oh! —exclamó al otro lado del hilo—, fueron muy corteses. Primero insistieron en que yo te había ayudado a escapar, después se disculparon diciendo que todo se debía a un error provocado por la confusión del momento. ¡Claro! —agregó riendo con esa malicia tan suya—, nada de eso les ha impedido mandar a un hombre que me siga. Además, lo han revolcado todo aquí.

Sonreí. Si la policía vio candidez en la cara de gatica juguetona de Alicia, se equivocó. Alicia no tenía nada de ingenua. Le envié un beso a través del hilo y ella colgó; pero yo no. En ese momento pasó por mi mente una idea traviesa. Un segundo clic llegó a mi oído: no me había equivocado. La policía había interceptado el teléfono de Alicia. Tiré el auricular y salí a la calle. Al primer auto de alquiler que pasó, le eché mano. En un minuto aquel lugar estaría minado de policías. Sentado en el asiento trasero, permanecí varios segundos absorto en mis propios pensamientos.

—¿Adónde quiere ir el señor?

El chofer era joven, pero tenía la voz ronca, casi tan ronca como la mía. Precisamente en ese instante me miraba por el espejo retrovisor. Si me reconoció, no dio muestras de ello.

—El señor no ha dicho adónde va —repetió.

—Soy del campo —dije, tratando de imitar el acento oriental—. Estoy recorriendo la ciudad. Hoy me gustaría conocer la Habana Vieja.

Era un cuento gastado. No lo hice con el propósito de que él lo creyera y probablemente no lo creyó. Se encogió de hombros y torció hacia el sector más antiguo de la ciudad. En un par de horas recorrimos todo el barrio, pero sucedió lo que yo había supuesto. No vimos ningún titiritero. Generalmente salían a la calle al caer la tarde.

Por la época en que ocurrieron estos sucesos, la Habana Vieja era un barrio de muchos contrastes. Había una extraña mezcla de lo antiguo y lo moderno, de opulencia y de pobreza.

Sobre las dos de la tarde, el chofer almorzó conmigo. Según se desprendía de su charla, pretendía creer que yo era un excéntrico. Pero yo sabía que me había reconocido. Cuando se lo hice saber, respondió sonriendo:

—No me importa quién es usted; si me dice que se llama Juan de los Palotes, para mí es Juan de los Palotes. Yo soy chofer de alquiler y de eso vivo. Todo el que me paga el viaje es para mí una persona decente.

—Es una excelente filosofía —murmuré.

—Llámela como quiera —prosiguió—. Yo sólo sé que dos pesos más otros dos, suman cuatro. —Levantó la cabeza del plato y sonrió jovialmente—. ¿Sabe una cosa? Si me pusiera a escoger mis clientes, acabaría muriéndome de hambre.

Probablemente tenía razón. Así andaba de sucia la ciudad. Cerca de las siete de la tarde nos detuvimos por tercera vez en el parque del Cristo. Hasta aquel momento la suerte no nos había favorecido, aunque habíamos visto varios titiriteros por distintas partes del barrio. Sin mucho entusiasmo abandoné el auto y fui hacia el grupo de personas reunidas cerca de la estatua del poeta Plácido. En el centro del redondel formado por la multitud se hallaban dos hombres ridículamente ataviados. El más alto estaba vestido con un batón de seda. El más pequeño tenía en la cabeza una especie de turbante oriental y vestía a la manera india. En aquel momento el renacuajo invitaba al público a acercarse.

—¡Vengan, señores, vengan! —voceaba, espaciando estúpidamente las palabras.

—¡Vengan, vean y admiren al inmenso mago oriental Cagliostro! —Mi pulso recibió un acelerón—. ¡Un espectáculo que sólo podrá apreciar usted

una vez en su vida!

El público estrechó más el círculo alrededor de ellos. No podía negarse que los muy bribones tenían sus mañas. Estudié bien a Cagliostro. Era un hombre que ya había pasado de los treinta y cinco años, pero probablemente aún no había llegado a los cuarenta. Era alto y algo ventrudo, pero su abultado cuello me hizo suponer que debajo de su bata había un cuerpo musculoso. Cuando el público se hubo aproximado, Cagliostro ordenó silencio al hombrecito con un ademán teatral y comenzó a realizar toda suerte de escamoteos, tan viejos como Matusalén, pero no por eso menos efectistas. En realidad la limpieza de sus movimientos era impecable. Hacía aparecer y desaparecer ante la vista de la expectante multitud toda clase de objetos, moviendo sus manos con endemoniada rapidez. Entonces me fijé en su compañero. Era a éste a quien había que ver. También estaba entregado a un juego de manos, sólo que más provechoso. Maniobré con disimulo para situarme cerca de él. Todos los tipejos que se aproximaban tenían párpados y pupilas inconfundibles. Eran viciosos. La fase preliminar del espectáculo concluyó, y el enano comenzó a anunciar lo que él calificaba de acto cumbre. En medio de su perorata, dejó caer una alusión al «pase del cepillo» que tuvo la virtud, poco favorable para el negocio, de alejar a unos cuantos de los curiosos que creían haber visto bastante por lo que habían pagado. El enano, con una sonrisa irónica no exenta de picardía, gritaba a más y mejor: «¡No se vayan, señores, cooperen con el artista cubano! ¡Cooperen, caballeros!»

Sea porque el enano los convenció, sea porque estaban realmente interesados, el número de los que tomaron las de Villadiego no fue grande, y el acto final comenzó.

El enano se empinó para dominar mejor su auditorio, exhibió su más cándida sonrisa y preguntó con alegre desenfado:

—¿Hay entre los caballeros alguien que quiera facilitarnos un billete de cinco pesos?

Yo sonreí. La buena gente se miraba entre sí con suspicacia. El enano volvió a la carga.

—¡Que no se diga, señores!... Entre tantos caballeros, ¿no habrá uno con cinco pesos para facilitar la realización del acto? —sonrió—. Claro que le será devuelto al terminar, con nuestra profunda gratitud. —Sin abandonar su

cínica sonrisa, insistía—: ¿Usted?... ¿Usted?... —Su índice iba de una a otra cara, pero todos permanecían indiferentes—. ¡Aja! —exclamó de pronto, entusiasmado—. He ahí un caballero que deposita su confianza en nuestra capacidad de artista. ¡Apártense, por favor! ¡Déjenlo pasar, por favor!

Saltaba a la vista que el tal caballero era una «pala». Si aquel bergante hubiera tenido cinco pesos disponibles, de seguro que habría ido corriendo a la barbería para librarse de la lana que ya invadía su cogote.

El tipo entregó el billete y el enano lo exhibió a la vista del público. Luego se lo pasó a Cagliostro.

Cagliostro hizo varios pases preliminares, el billete del peludo «caballero» desapareció y reapareció sucesivamente por la manga, por su bolsillo o por su boca. Después, el «mago oriental» alertó al público para que no perdiera detalle. Sobre una pequeña mesa había, además de otros objetos que Cagliostro utilizaba en su trabajo, una maquinita casera de moler carne. Dentro, aparentemente, cayó el billete de cinco pesos. Enseguida el enano comenzó a dar vueltas a la manigueta. De los espectadores estupefactos se levantó un clamor de incredulidad.

El tipo que había facilitado los cinco «machacantes» esbozó un gesto de protesta que después se diluyó en una sonrisa de olímpica indiferencia. Entretanto, la maquinita seguía girando. Entonces fue cuando yo comencé a disfrutar del espectáculo. Cerca del enano había un chiquillo negro que había seguido con avidez todos los movimientos del supuesto mago. Sin duda su mente infantil trataba de penetrar en el secreto del ilusionista. Cuando vio que aquel billete iba a convertirse en picadillo, ni más ni menos que un pellejo cualquiera, detuvo la mano del enano gritando:

—¡Eh! ¿Qué va *hacé*?

—Ya lo ves, niño, moler los cinco pesos —contestó el enano sonriendo amablemente, mientras le daba un codazo con disimulo.

—¿*Usté* está loco? —protestó el fiñe como si él mismo hubiera facilitado el dinero—. ¡*Molé* cinco caballos!

—¡Aléjate, condenado! —dijo el enano entre dientes—. ¿Quieres que te rompa la crisma?

Los codazos llovían y la cara del enano estaba roja de cólera, pero el niño no soltaba su mano. Entonces comenzó el forcejeo que provocó la hilaridad

del público. El acto estaba degenerando en puro vodevil. En ese momento el enano cometió su más trágico error. En su afán por deshacerse del intruso, le dio un empujón cuando éste metía la mano en el hueco de la maquinilla. El niño, perdiendo el equilibrio, le dio un tirón al billete y ya en el suelo lo agitó triunfalmente en la mano. La risa cesó. El público quedó pasmado varios segundos; después dio rienda suelta a su contenida hilaridad. Lo que el muchacho mostraba era un pedazo de papel de periódico. Cagliostro se aproximó con la intención de golpearlo, pero varios hombres se interpusieron y tuvo que abandonar su propósito. Loco de rabia, le hizo una seña al enano, que ya había hecho un lío con todo el equipo. Después ambos se alejaron bajo la rechifla de la multitud.

En la esquina de la iglesia se detuvieron. Yo atravesé la calle y pagué a Jacinto (así se llamaba el chofer del taxi). Desde allí vi a Cagliostro entregar su bata, hecha un jolongo, al enano; después echó a andar por Villegas mientras su compañero tomaba la calle Cristo en dirección al muelle. Le di las gracias a Jacinto y me lancé tras Cagliostro.

10

El Cinqueño

Cagliostro siguió recto por Villegas hasta Obispo y allí torció hacia el centro de la ciudad. Caminaba lentamente y con tanta humildad que hubiera podido tomársele por el más inofensivo ciudadano. En la librería Cultural se pasó a la acera del frente, atravesó la calle y se detuvo en el parquecito de Albear. Mientras él encendía un cigarro, yo fingía observar los libros que Minerva exhibía en su vidriera. Luego cruzó Monserrate y continuó hacia el atestado Parque Central. Me enjuagué el sudor con el pañuelo y miré el reloj. Eran las ocho y quince. Hacía un calor endemoniado y la densa atmósfera presagiaba lluvia.

En la acera del Louvre, Cagliostro se volvió y miró hacia atrás; yo preví sus movimientos y me agaché para amarrarme un zapato sobre la defensa de un auto parqueado frente al Teatro Nacional. Botó la colilla de su cigarro y continuó por San Rafael. El tráfico de bellezas por esa calle no había languidecido. Era un incesante vaivén capaz de arrancarle una exclamación al conocedor más exigente. Si Cagliostro lo era o no, nunca lo supe, pero allí permaneció un buen rato aprobando y desaprobanda con la cabeza, hasta que penetró en el Cinecito. Yo entré detrás de él. La sala estaba oscura. Sólo la pantalla era visible. Proyectaban un cartón del Pato Donald, pero fuera de eso no se veía nada. Yo estaba prácticamente ciego. Para evitar que Cagliostro se me escurriera, me senté en la última fila. Varios minutos después, con la vista adaptada a la oscuridad, escudriñé el lugar. Había pocas personas en la sala. Ninguna se parecía a Cagliostro. Recorrí el pasillo con indiferencia, procurando aparentar que buscaba un asiento que me acomodara. No vi a Cagliostro; me mordí el labio, pensativo. A menos que yo hubiera cometido una inconsciente torpeza, era imposible que él se percatara de que lo seguía. No obstante, se me había escabullido de las manos.

Mascullé una blasfemia. Quizás había contado con mi ceguera momentánea para darme el esquinazo. Ese pensamiento me arrancó una sonrisa desdeñosa. No había que tener un alto coeficiente de inteligencia para entrar por una puerta y salir por otra, mientras yo hacía el tonto esperando que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Claro, yo no soy muy inteligente, y esa simpleza no se me había ocurrido.

Cuando me disponía a dejar el cine vi a un hombre salir del servicio. No era Cagliostro; pero no quise irme sin echarle un vistazo a ese lugar. Refunfuñando, abrí la puerta. Dentro había dos tipejos hablando; uno de ellos era el ilusionista callejero. Interrumpió su conversación y me clavó una mirada furibunda. Yo seguí imperturbable hacia el lavabo. Mientras me lavaba las manos lancé por el espejo una furtiva mirada. El interlocutor de Cagliostro le entregó algo y salió del baño; yo me sequé y salí sin volver la vista. Desde mi asiento mantuve una constante vigilancia sobre la puerta. La gente entraba y salía; sólo Cagliostro permanecía dentro. No cabía duda de que el bribón estaba traficando con la yerba infernal. Unos veinte minutos después abandonó el servicio aprisionando entre sus labios un nuevo, cigarro.

Comprendí que ya su negocio allí había terminado y decidí salir antes que él. Fue una buena idea, porque los muñequitos le importaban tres pepinos a Cagliostro. Semioculto por la pared del edificio del frente, lo vi dirigirse hacia Consulado. Le dejé ganar una distancia prudencial y luego comencé a marcarle el paso.

En Ánimas se volvió y disimuladamente hizo un reconocimiento. Yo me detuve y comencé a hablar con un hombre que se cruzó conmigo. Sólo le pregunté una tontería, pero aparenté que mi charla con él era muy grata. Cuando Cagliostro desapareció detrás de la pared de la esquina, dejé a mi interlocutor con la palabra en la boca y seguí hasta Ánimas. Más allá del American Club entró en una barra. Oculto detrás de una de las columnas del Palacio de Bellas Artes, lo vi salir cinco minutos después comiéndose un emparedado. Si sabía que lo estaba siguiendo, era un verdadero genio del disimulo. Deleitándose con su emparedado continuó por Empedrado, luego dobló hacia Aguacate. Comencé a impacientarme; llegué a pensar con desesperación que el muy maldito me había descubierto y se divertía a costa mía.

Algunas pequeñas gotas comenzaron a caer. Eran como una avanzada del aluvión que presagiaba el viento que se desató. Maldije en voz baja. Si aquel condenado andarín no decidía anclar en alguna parte, los dos recibiríamos una buena empapada. Felizmente, no fue así. En Tejadillo, cuando la lluvia comenzó incontenible, Cagliostro abrió la puerta de una casa y entró. Dos minutos después, debajo del aguacero, comencé a probar mis llaves maestras en la puerta. No me costó mucho trabajo hallar la adecuada. La puerta se abrió y apareció una escalera. Ascendí el primer tramo y me detuve a escuchar. Ascendí el otro tramo y llegué a un pasillo iluminado por la tenue luz de un bombillo que pendía del techo. Lo recorrí en puntillas. Todos los cuartos estaban a oscuras. Hacia el final había otro pasillo y más cuartos. En uno de ellos, varias personas hablaban. Presté atención, aunque a través de las paredes sólo se oía un bisbiseo. Medité brevemente qué hacer. En alguna de esas habitaciones había entrado Cagliostro, pero sólo aquella daba señales de estar ocupada. Decidí arriesgarme. Saqué la luger; le chequeé la carga y violenté la puerta... Allí estaba Cagliostro.

Sus ojos se espantaron. Parecía una bestia acorralada. Su compañero, en cambio, estaba más sereno, aunque vislumbré que aquella calma era superficial.

Les ordené colocar las manos sobre la mesa, pero Cagliostro lanzó una imprecación y me embistió como un toro. Me aparté y le descargué un fuerte golpe sobre la nuca con la culata de la pistola. Su cuerpo cayó pesadamente al piso. El otro tipejo no perdió tiempo. Metió la mano en la gaveta de la mesa..., pero no pudo sacarla. De un rodillazo se la trabé dentro de los bordes filosos de la madera. Luego le golpeé el rostro con el plano de la luger. Con vidriosos fulgores en los ojos masculló una indecencia y sacó su mano magullada. En la última falange del dedo menor, tenía un apéndice. Era el Cinqueño.

Lo agarré por el cuello y lo obligué a situarse contra la pared, para registrarlo. No llevaba arma. Saqué la que guardaba en la gaveta y me la eché al bolsillo. Luego me senté y le indiqué su silla. Estaba atolondrado. Escupió sangre varias veces y después balbució:

—¿Quién... quién demonio es usted?

Se apretaba la mano con fuerza y sus músculos faciales se contraían en repetidas muecas de dolor. No parecía reconocerme. Mi ropa estaba hecha una sopa y mi semblante debía parecerle dantesco.

—Yo soy Ares, ¿recuerda?, el pelele que iba a pagar el pato por usted.

—¿Para qué me busca? —inquirió—. Yo no le he hecho nada.

—Traiga la *Ballerina* —dije—. Iremos a conversar con la policía.

—Ya veo —repuso—, quiere taparse conmigo, pero de nada le valdrá. Si me empuja, lo hundo, Ares. Lo hundo en el fango y se ahoga usted conmigo. Yo sólo soy ladrón, pero usted es un asesino.

—¡Basta ya de comedia, Cinqueño! Escogió un pésimo candidato. Mataste a la tipa, ¡confiésalo!

Él volvió a escupir despectivamente.

—No me importa lo que diga —masculló—. Yo sé que usted es el asesino. Yo lo vi.

—¿Que me vio?

—Es... decir —tartamudeó—, usted estaba en el cuarto con la muerta cuando yo llegué.

En aquel momento se me ocurrió una idea. Era posible que el Cinqueño estuviera diciendo la verdad. Yo entré en la casa a las nueve y hacía más de una hora que Susana estaba muerta. Si el Cinqueño era el asesino, ¿qué diablo iba a estar haciendo dentro de la casa, una hora después de haberla matado? Alguien me había estado tomando el pelo. Pero, ¿quién? ¿El senador? ¿Padua? ¿Ramerál?

Le clavé la vista reflexivamente.

—Si usted no la mató, ¿por qué me dio el golpe en la cabeza? —demandé.

—Pensé que usted era el asesino, y yo quería que también lo culparan del robo. Así me hubiera resultado más fácil vender el cuadro y las joyas.

—¡Estúpido! —exclamé—. Difícilmente podía la policía considerarme el autor del robo si no me encontraba encima lo robado.

Él sonrió despectivamente.

—Por eso embadurné las paredes con sus dedos y llamé a la *jara* cuando creí que ya usted se había ido, Ares. El golpe que le di no fue tan fuerte —añadió cínicamente.

Sentí deseos de felicitarlo. Si el muy bribón, en un momento como ése, era capaz de urdir semejante patraña, debía tener un magín privilegiado.

Cagliostro lanzó un gruñido desde el piso. Le eché un vistazo. Se retorció, pero no estaba en condiciones de incorporarse.

—Muy bien, Cinqueño, se lució. Ahora es mi turno; busque la *Ballerina* y eche a andar.

Su rostro se contrajo en una mueca de rabia y dolor. Después se mordió el labio.

—Le propongo un trato. Ares —dijo, y exploró mi semblante con una rápida mirada—. Le entrego la *Ballerina* si me deja ir. Piénselo bien, usted nada gana con entregarme.

Yo sonreí. Encendí un cigarro y lancé otra mirada al piso. Cagliostro había cambiado de posición; ahora se hallaba despatarrado con la cara vuelta al cielo raso. Arrojé el fósforo al suelo y expulsé el humo.

—¿Dónde está la *Ballerina*?

—Sabía que aceptaría, Ares —exclamó sonriendo entusiasmado—. Usted y yo somos iguales. —Chasqueó los dedos y reprimió un gesto de dolor—. Plata. Eso hace mover al mundo.

Se puso de pie, fue hasta el estante pegado a la pared, en el lado opuesto de la habitación, y comenzó a retirar los objetos que estaban en el tercer entrepaño.

Desde mi asiento lo vi entretenerse momentáneamente con un jarrón en la mano.

—Ésa sería la última tontería que harías en tu vida, Cinqueño.

Levantó la vista. Mi advertencia le hizo sonreír. Luego sacó el entrepaño y lo volvió. La *Ballerina* estaba fija a la madera, con papel adhesivo. La despegó y vino hacia mí. Sus ojos brillaban con inusitada intensidad.

—¡Mírelo!, échele un vistazo.

—Enróllelo —ordené sin mirarlo.

—Siempre precavido, Ares.

Era extraño, pero no parecía disgustarle desprenderse del cuadro. Hizo con él un rollito y me lo entregó sonriendo.

Lo metí en el bolsillo de mi saco y miré a Cagliostro, que balbuceaba incoherencias y trataba de incorporarse. Me puse de pie para descalabrarlo

otra vez, pero no fue necesario: cayó de nuevo hacia atrás, al parecer, desmayado por el esfuerzo.

El Cinqueño lo miró con desprecio.

—¡Tarugo! —murmuró. Levantó la vista y sonrió—: A propósito. Ares, ¿quién le dijo que siguiéndolo daría conmigo?

—Pronto lo sabrá —respondí—. Usted y yo iremos a verlo.

—Debí suponerlo —se quejó—. Esto es obra de Butler.

—Cierre el pico y muévase, Cinqueño. Usted habla demasiado.

Se encogió de hombros y se dirigió a la puerta.

—Butler le tomó el pelo igual que a mí, Ares —dijo sin volver el rostro—. No le interesa la *Ballerina*. Anda detrás de la urna sagrada.

—¡Eh! ¿Qué es...? —No concluí la frase. El brazo del Cinqueño se movió rápido y la habitación quedó en tinieblas.

Casi enseguida sentí que dos manos se aferraban a mis piernas. No pude mantener el equilibrio, y, al caer, se me escapó un disparo. Fue un sonoro estruendo. El fogonazo produjo un haz de luz en la oscuridad, pero no solté la pistola.

Los dedos de Cagliostro parecían garfios. De mis piernas pasaron velozmente a mi cuello. Parecía ver en la impenetrable oscuridad de la habitación. Probablemente mientras se fingía desmayado sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. El aire comenzó a faltarme. Busqué al tacto su cabeza y, blandiendo la luger como un martillo, le pegué en la sien. Las tenazas de sus dedos se aflojaron. Después su cuerpo se desmadejó en el piso.

Casi asfixiado, estuve jadeando varios segundos. Luego me incorporé y encendí la luz. El Cinqueño había desaparecido.

Ni siquiera pensé en seguirlo. Empujé una silla contra la puerta y me agaché para echarle un vistazo a Cagliostro.

Por encima de la oreja izquierda le salía un hilillo de sangre. La piel estaba partida, pero no le había fracturado el cráneo. Su respiración era lenta y apagada, y barrunté que Cagliostro no moriría de aquel golpe.

Con la última frase del Cinqueño martillando mi mente, registré metódicamente la pieza. Encontré muchas cosas, entre ellas varios paquetes de cigarrillos de marihuana y cierta cantidad de polvo blanco, probablemente cocaína o heroína. Pero no hallé ninguna urna ni nada parecido a una urna.

11

La golpiza

Cuando salí, el pasillo estaba desierto. La batahola en el interior de la guarida del Cinqueño no había trascendido. O los habitantes de aquel tugurio eran tan bribones como el Cinqueño y su compañero (y temían llamar a la policía), o el edificio estaba prácticamente deshabitado.

A la luz mortecina de la lámpara en la escalera, observé el reloj. Las flechitas marcaban la una menos dos minutos. Descendí los últimos escalones y tiré imprudentemente del pomo de la puerta. En la acera de enfrente, y apuntando directamente hacia mí, se hallaba el Cinqueño. El ruido seco del disparo se confundió con un trueno. Vi la llamita azulosa de su pistola y me aparté, contrayéndome. Extraje la luger y disparé desde mi incómoda posición. Dos disparos suyos le arrancaron astillas al marco. Cerré la puerta y subí la escalera.

Recorrí la casa en busca de otra salida, pero no vi ninguna. Hacia el final del pasillo que daba a la escalera había una ventana. La abrí. La lluvia había amainado. Una tapia bastante alta separaba los bajos de la casa con el zaguán que daba al edificio contiguo.

No parecía difícil la tarea de saltar por allí. Calculé que mis pies llegarían fácilmente hasta la tapia y sólo me preocupaba la oscuridad y lo resbaladizo de la pared humedecida por la lluvia. Sin pensarlo mucho, me agarré del alféizar y busqué al tacto, con los pies, la parte superior de la tapia. Era ancha. Caminé por ella apoyándome en la pared del edificio. Cuando llegué al zaguán me descolgué y, agarrado de la tapia, miré hacia abajo. La lóbreguez de la noche me hacía ver un insondable abismo en los tres metros que me separaban del suelo. La lluvia casi había cesado. Mis manos comenzaron a resbalar y por un segundo cesó mi intensa respiración; luego entregué mi cuerpo al húmedo vacío de la noche. El momento de máxima tensión lo tuve en el piso; intensos calambres recorrieron las plantas de mis

pies, y luego un terrible dolor por todo el cuerpo. Pero sonreí; si el Cinqueño estaba todavía frente a la puerta, se llevaría una sorpresa.

Seguí el zaguán y llegué a una puerta cerrada desde afuera por un candado. Apoyé un pie sobre uno de sus travesaños y subí. Primero oteé la calle: no había nadie. Después salté y escudriñé los alrededores. No vi al Cinqueño, pero media cuadra más abajo el policía de ronda husmeaba la calle.

Pensé que había ahuyentado al Cinqueño y decidí largarme de allí. Refugiado en un hotelucho empleé la mañana y parte de la tarde en reflexionar. Hasta aquel momento estaba más o menos convencido de que toda la trama la había urdido el senador, pero era evidente que estaba equivocado..., a menos que hubiera entre él y Butler una vinculación que todavía me era desconocida. Cerca de las tres de la tarde, me trajeron la ropa que había mandado arreglar. Me vestí y salí a la calle. Enrollé la *Ballerina* en un periódico y se la mandé por correo certificado a Alicia.

Después llamé a la casa del senador y pregunté por la señorita Ramírez. Quien salió al teléfono fue el senador; con su tronante voz me rogó que no colgara.

—Necesito hablarle —dijo—. ¿Puede usted venir acá? Tengo que tratarle un asunto vital para ambos.

Sonreí. El senador me estaba tomando el pelo.

Él pareció advertir mis reservas, porque añadió:

—Si le parece poco segura mi casa, dígame dónde puedo verlo.

—No será para recobrar la tercera carta, ¿verdad, senador?

—De eso también hablaremos —repuso—, pero hay algo más importante..., mucho más importante.

—¿Importante para quién? —inquirí sarcástico.

—Ares, el asunto es serio, se lo advierto; no es de broma.

Comencé a creer que el senador no fingía y medité la conveniencia de una entrevista con él. Era poco probable que me traicionara sabiendo que yo poseía una carta capaz de envolverlo en un escándalo.

—Bien, senador —farfullé—, iré a verlo.

—Lo esperaré, Ares —respondió.

El senador vivía en una lujosa residencia de la Quinta Avenida, en Miramar. Antes de bajarme del taxi que me llevó allí realicé una inspección preliminar. No vi nada sospechoso. Salí del taxi dos cuadras más allá y avancé con todos mis sentidos alerta. Mientras oprimía el timbre del portal, eché una mirada inquieta alrededor. Las caras de los cuatro tipos que vi no me gustaron. Avanzaban por parejas hacia mí desde direcciones opuestas. No era necesario pedirles explicaciones sobre la intención que traían. Empecé una veloz carrera para ganar de nuevo la Quinta Avenida. Los cuatro se lanzaron tras de mí como una jauría tras una liebre. La puerta de la verja estaba interceptada y tuve que desviarme hacia el césped. Uno de los tipos me dio alcance. Me detuve en seco y descargué un golpe en su barbilla. Fue un tremendo golpe que lo hizo rodar por el suelo. Pero estaba atrapado. Los otros se me echaron encima. Sólo recuerdo que, antes de quedar inconsciente, vi al senador sonreír complacido en el marco de la puerta.

Recobré el conocimiento en medio de un olor nauseabundo. El aire apeataba horriblemente. Me hallaba en una cloaca, en algún paraje aislado de la ciudad. Escupí la sangre que tenía en la boca y me incorporé en aquel fango hediondo, maldiciendo como un energúmeno. Alguien pagaría caro aquella paliza, pensé.

Miré las manecillas del reloj. Faltaban minutos para las seis. Me eché una ojeada. Blasfemé. Mi ropa era un asco, y mi cuerpo un muestrario de hematomas y escoriaciones. En aquel momento recordé la sonrisa burlona del senador y, súbitamente alarmado, hurgué mis bolsillos en busca de las cartas. Mascullé una palabrota. Luego reí. Frené una risa nerviosa. Los muy cochinos no se conformaron con las cartas, también se quedaron con mi cartera.

El menudo que tenía en el bolsillo no llegaba al peso. Los muchachos del senador se habían portado bien. Me sentí desfallecer. De nuevo escupí sangre y, mientras mascullaba obscenidades, las cosas comenzaron a dar vueltas en torno mío. Luego me quedé en tinieblas. Todo estaba oscuro cuando abrí los ojos. Trabajosamente me puse de pie y, trastabillando, logré salir de aquel hueco infernal. Un tren avanzaba ruidosamente por los rieles que cruzaban sobre la maloliente alcantarilla. Pasó trepidante por mi lado. Salí de la alcantarilla y llené mis pulmones con el aire húmedo de la noche.

A lo lejos, las rutilantes luces de la ciudad me indicaron cuál era la dirección que debía tomar. Cuando alcancé las luces ya mi reloj marcaba las nueve.

El auto que alquilé me dejó a varias cuadras de donde vivía Maqueira. Evitando las luces de la calle, llegué hasta el montículo que dominaba el astroso barrio del chofer de Susana. Permanecí allí varios minutos para recobrar aliento. Recostado al tronco de un árbol vi a Maqueira enfrascado en una discusión con un muchacho. Ambos gesticulaban con las manos y aunque no pude oír lo que se decían, no había duda de que disputaban por algo. La discusión languideció. Maqueira sacó algo del bolsillo y se lo dio al muchacho. Por su gesto era evidente que cualquiera que fuera la cosa que entregó, no la había dado de buena gana. El muchacho se guardó el objeto en el bolsillo, le volvió la espalda y echó a andar en dirección a la calle transversal, varias casas más abajo. Allí tomó a la izquierda y desapareció tras la última fachada.

Maqueira entró. Yo descendí y me encaminé a su casa.

Cuando me vio en la puerta, saltó en la sucia butaca donde se hallaba sentado. Las magulladuras de mi cuerpo lo dejaron boquiabierto.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué le ha pasado?

—Los muchachos del senador me dieron un paseíto —respondí dejándome caer en un asiento.

Maqueira dejó escapar un silbido.

—¡Vaya una paliza! —dijo con ademán piadoso—. Pero no puede usted negar que es un hombre afortunado. ¿Cómo logró escaparse del almacén de Rameral? Se lo confieso, creí que no tenía usted escape posible.

—Ni yo creí tenerlo —admití—, pero me gusta intentar lo imposible, Maqueira.

—Lo sé. Usted es un hombre de recursos, Ares.

Agradecí su cumplido con una sonrisa.

—¿Podría asearme un poco en su casa? —inquirí.

—Por supuesto. Disponga de lo poco que tengo aquí como de lo suyo. — Luego se volvió gritando—: ¡Ángela!... ¡Ángela!

Su mujer apareció en el vano de la puerta. De su falda estaba prendido un chiquillo.

—¿Qué quieres? —inquirió de mal humor—. Ya te he dicho que no tienes necesidad de gritar tanto. —Entonces reparó en mí y dijo—: Buenas noches, señor Ares.

—Perdona, mujer —se excusó Maqueira—, tú sabes que grito por costumbre. Aquí el señor Ares quiere asearse un poco. A ver si le preparas un baño y algo de comer.

—¿Algo de comer? —preguntó ella con acento de reproche—. ¿Y qué vamos a darle al señor Ares? ¿Acaso ese sancocho que comimos nosotros?

Maqueira la fulminó con la mirada. Yo me sentía apenado y balbucí una excusa a la señora de Maqueira. Cuando ella se hubo ido, su esposo dijo:

—Hay que perdonar a Ángela. Trabaja demasiado. Cuando nos casamos no era así, pero las vicisitudes le han agriado el carácter.

—No hay que perdonar nada —dije—, todos tenemos momentos de irritación. Las razones nunca faltan.

A las diez y treinta, cuando Maqueira y yo abandonamos su casa, yo vestía un traje de los suyos, que me quedaba holgado.

—¿Hacia dónde? —indagó Maqueira.

—A visitar al senador, por supuesto.

—¿Qué? ¿No cree que eso es forzar la suerte, Ares?

—Tal vez —admití—, pero le debo esta visita.

Maqueira puso el carro en marcha y no habló nada hasta llegar a la casa del senador.

—Ande con cuidado —me recomendó—. Usted es muy impulsivo, Ares.

Yo sonreí. En aquel momento pensaba en la cara que pondría el senador cuando su criado le dijera que yo estaba en la puerta.

12

La criada de Susana

—El senador me espera —le dije a la criada que acudió al llamado del timbre—. Soy Ares.

Cinco minutos después, el senador apareció en la sala. Vestía un batín de casa y calzaba pantuflas.

—Siento llegar tarde, senador —dije—. Un pequeño accidente me impidió llegar a la hora acordada.

El senador frunció el ceño. En aquel momento debió acordarse de su origen campesino.

—Se está usted volviendo más molesto que una mosca en el anca de un caballo, Ares —farfulló. Con un ademán de prestidigitador apareció en su manaza la pistolita—. Su terquedad —amenazó levantando el auricular— lo hará dormir esta noche en la cárcel.

Sonreí con desgano.

—Sí, eso es —dije—, llame a la policía. El escándalo será mayúsculo. Aunque me vaya al infierno, pienso enredar tanto este apestoso asunto que en mucho tiempo no volverá usted a ser senador.

Él devolvió el auricular a su sitio y dijo:

—En fin, Ares, ¿qué se propone?

Se aproximó mirándome inquisitivamente.

—Que deje de apuntarme con esa basura —dije dándole un manotazo.

La pistolita se le escapó de las manos y cayó sobre un diván. Él intentó abalanzarse sobre ella, pero yo le puse una zancadilla y cayó grotescamente en el piso alfombrado. Recogí la pistolita y me la eché en el bolsillo.

—Sus secuaces me despojaron de mi luger; cuando la recobre le devolveré ésta. —Lo ayudé a ponerse de pie y lo empujé sobre el diván—. Me debe usted quinientos setenta y cinco pesos que llevaba en mi cartera; además de las cartas.

—Las cartas me pertenecían —repuso encolerizado—. Usted no cumplió nuestro acuerdo y me vi obligado a acudir a otros medios. Yo se lo había advertido.

—Yo no hice trato con usted —rectifiqué—. Mi trato fue con su hija. A propósito, ¿dónde está ella?

—Está en el campo, con su madre. Pero eso no es asunto suyo —agregó tratando de incorporarse.

—Muy bien, no es asunto mío. Pero las cartas y el dinero sí. ¿Dónde están?

—Las quemé, Ares —murmuró el senador con una risita burlona.

—¿Quemó las cartas que no eran tuyas? —inquirí sacudiéndolo por su batín.

—¿Cómo que no eran mías? —dijo—. ¿Qué está diciendo? Yo le pagué por ellas.

—Entendámonos, senador. Además de la carta suya, yo llevaba otras en el bolsillo. De éstas también me despojaron. ¿No le entregaron los secuaces suyos esas cartas, mi pistola y el dinero?

—No los llame mis secuaces —protestó—, yo no los conozco; una persona que me está obligada los contrató. Sólo me entregaron la carta.

Dejé escapar un bufido. Parecía sincero.

—¿Cuánto le robaron, Ares?

—Quinientos setenta y cinco pesos —rezongué.

El senador se dirigió a la alcoba y varios segundos después reapareció con seis billetes de a cien en las manos.

—Tome, Ares. Usted me aburre. Espero que ahora se irá —dijo volviéndome la espalda.

—Un momento, senador, un momento, necesito hacerle una pregunta.

Él se volvió con ademán exasperado.

—¿Cuándo acabará de largarse, Ares?

—¿Dónde se hallaba usted entre las siete y media y las ocho y media, el día que mataron a Susana? —inquirí.

—¡Bah! —se encogió de hombros y se dirigió a la alcoba—. Buenas noches, Ares —dijo, y desapareció en la habitación.

Imité su gesto y sonreí. Luego abandoné la casa.

A la mañana siguiente, cuando toqué a la puerta de la criada de Susana, una anciana desgredada, con un rostro hosco, apareció en el vano.

—¿Qué desea? —inquirió, reprimiendo un bostezo.

La aparté suavemente y penetré resuelto en la estancia. Ella farfulló unas incoherencias. Yo, secamente, le ordené callar. Luego hice un ademán señalándole el asiento. Estaba muerta de miedo.

—¿Por qué mintió a la policía, abuela?

Ella comenzó a jadear.

—Usted se equivoca, señor —balbució.

Yo sonreí.

—Bien, no mintió —admití, pero omitió una parte de la verdad. ¿Quién fue el último hombre que estuvo aquella tarde con Susana?

Sus labios se movieron convulsos.

—No sé de qué me habla.

La miré despectivamente.

—El chantaje es un pésimo negocio, abuela.

Parecía haberse serenado. Me miró con desdén.

—No sé lo que quiere usted decir —repitió tozudamente.

Aquello empezaba a exasperarme. Mis ojos lanzaron destellos de rabia. Su edad debía estar próxima a la de mi abuela. Me resistí a admitir que en aquella cabeza blanqueada por las canas anidara tanta perversidad. Reprimí una maldición. Quizás el veneno estuviera dentro de mí. Cambié el tono.

—Míreme, abuela, soy un hombre desesperado —hice un ademán de impotencia—. Necesito su ayuda.

—Yo no cobro ningún chantaje —protestó la vieja, indignada—. El señor Rameral vino aquí al día siguiente de la muerte de la señora Susana y me dijo que si su nombre salía en los periódicos, el escándalo perjudicaría su reputación. Me rogó que no dijera que yo lo había visto aquella noche y me regaló doscientos pesos. ¿Qué iba a hacer yo? El dinero me hacía falta y lo cogí. Además, los ricos siempre se salen con la suya. Yo siento mucho que usted esté metido en ese lío. Pero lo que le digo es la verdad. Cuando yo me fui, todavía el señor Rameral estaba en el cuarto de la señora Susana.

Decía la verdad; quise creer que decía la verdad. Resoplé. El asunto era una madeja tan complicada como el laberinto de Creta.

—Gracias, abuela —murmuré, palmeándole el hombro—. ¡Buenos días!

Descendí la escalera pensando en todo aquel enredo. Mi mente se desplazó del senador y sus cartas a Rameral y sus mentiras, y de éste a Butler y sus sucios manejos. Pero no logré sacar nada en limpio.

Rezongando ofuscado, llegué al lugar donde Maqueira había parqueado el carro.

—A la ciudad, Maqueira —ordené.

Entonces fue cuando recibí la sorpresa.

—No haga ninguna tontería, Ares —me dijo el policía que estaba sentado en el asiento trasero con un revólver de reglamento en la mano.

Entré en el auto y sonreí. El hombre que miró por el espejo retrovisor tenía la gorra y la leva de Maqueira..., pero no era Maqueira.

Al llegar a este punto del relato, con una larga pausa hice evidente mi deseo de contestar las preguntas que quisieran hacerme. La indefinida sonrisa de René se acentuó:

—Minucioso relato, Ares —dijo—. Tiene usted buena memoria.

—Ni viviendo mil años —repuse— podré olvidar uno solo de los incidentes de este increíble capítulo de mi vida. Cada día que pasé en la cárcel me lo grabé en la mente en forma indeleble.

—Prosiga, Ares —ordenó el teniente—. Al final de su declaración haremos el recuento.

Segunda Parte

Las incógnitas del enigma

*Antes bien, cuanto provoca
la codicia formidable
devorando cuanto toca,
con hambre más insaciable
vuelve a abrir la horrenda boca.*

BOECIO: *Consolación por la Filosofía*, Metro I, Libro I

13

Los apuros de un senador

Tan pronto llegamos al precinto se inició el juego que yo había rehuido durante tres días. Un juego poco divertido para mí, que comenzó con tibios tanteos y poco a poco se fue calentando. Repetían una y otra vez las mismas preguntas. Parecían una manada de lobos dando dentelladas por turno.

—¿Cuál es su nombre?

—Júglar Ares.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta años.

—¿Su profesión?

—Detective privado.

—¿Por qué mató a Susana Díaz?

—Yo no la maté.

—¿Qué hacía usted en su casa la noche del domingo?

Reprimí una maldición. Me esforcé por conservarme sereno. Por quincuagésima vez me hacían la misma pregunta, como los papagayos. Les repetí el mismo relato en detalles. Mi historia era sólo parte de la verdad. Pero no rellené con mentiras mis omisiones. En esa forma no podía contradecirme. Y yo debía aferrarme a mi historia desde el principio... o era hombre perdido. No mencioné a Butler ni a Padua. Pero el senador y Rameral salieron a relucir. Si ellos le temían al escándalo, que se las arreglaran como pudieran. Yo estaba haciendo lo mismo.

Los lobos no se desanimaban. Algunos se iban a descansar y, al poco rato, regresaban con nuevos bríos a relevar a los otros.

Las preguntas variaban poco. Al principio, me pareció aburrido. Luego, cansón. Más tarde, irritante. Y, al filo de la madrugada, cuando mis hinchados párpados pesaban una tonelada, me sentía desesperado. Caí en un letargo donde las palabras parecían pronunciadas por la misma voz. (Yo sabía

que no era así. Ellos se turnaban.) El mismo espacio entre ellas, el mismo tono, ya mi mente no diferenciaba. Entonces me tomaron del brazo y me obligaron a caminar. Me hacían promesas tentadoras: «¿Por qué no confiesa y se va a dormir?»

Querían que yo saltara... y salté. Proferí indecentes palabrotas y con los restos de mis fuerzas repartí trompadas hasta que recibí en la barbilla un golpe bienhechor. Las piernas se me doblaron y, por primera vez, descansé aquel día.

A la mañana siguiente, se portaron más decentes. Luego, las dentelladas comenzaron de nuevo. El primero en preguntar fue el que fungía de jefe. Un tipo llamado Gastón, que tenía más hoyos en la cara que baches la Carretera Central. Además, se daba aires de policía decente.

—¿Por qué mató a Susana Díaz, Ares? ¿Para robarle?

—De nuevo lo mismo. ¡Dios mío! Yo no maté a nadie. Yo no he robado nada.

—¿Cómo explica que se encontraran sus huellas, con sangre, en el apartamento de la interfecta?

—Me jugaron una mala pasada. Fui a buscar unas cartas para un cliente mío y me descalabraron dentro de la habitación.

—¿Cómo se llama el cliente suyo?

—El senador Gregorio Ramírez.

—Vamos, Ares. ¿De nuevo ese cuento? Cambie el disco. El senador ni siquiera lo conoce a usted.

—¿Dice él eso?

—¡Claro! Lo hemos interrogado.

—Tráiganlo aquí. Que me lo diga a mí.

—Para ser detective, es usted bastante ingenuo, Ares. ¿Cree que a un senador de la República se le puede traer al precinto sólo porque usted lo pida?

—Sí, ya sé que es más provechoso olerle el trasero.

—No se desboque, Ares —recibí mi primera bofetada—. Hasta ahora lo hemos tratado bien.

Cuando recibo un golpe en el cuerpo quizás lo devuelva y quizás no; pero no puedo recibir una bofetada sin devolver un golpe fuerte a cambio. Nunca

pude. Y no pensaba empezar después de los treinta años. Lancé el puño y le alcancé la cara llena de baches. Lo último que vi fue un hilillo de sangre salir por la comisura de sus labios. La manada de lobos me cayó encima y repentinamente todo se oscureció.

Desperté en el calabozo. Al menos allí había tranquilidad. Eché un vistazo al reloj. Eran las tres, posiblemente de la tarde. Encendí un cigarro y me recosté en el camastro a reflexionar. Pasó un buen rato y entró la hija del senador; llegó acompañada de dos policías. Uno de ellos era Gastón. Me señaló con el índice y preguntó:

—¿Es éste el hombre que usted empleó para recuperar las cartas?

Ella, con semblante asustado, hizo un ademán afirmativo. Comprendí su gesto. En mi cara debía haber más magulladuras que baches en la cara de Gastón.

—¿Le... le pegaron? —inquirió.

Gastón no respondió. La cogió por el brazo y desapareció detrás de la pared del pasillo.

Trascurrió media hora. La visita se repitió. Sólo que en esta ocasión los policías venían acompañados de Butler. Butler desempeñó bien su papel. Me miró, ordenó que me pusiera de pie, luego que me volviera. Pero acabó diciendo que yo no era el tipo que había intentado venderle las joyas. Suspiré. Después de todo, el asunto no estaba pintando tan mal como yo había pensado.

Pasó otro cuarto de hora. Gastón regresó seguido de Carlos, el coctelero del Plaza. Trató de cogerlo en falso. Le hizo varias veces la misma pregunta, pero el muchacho se portó bien. Afirmó que yo había dejado el Plaza cerca de las nueve.

—¿Por qué está tan seguro? —inquirió Gastón—. ¿Cómo sabe que no fue a las ocho y...?

—Es que... yo... —tartamudeó Carlos— trabajo hasta las nueve, y cuando el señor Ares salió, sólo faltaban minutos para irme.

Reprimí la ola de júbilo que me impulsó a batir palmas. Ya tenía mi coartada. Susana había muerto entre las siete y media y las ocho, y a esa hora yo estaba en el Plaza.

A las cuatro de la tarde me sacaron del calabozo.

—Todavía podemos detenerlo por violación de morada, Ares —farfulló Gastón. Ándese con cuidado —prosiguió amenazadoramente—, y no salga de la ciudad.

—Es una recomendación innecesaria —respondí—. Todavía tengo muchas cosas que hacer aquí.

—¡Eso cree usted! Pero escuche bien, Ares —Gastón se me estaba atragantando, no me gusta que me manoteen ante la cara—. ¡Absténgase de intervenir en esto! Es una advertencia.

Sonreí. Recogí mis papeles y le volví la espalda. Cuando traspuse la puerta del precinto, llené mis pulmones de aire. Era la primera vez en muchos días que podía hacerlo libremente.

Encendí un cigarro y, desde la escalinata, contemplé el tráfico de autos. Al otro lado de la calle se hallaba Glenda Ramírez, dentro de un convertible. Tocó el claxon y agitó la mano con entusiasmo para llamar la atención. Descendí los escalones y me aproximé. Repentinamente parecía haberse convertido en la mujer de ensueños que debió ser siempre. Su vestido no tenía ese corte colegial que la hacía parecer tan niña. Ahora era una mujer. Una deliciosa mujer con una incitadora sonrisa en los labios.

—¿Lo llevo a alguna parte?

—No —contesté—. Ya tengo encima bastantes problemas.

—¿Por qué cree que yo sería un nuevo problema?

—Pregúnteselo al espejo —respondí, y eché a andar.

—Espere, Ares. En realidad, le prometí a mi padre llevarlo a la casa. Lo está esperando.

—¿Su padre? ¡Imposible! ¡Si no me conoce!

—Él sabe lo que usted piensa. Por eso me envió a mí. Creyeron irresistibles mis encantos. Y hasta yo los creí —confesó con una triste sonrisa. Hizo un gracioso mohín y susurró—: ¿Qué se propone? ¿Hacerme quedar mal?

—No, no podría —repuse devolviéndole la sonrisa—. Le agradezco su gesto de hoy. Sé que debió ser grande su esfuerzo para vencer sus escrúpulos y declarar en mi favor.

Ella volvió a sonreír con tristeza.

—¿Sigo mereciéndole esa horrible opinión? —en su acento había un velado reproche—. No niego que tiene alguna razón. Pero no toda. Tampoco usted fue leal con mi padre. Cuando leí que Susana había muerto entre las siete y media y las ocho, quise ir a declarar, pero él me lo prohibió. Me dijo que usted se había guardado una carta y trataba de chantajearlo con ella. ¿Es eso cierto, Ares?

Sonreí. El senador tenía más maña que un gato barcino. Entré en el carro y me senté.

—Veamos qué quiere el senador —dije, dejando su pregunta sin responder.

Ella puso el carro en marcha. Me miró furtivamente y salió del parqueo despacio. Manejaba bien. Clavó la vista en la carretera y hablaba sin volver el rostro. Pude recrearme en la contemplación de su perfil. No había en él la perfección de diosa griega que probablemente se vería en el perfil de Susana. Pero la hija del senador tenía suficientes encantos para satisfacer el más exigente de los gustos.

Nos detuvimos frente a la residencia. Ella se bajó y echó a andar sin volverse. Sus pasos eran ágiles, y el gracioso contoneo de sus caderas borraba todo lo que de niña podía quedar en ella. El senador tenía sus mañas. La hija también.

La seguí a través del vasto corredor que nos llevó al patio arbolado. El senador vivía bien. Supongo que todos vivían igual. No tenían más que estirar la mano. Allí estaba la República para servirlos. De un vistazo lo observé todo. Bajo una mesa sombreada por un enorme toldo circular, el senador conversaba, en trusas, con otro individuo. Más allá, uno de los bribones que me habían dado la golpiza jugueteaba con un perro de raza encadenado a un árbol. Al otro lado, sentados en el borde, dos jovencitas agitaban con el pie las quietas aguas de la piscina.

El hombre que hablaba con el senador le llamó la atención con un ademán y él se volvió.

—¡Vaya, el señor Ares en persona! —exclamó con entusiasmo—. Acérquese, Ares; acérquese y tome asiento.

—Ustedes tienen cosas que tratar y el baño espera por mí —dijo Glenda—. Los dejo solos.

Le hizo un mohín a su padre y se dirigió a la casa.

—El señor Contreras, Ares —dijo el senador presentándome al hombre que lo acompañaba—. Mi agente de publicidad.

No pude reprimir una mirada de burla. El senador se gastaba los lujos de un artista de Hollywood.

Separé una silla y me senté.

—¿Y aquél quién es? —inquirí señalando al que jugaba con el perro—. ¿Su *valet*?

Se le escapó una carcajada. Sus ojitos tornáronse más pequeños y las carnes de sus pómulos se abultaron.

—Usted es un hombre de humor. Ares —ronroneó—. No creí que lo reconociera.

Volvió a reír. Por lo visto, daba por terminada la cuestión. Evidentemente, el senador no me conocía.

—Sírvase, Ares —dijo señalando la coctelera—. Es un mojito de fabricación casera. Le gustará.

Separé el vaso y vertí un poco en él. Estaba frío pero le eché un cubito más de hielo. Antes de tomar, pregunté:

—¿Qué se le ofrece, senador?

El senador levantó su vaso y lo observó reflexivamente. Después lo depositó en la mesa sin ingerir ningún trago.

—Nuestras relaciones nunca han sido cordiales, Ares —se lamentó—. Pero, ¡qué caray!, usted se portó... Explícaselo tú, Contreras —concluyó con una expresión de embarazo—. Hablar nunca fue mi fuerte.

Yo bebí un sorbo y me volví para oír al agente de publicidad del senador. Era un jovencito de pestañas inquietas y muy amanerado. Levantó la vista y me miró con timidez.

—Es un asunto bastante delicado, señor Ares. Sus implicaciones pueden traerle funestos resultados al senador en las próximas elecciones. —El muchacho hizo una pausa y escrutó mi rostro, pestañeando continuamente.

—¿A qué asunto te refieres, hijo?

—¡Caramba!, pues... a la relación del senador con la señora Susana Díaz. ¡A las cartas!

—¡Ah! —exclamé como si acabara de darme cuenta—. ¡Vamos! ¿Y qué hacemos con eso?

El muchacho enrojeció visiblemente. Su embarazo no era ficticio como el del senador.

—En una palabra, Ares —intervino éste—, faltan pocos meses para las elecciones y cualquier indiscreción suya con los periódicos sería un desastre para mí. Tengo un buen número de votantes femeninos y usted sabe lo sensibleras que son las mujeres. No puedo permitirme el lujo de perder esos votos.

—¡Bah! Usted bromea, senador. Su asunto viene de arriba. Todos dicen que usted es un favorito del presidente. ¿Cómo puede perder? Si en palacio dicen que usted sale, ¿por qué preocuparse por los votantes?

El senador hizo un gesto implorante.

—Usted no comprende, Ares —dijo—. Se pueden hacer mangas y capirotos, pero la cara tiene que estar limpia, ¿no se da cuenta? Es el escándalo; esta cuestión de Susana ha sido muy revuelta dentro de mi partido, debido a las relaciones que ella tenía. Hay muchos ávidos de sustituirme..., ahí tendrían un excelente pretexto para ponerme la zancadilla... Los de arriba podrían sacrificarme. Por eso necesito que usted calle... hasta que pasen las elecciones. Naturalmente, estamos dispuestos a ser generosos con usted. Nunca se debe desdeñar un amigo poderoso, Ares.

Sonreí.

—No eran necesarios tantos rodeos para convencerme de que venda algo —dije—. Todo lo tengo en venta.

—¡Vamos, Ares, yo no quise...!

—¿Cuánto pagará por mi silencio?

—Habíamos acordado darle quinientos pesos —intervino el muchacho.

—Muy bien, hijo; me parece una cantidad razonable. ¿Dónde está la plata?

Se cruzaron una mirada de inteligencia. El muchacho iba a objetar algo y el senador le apretó el brazo. «¡Págale!», dijo. El muchacho sacó un sobre de su portafolio y me lo entregó. Conté los billetes. Había cinco de a cien. Me tomé el resto de la bebida, y me puse de pie.

—Quiero que sepan que ya fui indiscreto con la policía —les advertí—. Aunque, claro, la policía a ustedes no les preocupa.

—En efecto, Ares —respondió el senador—, nos hemos asegurado de la discreción de la policía. Cualquier desliz sólo podría provenir de usted. Es bueno que lo tenga en cuenta.

Sonreí, y le señalé al tipejo que jugaba con el perro.

—¿Quiere decirle a...? ¿Cómo se llama?

—Es mi empleado, Ares.

—Eso es, ¿quiere pedirle que se acerque?

El senador levantó el brazo y gritó:

—¡Tomás!

—Dígale que me devuelva las cartas y mi pistola —dije.

El senador hizo un ademán y Tomás me entregó la luger. Luego introdujo las manos en otro bolsillo y sacó las cartas. Me las guardé y dije:

—Gastón tiene su pistolita, senador. Supongo que nada más tiene que pedírsela para que vuelva a su poder.

Entonces hice lo que ninguno de ellos esperaba. Tomé entre mis manos un cubito de hielo. Cerré el puño, y cuando lo aplasté con fuerza contra el rostro de Tomás, la sangre de su nariz nos salpicó a todos. Se revolvió en el césped como una fiera herida. Después se quedó inmóvil. Les volví la espalda y me dirigí a la puerta. Sobre el trampolín, Glenda nos observaba estupefacta.

14

La leyenda de los Long

El trayecto hacia el centro de la ciudad lo empleé en meditar. El asunto apestaba tanto, que daba náuseas. Montones de personajes de renombre chapoteando en el fango de sus vidas corrompidas..., pero sólo Rameral parecía carecer de coartada. Antes de abandonar el ómnibus mascullé una maldición.

Entré en el hotel, me di una ducha y enseguida salí. El baño había aliviado un poco mi torturado cuerpo y el pensamiento de una buena comida en el pequeño restaurante de Isaías me animaba un poco.

Isaías se alborotó al ver las magulladuras de mi rostro. Era un hombre rollizo con cara de niño. Me tenía gran estimación porque una vez le saqué de encima a una tipa que lo expoliaba. Era un hombre agradecido, siempre dispuesto a darme lo mejor de su cocina. Yo tenía hambre. Comí mucho y bueno.

A las siete de la tarde abandoné el restaurante y cogí el ómnibus para darle una vuelta a Butler. En el camino le eché un vistazo a la edición vespertina de *El País*. Con mi excarcelación, el asesinato de Susana había cobrado nueva importancia. Los periódicos, como siempre, suplían su escasez de información con rocambolescas narraciones.

Cuando me bajé del ómnibus en la calle Zanja, el barrio chino estaba tranquilo. Oprimí el botón del timbre; luego le eché un vistazo a las antigüedades que Butler exhibía en sus vidrieras.

—¡*Calamba, sel el señor Ales!*

Me quité el sombrero e hice una reverencia burlona.

—¡Hola, Chin-li! —saludé—. Pregunta a tu señor si me concede una audiencia.

Chin-li se inclinó ceremoniosamente y desapareció. Esperé un minuto. Reapareció y lo seguí a lo largo del majestuoso corredor. Butler me

aguardaba en su despacho. Vestía un batín chino de seda, y por debajo de su mesa sobresalían las zapatillas chinas que calzaba. Mientras me aproximaba vi en sus ojos un brillo extraño. Era sólo un detalle, pero no me gustó. Butler era astuto y de mente enrevesada. Sonrió amablemente y exclamó, efusivo:

—¡Lo felicito. Ares! Es usted un hueso duro de roer, y muy discreto. Sinceramente lo felicito. Las suyas no son cualidades que se encuentran en todos los hombres.

Después me señaló una silla con mucha cortesía. Extrajo el paquete de cigarros y me ofreció uno. Yo rehusé. Él encendió el suyo. No se anduvo por las ramas

—Espero que traiga buenas noticias.

—Vi al Cinqueño, Butler. Si a eso llama buenas noticias...

Él hizo un gesto de aprobación, pero no me pareció suficientemente interesado.

—No se atuvo usted a nuestro trato —se quejó—. Quedamos en que me dejaría hablar con él.

—Se me escabulló de entre las manos.

—¿Y la *Ballerina*? ¿Logró recuperarla?

—Sí —respondí lacónicamente—, se la daré a su dueño.

—Soy yo, ¡entréguemela!

—Usted no entendió, Butler: dije que se la daría a su dueño.

—¡Pero usted vio el título de propiedad! —exclamó Butler—. ¿Quiere que se lo muestre otra vez?

Abrió la gavetita, sacó el pergamino y lo extendió sobre la mesa.

—¡Léalo! ¡Convéznase!

Le clavé los ojos llenos de fastidio.

—La *Ballerina* no le pertenece —repetí.

Butler trató de fulminarme con la vista.

—¡Maldición del cielo! —masculló—. Usted, Ares, es un traidor, un maldito traidor como ese perro, el Cinqueño. Habíamos quedado...

—Guarde esa cochina comedia para otro que no lo conozca, Butler —barboté ofuscado—. A usted no le interesaba el cuadro. Me mandó detrás del Cinqueño con el cuento del cuadro para que yo se lo localizara, simplemente.

Él le dio la mala en el reparto del botín. Pero no fue precisamente con el cuadro.

—Es usted demasiado vivo para mí, Ares —confesó Butler, compungido—. Nunca debí mezclarle en este asunto. Supongo que lo tengo merecido. —Oprimió un timbre y me despidió lacónicamente—. Mi criado lo acompañará a la puerta.

Yo estaba harto de tanta comedia. Pero no pensaba irme.

—No se moleste —dije, poniéndome de pie—, yo sé el camino. Di varios pasos y me volví. Es lamentable que sea usted tan miope, Butler. Podríamos haber hecho negocio con la urna. Eso sí merecía la pena.

El efecto fue fulminante, como un rayo. Butler se incorporó con los ojos desorbitados. Sus pupilas despedían infernales efluvios.

—¡No se mueva. Ares! —farfulló.

Y volví a encontrarme frente a la boca negra de su pistola. Mi humor era de mil demonios, pero intenté hacer un chiste.

—No me refiero a esa clase de negocio, Butler —susurré, haciendo una mueca displicente.

—Vuelva a sentarse, Ares. Tenga la bondad.

Me dejé caer en la silla, con un gesto de cansancio. Una nube de indecisión sombreaba la frente de Butler. No me cupo duda de que la referencia a la urna lo hizo obrar irreflexivamente. En un temperamento como el suyo aquello era una novedad. Butler, al fin, había dado un paso en el vacío. Él lo comprendió, y para salir de la posición falsa en que se hallaba cometió una estupidez aún mayor. De su vehemente interés de un momento antes, pasó a la más absoluta indiferencia. Barrunté que había tocado la médula de la endemoniada intriga de Butler, pero...

—Usted habló de una urna, Ares. ¿Qué sabe de ella?

Ahí estaba la cosa. Yo no sabía nada del maldito objeto. Mentirle a Butler era descubrir la medida de mi ignorancia sobre el asunto. Admitirla era quedarme como estaba, sobre todo tratándose de un tipejo de la catadura de Butler. Pero me decidí por esto último.

—Usted me ha defraudado, Butler. Debo admitir que la primera vez que lo vi, lo situé muy por encima de su verdadera inteligencia.

Él sonrió sin enfado.

—¿Por qué cree que no estoy ahora a la altura de la inteligencia que me supuso antes?

—Sus intrigas, Butler. Sus malditas intrigas. Primero, todo ese enredo sobre la *Ballerina entre bastidores*. Ahora, seguramente, otro enredo infantil acerca de una urna fabulosa.

Butler se mordió el labio y guardó la pistola. La expresión indecisa de su rostro se acentuó. Hacía calor, pero no justificaba las gotas de sudor que perlaban su frente. El conflicto de dos ideas abrumaba su mente.

—Tiene razón, Ares —confesó, secándose el sudor con el pañuelo—. Jugué sucio en lo del cuadro. Pero, ¡qué caramba, Ares!, su reputación...

—¿Mi reputación...? ¡Usted es un cochino, Butler! Siempre he sido considerado con los que juegan limpio conmigo.

—Cometí un error —se lamentó—, admito que cometí un error.

—¡Rectifíquelo! Todavía está a tiempo.

Butler pareció desechar los restos de duda que lo mantenían indeciso. Se compuso en el asiento y dando una última chupada al cigarro lo aplastó sobre el cenicero.

—Es una historia fascinante, Ares —anunció—. Cuando la conozca, se quedará pasmado —expulsó el humo y adoptó una posición evocadora—. ¿Oyó hablar alguna vez de los Long, Ares? —hizo una pausa efectista mientras yo negaba con la cabeza—. Los Long es una antigua sociedad secreta china cuyos orígenes se remontan a la primera dinastía Ming. Esta organización surgió a partir de las rivalidades que se produjeron entre las poderosas familias chinas que ayudaron a Thai-tsu a desalojar del poder a la dinastía Yuan. Eran tiempos fabulosos, Ares. Y más fabuloso aún era el imperio que se disputaban. Naturalmente, Thai-tsu, con su enorme prestigio guerrero, se hizo coronar emperador. Era un hombre emprendedor y ambicioso. Un gran hombre. Todo esto es historia, Ares, Historia fascinante. Pero quizás a usted le aburra... —Butler se quedó mirándome como quien espera una respuesta.

—Prosiga —dije—. Aunque le parezca extraño, me interesa la historia china.

—No me parece extraño, Ares —sonrió—. Todas las cosas del Oriente ejercen sobre nosotros un cautivante hechizo. Bueno, por lo menos sobre mí

lo ejercen —aclaró—. Vaya al Oriente y se sentirá embrujado por ese mundo, Ares. Nunca más querrá vivir en otra parte. ¿Dónde estábamos? —Se tomó unos segundos para reorganizar sus ideas y prosiguió—: Sí, eso es. Las intrigas entre las distintas familias que le hacían oposición a Thai-tsu continuaron, y la represión del emperador fue bárbara: matanzas en masa y destierros a regiones remotas. Pero no hay nada capaz de superar la tozudez de los orientales; prosiguieron su lucha. Fue una lucha heroica y desigual que los obligó a sumirse en la clandestinidad. Así nacieron los Long. —Butler suspiró; parecía sumido en sus propios recuerdos—. Yo soy un estudioso de las costumbres chinas. Ares, y probablemente sea el primer occidental que conoció el origen remoto de esta sociedad. Incluso la mayoría de los chinos que hoy forman parte de ella ignoran los motivos de su creación; ni siquiera saben cómo eran sus primeros ritos, bastante distintos a los de hoy, por cierto. La influencia del tiempo, supongo; el tiempo todo lo reforma y prostituye, Ares. La pureza de aquella ceremonia estaba muy lejos de ser lo que hoy ellos llaman pomposamente «ritos de iniciados». —Se detuvo con los ojos llenos de júbilo. Ahora parecía embriagado con su relato—. Permítame una aclaración antes de proseguir: sería un desagradable error confundir, por la semejanza de los nombres, a esta sociedad básicamente altruista con la truculenta organización que dio origen a una guerra de pandillas en San Francisco y otras ciudades norteamericanas. Esta última es una organización de tipos de la peor calaña. En la nuestra, porque yo tengo el honor de pertenecer a ella, sólo se admiten personas cultas y de las mejores familias chinas. —Butler hizo una pausa—. En los tiempos de Thai-tsu —añadió— el culto de los Long, naturalmente, estaba prohibido; se adoraba en secreto la figura de una princesa tallada en la tapa de una caja de marfil negra. Esta caja, en la época en que nacen los Long, contenían los despojos mortales de la princesa en un compartimento secreto. La joven princesa había resultado mártir en la lucha de su familia contra el poderoso emperador. Aquí, Ares, debo confesar que no sé dónde la leyenda se confunde con la realidad. Porque todos mis esfuerzos, todas mis vigilias por descubrir el nombre de la princesa, han sido totalmente infructuosos. Es cierto que eran muchas las familias involucradas en la lucha. Y eso me consuela pero..., hay su leyenda en esto, Ares, hay su leyenda...

—La leyenda embellece la historia —opiné—. Desprovista de ella, su relato carecería de interés.

—¡Ah!, lo sabía, Ares, lo sabía. Ya está usted fascinado. Las cosas del Oriente son así. Primero nos absorben... y después acaban embrujándonos. —Los ojos de Butler lanzaron fantásticos destellos—. Supongo que su mente calculadora ya habrá tasado esa reliquia: sí, tiene un valor fabuloso. Y eso no es todo, Ares. Pero permítame proseguir. Con el tiempo el culto de los Long fue sufriendo modificaciones, pero la urna siguió intacta. Podría decirse que es inmutable, y la tradición la preservó así hasta los postreros días del nefasto gobierno del Kuo Ming Tang: en un pequeño accidente la figura perdió el lóbulo de la oreja izquierda. Ya le dije que casi todas las familias que practicaban el culto de los Long eran de posición encumbrada. Y al desplomarse el gobierno de Chang Kai-shek comprendieron que en la nueva China no tendrían cabida, y emigraron a Estados Unidos. Aquí la organización devino una especie de sociedad de ayuda mutua, pero siempre selectiva. Es decir, se continuó practicando por las más cultas y adineradas familias chinas. Aunque en este último aspecto la organización se permite la elección de algún foráneo que reúna determinadas cualidades...

Sonreí. Me sentía escéptico en cuanto a la honorabilidad de una sociedad que se permitía recibir como miembro a un rufián de la calaña de Butler. Con un ademán lo alenté a continuar.

—Poco después de la llegada a Norteamérica de las principales familias que practicaban el culto de los Long —prosiguió Butler—, ocurrió una desgracia. Una terrible desgracia. La sagrada reliquia desapareció sin dejar rastro. ¡La habían robado! La noticia llenó de consternación a los miembros. Era una reliquia de sus antepasados y había sido profanada; todos juraron venganza. Nunca pudieron cumplirla, porque tanto la urna como el ladrón parecían haber sido tragados por la tierra. Desde aquella época se hizo práctica común entre los Long que todos los años durante los ritos para aceptar nuevos miembros, se aumentara en mil pesos por iniciado la recompensa a la persona que restituyera a su lugar la urna robada. Hasta hoy, la recompensa asciende a la cantidad de cien mil pesos. Como usted puede ver por la cifra, la rigidez selectiva de los Long permanece incólume. En más de un sentido yo soy un oriental, Ares. El trabajo no me agota, y mi paciencia

emula con la de Job. Dedicué todas mis energías y todos los minutos de mi vida a encontrar al ladrón. No lo encontré, pero encontré la urna. La tenía Susana. Ella no era la ladrona. Eso pude comprobarlo fácilmente. Lo que me contó, y probablemente era la verdad, es la historia de siempre. Ella se había antojado del objeto, desconociendo su valor y su historia, naturalmente, y el hombre, cuyo nombre nunca quiso revelarme y que acaso también desconociera su valor, se la entregó sencillamente porque a Susana no podía negársele nada.

—Un momento, Butler —lo interrumpí—. ¿La urna es una especie de cajita de marfil negro, de forma oblonga, en cuya tapa hay tallado un rostro de mujer oriental?

—¡Exactamente! Acaso la haya visto usted en casa de Susana.

—Cierto —admití—. Ella, por lo visto, la usaba para guardar joyas y documentos íntimos. Tenía un compartimento secreto que se ponía al descubierto por medio de un ingenioso mecanismo. Pero aquí hay algo que empieza a desafinar, Butler. ¿No le habló a Susana de la recompensa? Apuesto a que por cien mil pesos se hubiera desprendido de diez reliquias como ésa.

—Por cien mil no, Ares. Por cincuenta mil —rectificó Butler. Yo sonreí—. De cualquier modo —continuó—, hacer esa apuesta era no conocer a Susana. Decirle su valor me obligaba a contarle la historia que acabo de hacerle. Y Susana nunca se hubiera desprendido de la urna. Era una coleccionista. Ya usted sabe lo que eso significa: el morboso placer de la posesión y contemplación de un objeto. Embriagarse relatando su historia a los que no la conocen. ¡En fin!, el dinero poco significa en esos casos. Ares, Susana nunca hubiera entregado la urna.

—Pero, ¿y el Cinqueño? ¿Cómo se enteró de su valor? Supongo que no habrá cometido la torpeza de contarle la historia.

—Por supuesto que no. Sólo a usted se lo he dicho, Ares. Pero la indiscreción de una de las personas que me deben fidelidad, lo hizo entrar en sospecha. Claro que no conoce su verdadero valor, pero desde el momento en que le atribuyó alguno, se negó a entregármela. Ésa es toda la historia, Ares. Ahora estoy en sus manos.

Reflexioné un segundo.

—¿Tiene algún título de propiedad de la urna? ¡Por favor, Butler, no como el de la *Ballerina*!

Butler no hizo nada por reprimir la carcajada.

—Usted sería un excelente compañero, Ares —dijo después de enjugarse los ojos—. Pero en este momento me defrauda. Le hago toda la historia y usted me sale con eso. El objeto salió clandestinamente de China. ¿Cómo demonios quiere que alguien tenga un título de propiedad sobre él?

Yo me mordí el labio, meditabundo.

—Bien, Butler; cien mil entre dos, da cincuenta mil. ¿Le parece bien?

—Su aritmética es perfecta, Ares —anunció Butler—. ¿Cuándo empezará?

—Ahora mismo —dije—. Cincuenta mil pesos no es cosa de juego.

Butler me acompañó hasta la puerta de su despacho. Parecía preocupado por algo... que quizá no tuviera nada que ver con la historia que me había hecho. En el pasillo me detuvo e inquirió, como si una idea súbita lo hubiera dominado:

—¿No era el Cinqueño su hombre, Ares?

Yo me agarré la barbilla y lo miré reflexivamente.

—No —murmuré—, me parece que no.

—¿Quién mató a Susana, Ares?... Quiero decir, ¿no tiene todavía idea de quién pudo ser?

—Son muchos los que pudieron hacerlo, Butler. Incluso usted.

Un fulgor satánico cruzó fugazmente por sus ojos.

—Tiene razón —admitió—, hasta yo pude haberla matado. Ella lo merecía.

15

El “dueño” de la Ballerina

El protocolo que existía en la casa de Butler incitaba a risa. De allí no podía salirse sin que el risueño Chin-li lo depositara a uno en la puerta, pisándole los talones a través del pasillo. Me pregunté qué guardaba Butler con tanto celo. El perfume que flotaba en el aire me hizo barruntar la respuesta. Lu-mei era una de esas criaturas de la naturaleza que todos anhelamos sentir como algo propio. Deslizar los dedos sobre la tersura increíble de su piel, extasiarnos en la contemplación del fabuloso ámbar de sus ojos. Todo en Lu-mei estaba tan armoniosamente dispuesto que el adjetivo *bella* la describía pobremente. Butler tenía razón, el suyo era un perverso egoísmo... Yo lo compartía.

Ya en la calle, miré el reloj. Eran las nueve, y el barrio chino comenzaba a cobrar animación. Maldiciendo a Butler y sus indecentes mentiras, me dirigí a la Western Union para enviar un cable a unos colegas norteamericanos a quienes yo había prestado un servicio un año atrás. Traducido al español decía poco más o menos:

«*Wesson and Duggan*
»*agencia de detectives privados,*
»*Lexington and Duncan Ave. West,*
»*San Francisco, California, USA.*

»Ruego verifiquen existencia sociedad secreta china denominada Long. Supónese busca urna sagrada pagando precio rescate. Asunto urgente. Saludos.

»*Júglar Ares*
»*Detective privado.*»
«Edificio Atlantic, calle 12 y avenida 23, Habana, Cuba.»

En el trayecto hacia la oficina, reflexioné sobre el relato de Butler. No había duda de que tenía alguna parte real.

¿Pero cuánta verdad había en él? El Cinqueño probablemente tendría la respuesta. Pero, ¿cómo dar con él de nuevo? Si era medianamente inteligente, y realmente lo era, ya habría volado de su guarida de Tejadillo. ¿Y Cagliostro? ¿Volvería él a su pantomima para distribuir la marihuana que le suministraba el Cinqueño? Era improbable que el taimado bribón volviera a confiar en él. Pero, por el momento, Cagliostro era mi único asidero. Todo el problema se reducía ahora a Cagliostro y a esperar. Yo obraba contra las probabilidades, pero muchas veces esto me había dado resultado. De todos modos, no se perdía nada con poner a Maqueira sobre sus pasos.

En el pequeño recibidor de la oficina me aguardaba Soto Padua. Su cara se iluminó al verme. Estaba inquieto.

—¡Creí que no llegaría nunca, Ares! —exclamó—. Hace más de una hora que lo espero.

No respondí. Mi humor comenzaba a agriarse. Abrí la puerta y le franqueé la entrada; con un ademán le señalé una butaca. Él se desplomó en el asiento. El teléfono sonaba. Levanté el auricular: era Maqueira.

Me alegró mucho saber que enseguida lo habían soltado: sólo le hicieron un interrogatorio de rutina. No me gustaba que la gente anduviera recibiendo porrazos por mi culpa. Según su opinión, un policía me había reconocido cuando bajé del auto para visitar a la criada de Susana. Probablemente llamó a sus superiores y éstos llegaron mientras yo hablaba con Caíta. Todo parecía lógico. En realidad, así había supuesto yo las cosas. Antes de colgar, le rogué que viniera a la oficina.

Padua estaba impaciente. Todavía el auricular no había caído en su sitio, y ya me interrogaba.

—¿Le habló de mí a la policía, Ares?

Yo me arrellané en el sillón y encendí un cigarro lentamente. Si él tenía prisa, yo, en cambio, no tenía ninguna. Cuando se lo hice evidente, inquirí:

—¿Debí decirle algo?

La piel parda de su frente se arrugó formando varios pliegues. La expresión burlona de sus ojos había desaparecido. Una sombra de temor se

reflejaba ahora en ellos. Ensayó una sonrisa, pero no había en sus ademanes la desenvoltura de la noche que se presentó en el Sierra.

—No —dijo—, no había nada que decirle. Pero quizás a usted lo confundió mi interés por la *Ballerina* y... ¡Vamos! fui un poco indiscreto. — Me señaló con el índice y murmuró—: La policía a veces nos hace decir lo que no sabemos.

—¡Tranquilícese! —respondí—. Por dos mil pesos yo sé ser muy discreto. Espero que su proposición siga en pie...

—Por supuesto, Ares. ¿Lo tiene aquí?

Me encogí de hombros.

—Yo no fui quien robó en casa de Susana.

Sonrió burlonamente. Padua se estaba recobrando.

—Yo no he dicho que usted haya robado nada, Ares. Pero... no puede usted negociar con un objeto que no posee.

—Muy pronto estará en mi poder —anuncié—. Supongo que tendrá medios de probar que el cuadro le pertenece.

Padua me miró de hito en hito.

—No me venga ahora con esos escrúpulos, Ares —dijo con una mueca mordaz—. Mancillaría su reputación.

Sonreí. Todos esos tipejos de relumbrón estaban arrastrándose en la mugre asquerosa que formaba su vida. Eran unos puercos, pero acudían a mí precisamente por la aureola de cinismo que se propagaba con mi nombre. No me inmuté.

—Hay mucho litigio por ese cuadro, Padua —argüí—. Hay otra persona que ofrece tanto como usted y, además, posee un título de propiedad.

—¡Falso, completamente falso! —declaró Padua anormalmente excitado—. Nadie puede tener título de propiedad de ese cuadro, porque la *Ballerina* me pertenece.

—Perdón, amigo mío —murmuré fríamente—. Tenía entendido que le pertenecía a Susana.

—Yo se lo regalé,

—Sí —rezongué—. Seguramente como prueba de afecto personal, ¿no es así? Lo curioso es que el otro dice lo mismo.

A Padua se le escapó una carcajada seca, casi histérica.

—Ahora comprendo. Ares. Ahora comprendo. Usted quiere sacarme más con ese competidor que ha inventado, ¿eh? ¡Bonita jugada, Ares! ¡Muy digna de su reputación!

No me incomodé. Sencillamente, antes de que él se diera cuenta lo agarré por el cuello y lo puse en el pasillo, a pesar de sus protestas.

Cogí el periódico y me senté a leer. Casi enseguida el timbre de la puerta volvió a sonar. Me levanté pensando que tendría que meter a Padua a viva fuerza en el elevador, pero cuando abrí, en el vano se hallaba Maqueira.

—Pase, Maqueira. ¡Siéntese!

—Vi salir al señor Padua refunfuñando —explicó Maqueira—. Espero que no lo haya maltratado. Ares, Padua es un hombre muy influyente.

—Despreocúpese, Maqueira, Padua no está en situación de ejercer contra mí su influencia en este momento.

—Usted sabe lo que hace, Ares —opinó—. Pero en su lugar, yo me iría tranquilamente a disfrutar la vida y me olvidaría de todo este maldito asunto.

—Me escrutó el rostro y concluyó—: ¿Qué ha sacado de todo esto, fuera de los porrazos que le han dado?

—Nada, Maqueira, nada —me quejé—. Pero detesto que se burlen de mí, y en este momento alguien hace justamente eso.

—Supongo que ya no le soy de ninguna utilidad —dijo él—. Usted puede manejar su propio carro. ¿Quiere que le devuelva el que alquilamos?

—¿Cuántos días podemos aprovecharlo?

—¡Oh, todavía faltan varios días! El lunes se vence el plazo.

—Entonces, ¿por qué devolverlo? Pagamos por él, ¿no es eso?

—Pero es que yo...

—Nada, Maqueira, ¡ánimese! Le dije que entre usted y yo lo atraparíamos y lo atraparemos.

—¡Pero es que está usted en un círculo vicioso! —protestó Maqueira.

—¡Bah! ¡No sea pesimista! ¿Oyó hablar alguna vez de un titiritero ambulante que se apoda Cagliostro?

—He visto muchos titiriteros, pero presto poca atención a sus nombres. ¿Por qué?

Reflexioné. Era poco probable que el Cinqueño le permitiera a Cagliostro realizar su antiguo trabajo, pero yo no sabía dónde hallarlo y tenía que

explotar cualquier posibilidad, por remota que fuera.

—Es un tipo estrafalario —expliqué— que deambula con frecuencia por los parques de la Habana Vieja. ¿Qué le parece si usted echa un vistazo por allá?

Maqueira se encogió de hombros con desgano.

—Si usted lo ordena —dijo—. ¿Qué debo hacer?

—Fisgonee un poco por esos parques. Con cuidado, Maqueira. Cagliostro es un pájaro de cuenta y no quiero que usted se meta en líos. Cuando lo encuentre, trate de comunicarse conmigo. Tome —añadí, entregándole mi tarjetica—, éstos son los teléfonos de la oficina y de mi apartamento en el Packard. Si no me localiza en estos lugares, déjele un recado a Carlos, el barman del Plaza. Siempre que pueda, yo haré una llamada allí.

—¿Cuándo empiezo? —inquirió Maqueira.

—Ahora mismo. ¿Para qué perder tiempo?

Maqueira se puso de pío.

—Lo haré por usted —murmuró—. Pero no me gusta jugar a los detectives.

Sonreí con desgano. Tampoco a mí me gustaba. A veces era provechoso, pero siempre sucio..., muy sucio.

16

El secreto de hacendado

Quince o veinte minutos después de salir Maqueira, sentí un ruido leve que provenía del recibidor. Sumido como estaba en la lectura del periódico, no le concedí mucha importancia, pero el ruido no cesaba. Parecían arañazos en la pared, provocados por las uñas de un gato. Levanté la vista. Me encogí de hombros y continué leyendo. Si se trataba de algún gracioso ya podía podrirse ahí mientras no utilizara el timbre. Si era un gato, ya se cansaría.

El ruido cesó. Miré el reloj: eran las diez y dos minutos. Entonces una extraña inquietud comenzó a invadirme. Mi corazón palpitaba aceleradamente, y un raro escozor parecía recorrer toda mi piel. Me dije que esa sensación la había sentido antes, quizás fuera miedo. No estaba seguro..., el miedo es una emoción extraña. Surge y se alimenta de la nada, luego se desvanece, porque está en nosotros mismos. Se adueñó de nuestros antepasados en la oscuridad de las noches paleolíticas, todavía no nos ha abandonado y probablemente nunca lo haga.

Acariciando la culata de la luger recobré un poco el dominio. Después me reí. Todo aquello era una cosa tonta. El miedo, cuando se presenta y uno está a solas, siempre induce a risa.

Pensé abandonar la oficina. Pero soy tozudo cuando se trata de las cosas malas que llevo dentro. Trato de dominarlas a viva fuerza. Si salía corriendo en aquel instante esa sensación podría adueñarse de mí, y eso no era bueno para mi trabajo. Me quedé sentado en el sillón, tratando de hallarle una razón. Pero no había que perder el tiempo en eso, el miedo es irracional... y tuve que admitir que era un miedo irracional lo que sentía. ¿A qué? ¿A quién? En una secreta dimensión, el miedo también podría ser un alerta de nuestros sentidos contra un peligro inminente y desconocido.

—¡Ares! ¿Está usted ahí?

Embebido como estaba en mis propias reflexiones, aquellos gritos desataron el pánico que yo trataba de controlar. Me incorporé como movido por un resorte y le quité el seguro a la luger.

—¡No se acerque a la puerta, Ares! ¡No toque el pomo de la puerta! ¿Me oye, Ares?

—¡Maldición de infierno! ¡Esto es el colmo! ¡Cállese de una vez! —vociferé sin moverme.

Pasaron dos interminables minutos. Al otro lado de la puerta se oía una voz autoritaria dirigir un trabajo: «¡Con cuidado, González! ¡Ajá! Ahora retire el detonador. Así, eso es.»

La palabra detonador avivó mi embotado cerebro. Un frío de muerte recorrió mi espalda sudorosa. Cuando al otro lado dijeron: «Ya puede abrir, Ares», ligeros temblores sacudieron mis rodillas. Abrí y oculté en mi desfachatez el miedo que estaba sintiendo.

—¿Qué demonios quieren? —inquirí—. ¿Por qué escandalizan tanto?

El teniente Gastón, de la brigada de homicidio, posó sobre mí su mirada burlona. A su lado estaba el agente González con el artefacto de muerte en la mano.

—¿Podemos pasar? —preguntó Gastón.

Pero no esperó mi invitación. Penetró en la estancia seguido de González.

—Le traemos un regalito —dijo éste, colocando la bomba sobre la mesa.

Le eché un vistazo tratando de fingir indiferencia. Era un artefacto rústico, de fabricación casera. Su fabricante era un chapucero. Pero tosca o no, aquella máquina infernal me habría reducido a fragmentos si yo hubiera intentado abrir la puerta. Esboqué un gesto de agradecimiento e invité a mis visitantes a tomar asiento.

—Se ha escapado de una buena, Ares —anunció Gastón.

Yo había alcanzado ya mi absoluto dominio. Nunca me gustó traducir mis emociones. Extraje el paquete de cigarros y les ofrecí, pero no aceptaron. Yo no tenía deseos de fumar, pero encendí uno para que vieran que en mis dedos no había temblor alguno.

—Se ve que tiene buenos amigos, Ares —opinó González—. ¿No le parece que sería más saludable para usted salirse de este asunto? Pese a nuestra advertencia, hoy fue a casa del senador..., y eso no está bien, Ares.

Un momento antes me sentía agradecido, pero desde que abrieron la boca comencé a sentirme incómodo.

—Estoy pensando, González, que acaso estemos equivocados —intervino Gastón con semblante reflexivo—. ¿Que el señor Ares quiere seguir entremetiéndose? ¡Enhorabuena! ¿Dónde vamos a conseguir mejor cebo? ¡Vaya una idea que se me ha ocurrido! —aplaudió poniéndose de pie—. González, dejemos solo al señor Ares. De seguro tiene muchas cosas sobre las cuales meditar y nosotros lo estorbamos.

Se encaminaron a la puerta, y ya con el picaporte en la mano, Gastón volvió sobre sus pasos y recogió el artefacto que había dejado sobre la mesa.

—Aquí habrá cosas interesantes que investigar. ¡Hasta la vista, Ares!

Cuando salieron le di una patada al cesto de la basura. «Los muy puercos.»

Me dejé caer en el sillón. Ahora sí necesitaba un cigarro. El bellaco, quienquiera que fuera, se estaba volviendo muy osado. ¿Sabía él que yo estaba dentro? Sí, seguro que lo sabía. La forma en que había colocado el artefacto no indicaba otra cosa. La explosión debía producirse al abrir yo la puerta. Por otra parte, no era difícil saber que yo estaba allí. La habitación se hallaba iluminada y desde la calle 23 es fácil ver las ventanas. También pudo verme entrar. Pero, ¿para qué tomarse tanto trabajo? Con descerrajarme un tiro estaba resuelto el problema. Sonreí. Probablemente eso habría sucedido si la curiosidad me hubiera impelido a indagar el motivo de los leves arañazos que sentí en la puerta.

Observé la hora. Eran cerca de las doce. Decidí abandonar la oficina. En ese momento, sonó el timbre del teléfono. Era Maqueira. Me comunicó que el auto se había roto.

—Devuélvalo —ordené—, mañana usaremos el mío.

Balbució una excusa y colgó. Devolví el auricular a su sitio y fui hasta la ventana. El tráfico de vehículos disminuía en la calle. Eché un vistazo indiferente al grupo de peatones que esperaban el ómnibus. Entre ellos había un hombrecito que observaba mi ventana. Me retiré del vano y continué mirando a través de la hendidura, entre la jamba y la hoja. Pasaron veinte, treinta minutos. Unos peatones tomaban el ómnibus, otros se bajaban, pero el hombrecito no se movía. Permanecía en el mismo sitio con mi ventana como

objetivo. Diez minutos después cogí el saco y el sombrero. Coloqué mi luger en su cartuchera bajo el hombro y salí de la oficina sin apagar la luz.

Bajé en el elevador hasta la planta baja. Salir por la puerta del Atlantic que daba a 23, era descubrirme. Decidí saltar la tapia que me separaba del edificio colindante. Luego ascendí por la escalera, que me llevó a un corredor. Descendí otra escalera y logré lo que yo quería. Me hallaba en la calle 12. Bordeando los portales de las florerías llegué a 23. En ese momento el semáforo abrió el tráfico y me vi atrapado entre dos corrientes de vehículos. El ruido de los claxons llamó la atención sobre mí. Lancé una maldición. Sin poder moverme, vi al hombrecito salir disparado hacia la esquina. Sorteando los vehículos logré salir, y me lancé en su persecución. Él, en su loca carrera, dobló por 10. Cuando llegué a esa calle, el carro que lo había recogido ya atravesaba 21.

A pesar de todo, sonreí. Me hubiera gustado ver la cara del enano cuando me vio fuera del edificio sin que la explosión que esperaba se produjera.

A la mañana siguiente llegué temprano a la oficina. Pero ya Padua me aguardaba en el recibidor. Leía el periódico y en su cara se estampaba la desolación. Su temperamento alegre había dado paso a un carácter sombrío.

—¡Anímese, Padua! ¿Por qué esa cara? Supongo que todavía la policía no lo habrá molestado.

—¿Leyó usted el periódico, Ares? ¿Vio lo de Rameral?

—¡Claro que lo leí! Pero tranquilícese. Con usted no sucederá lo mismo. Una carta escrita a una dama, ¿a qué compromete? Póngase a pensar: ¿a cuántos nombres pueden corresponder las siglas C. S. P.? Lo malo es que los calígrafos de la policía son unos bribones. Si se proponen probar que usted escribió esa carta... En fin, no me gusta esa gente.

—No juegue con esas cosas, Ares. Sé que ayer me porté como un niño. Le pido disculpas. Pero... ¿no cree que adentro estaremos más cómodos?

—Por supuesto —respondí. Abrí y me aparté para darle paso.

—Necesito esa carta, Ares —farfulló Padua. En sus manos apareció una pistola calibre 22.

Miré bien el arma. Era pequeña, pero mortífera como todas las armas de fuego. Resoplé. Las amenazas de tantos patanes me estaban ofuscando. Padua, por ejemplo, era un pobre diablo. Probablemente era muy vivo

esquilmando a sus obreros en los centrales. Pero este era un juego distinto. Aun con aquella pistolita amenazándome estaba en desventaja, y él lo sabía. El temblor de sus manos debió indicárselo.

—Entre, Ares —ordenó—, y no haga ninguna tontería.

Lo que hice no fue ninguna tontería. Di dos pasos hacia la habitación y fui a quitarme el sombrero. Mi mano describió un círculo en el aire, como para lanzarlo sobre el butacón, pero el sombrero cayó al suelo y el puño pegó de lleno en el rostro de Padua. En menos tiempo del que toma pensarlo, se hallaba desarmado.

—Ahora siéntese ahí, tranquilito —le ordené, levantando el teléfono—. Usted, Gastón y yo tendremos una larga charla.

Él trató de arrebatarme el auricular y yo le empujé sobre el asiento.

—¡Por favor, Ares! —imploró—. ¡Escúcheme!

—No estoy interesado en lo que usted pueda decirme, Padua.

Disqué varios números vigilándolo con el rabillo del ojo.

—Si me escucha, no se arrepentirá, Ares —dijo, sacando una abultada cartera de cuero.

Corté mi fingida comunicación y me arrellané en el sillón.

—Veamos cuántas cosas interesantes tiene que decirme, Padua —dije con sencillez.

—Mi intención no fue sacarle la carta por la fuerza, Ares —explicó—. En realidad, vine por el cuadro.

—Ayer fue poco explícito, Padua —dije. En su rostro se estampó la misma indecisión de la noche anterior—. Bueno —estiré el brazo para alcanzar el teléfono—, a Gastón le interesará saber por qué quiere usted apoderarse de un cuadro que no le pertenece.

—Es una historia que me avergüenza, Ares —confesó—. Por eso no la había contado antes. Todo comenzó con una broma —se rió, era una risa seca y forzada—. La más costosa broma que jamás haya imaginado nadie —declaró con expresión abatida—. Yo fui su iniciador, y también su víctima. Ares, la *Ballerina*, es un cuadro falso.

Di un respingo en el asiento, pero el semblante de Padua me conmovió.

—No hay que agobiarse tanto —dije—. Ninguna broma acaba con el mundo.

Él no pareció escucharme y comenzó su historia como quien tiene necesidad imperiosa de contarla.

—Fue en París, durante mi luna de miel —explicó—, que yo adquirí ese cuadro, Ares. En aquella época todavía no había alcanzado en el mundo de los negocios la sólida posición que tengo ahora. Era un empleado competente, tenía cierta cultura y muchas ambiciones..., pero nada más. Quizás fue debido a esas ambiciones que les disputé con éxito a otros pretendientes a la que hoy es mi esposa, una mujer sumamente rica y educada. Después de la boda decidimos ir a Francia. Naturalmente, yo estaba deseoso de hacerle un regalo que la deslumbrara, pero desgraciadamente mi orgullo se hallaba muy por encima de mis posibilidades y no encontraba nada que estuviera a mi alcance y pudiera además impresionarla. Entonces sucedió lo que en aquel momento consideré un golpe de suerte. Deambulando en París por el Barrio Latino, me salió al paso un joven pintor y me propuso venderme un Degas. Fíjese bien: ¡un Degas! El único defecto que tenía, según él mismo me advirtió, era que no había sido pintado por Edgardo Degas. ¿Se da cuenta? Más por curiosidad que por otra cosa decidí seguirlo hasta la buhardilla donde tenía su estudio, y créame, Ares, quedé boquiabierto ante la belleza del cuadro. Yo no era un entendido en la materia, pero la experiencia me demostró después que incluso algunos entendidos, o que pasaban por serlo, no vacilaban en considerar la obra como auténtica. La compré en el acto. A pesar de todo, pagué por ella una cantidad nada despreciable. No me arrepentí: cuando vi la impresión que el cuadro le causó a Sofía, me sentí satisfecho y orgulloso. Un orgullo estúpido que me hizo inflar su valor y dejar creer a mi esposa que se trataba de un auténtico Degas. Ése fue mi error, porque en definitiva, cualquiera que fuera su precio, y como quiera que se llamara su autor, la *Ballerina* era una obra de arte. Al principio me dije que más adelante la sacaría del error, esperando que ella supiera disculparme. Nunca pude. Detrás de mi aparente desenvoltura se esconde un carácter tímido y pusilánime. Traté de decírselo, Ares. Muchas veces traté de decírselo, pero nunca hallé el suficiente valor. Así trascurrió el tiempo. Las personas que nos visitaban siempre salían de la casa con la certidumbre de haber visto un Degas auténtico. Pero no hay mentira que dure toda la vida. Hace dos años, tal vez tres, no estoy seguro, el patronato religioso a que mi

esposa pertenece acordó contribuir con algún objeto de valor que sacaría a pública subasta, para la construcción de una iglesia. Sorpresivamente, mi esposa decidió que donaría el Degas para que fuera subastado. Me alarmé. Sabía lo que eso significaría si el comprador se daba cuenta del fraude.

—¡Bonita situación! —exclamé.

—¡Dígamelo a mí! —admitió Padua—. Como usted supondrá, traté de disuadir a mi mujer. Empleé todos los medios que fui capaz de imaginar para convencerla. No la convencí. Sofía tenía ideas muy extrañas sobre esas cosas. El cuadro representaba para ella algo muy apreciado, un valor espiritual, y ella lo donaría al mismo Dios. Así estaba segura, decía, de no estar dándole algo de lo que se sintiera hastiada. ¡Imagínese! Desesperado, sin saber qué hacer, se lo conté todo a Susana, con quien me unían ciertos lazos de amistad. —Padua levantó la cabeza y me miró; una sonrisa tímida se extinguió en sus labios—. Ella fue quien sugirió la solución que finalmente me ha traído tantas complicaciones. En realidad, como sucedió al comprar el cuadro, cuando ella me propuso que le diera el dinero para pujar en la subasta por la *Ballerina*, la solución no me pareció mala. Así lo hicimos: ella adquirió el cuadro por quince mil pesos. Como puede ver, pagué, irónicamente, lo que me hubiera costado un Degas verdadero. —Padua hizo una pausa y suspiró—. Por eso quiero el cuadro, Ares. Si llega a manos de las autoridades, seguro que lo someterán a prueba para comprobar su autenticidad, y el escándalo que tanto me ha costado evitar, estallará finalmente.

Me quedé mirando por un rato aquel semblante desolado, y casi me dieron ganas de reír. ¡Tantos trajines por un cuadro falso! Todo aquello podía haberlo evitado con sólo decirle a su mujer: «Mira, vieja, te compré un cuadro precioso. Me costó barato. Ahí abajo dice “Degas”, pero en realidad lo pintó un Don Nadie. ¿No te importa, verdad?» Pero no, el señor Padua no podía hacer eso, como cualquier mortal. El señor Padua prefería vivir en una permanente mentira sólo por satisfacer su estúpido orgullo.

—Ésa es toda la historia, Ares —dijo Padua, indicándome que ya había concluido su relato—. ¿Me lo venderá, Ares? ¿Me venderá el cuadro?

—Ya veremos cuando lo tenga en mi poder —repuse—. Como usted mismo dijo, no puedo vender lo que no poseo.

Él reprimió un gesto de contrariedad.

—¿Me lo promete? —inquirió.

—Yo no prometo nada. Dije que hablaremos, y hablaremos.

—¿Y la carta? ¿Qué hará usted con la carta?

—Por el momento, la guardaré. Veremos cuánto de verdad hay en ese cuento suyo.

Padua se incorporó en el asiento, lleno de cólera. —¡Usted es un rufián! —barbotó—. Me hizo creer...

Yo sonreí con desdén.

—No se preocupe, Padua —le interrumpí—. No soy tan cínico como suelo hacer creer. Si usted no tiene nada que ver en el asesinato de Susana, esta carta no la leerá nadie. Eso sí se lo prometo.

Le quité las cápsulas a su cachivache y se lo puse en la mano. Luego lo acompañé hasta la puerta.

—Cuando tenga la *Ballerina* me comunicaré con usted. ¡Buenos días!

Lo empujé hacia afuera y cerré la puerta en sus narices.

17

Amenaza anónima

Regresé al sillón y abrí el periódico; en el ómnibus sólo había tenido tiempo para hojearlo. La bomba del escándalo había estallado, finalmente, en casa de los Rameral. Después que yo me escurrí de entre las manos de la policía, debido a la coartada que me proporcionaron la hija del senador y el barman del Plaza, los agentes le apretaron el torniquete a la criada de Susana. Su declaración fue la misma que me hizo a mí: Rameral había sido el último hombre que vio viva a la víctima.

Lo que leí un poco más abajo me arrancó un silbido. Vientos tempestuosos comenzaban a soplar en dirección a la residencia del senador. El reportero se permitía un párrafo como éste: «¿Por qué cierto político influyente del Gobierno no ha sido llamado a declarar en relación con la muerte de la famosa cortesana de la calle Cero?» Y luego, en forma irónica, concluía: «De seguro que un hombre tan asiduo a las íntimas tertulias de la célebre Susana, debe conocer aspectos muy interesantes de su vida, que serían, sin duda, de mucha utilidad a las autoridades.»

Cerré los ojos y traté de imaginar cómo tomarían la cosa el senador y su agente de publicidad. Me reí. Quizás hasta pensaran que un detective sin escrúpulos, llamado Júglar Ares, había recibido quinientos pesos para mantener cerrada la boca y después los había traicionado. Pero en realidad me importaba un bledo lo que ellos pensarán.

Poco antes de las once llamó Maqueira y me anunció que comenzaba su búsqueda de nuevo por los parques de la Habana Vieja. Le deseé suerte. Según Butler, la mejor manera de dar con el Cinqueño era hallar a Cagliostro. Me hubiera gustado hacer yo mismo ese trabajo, pero decidí que era mejor permanecer el mayor tiempo posible en la oficina. Sabía que el asunto estaba madurando. Mucha gente me solicitaría, y la plata saldría a relucir.

Antes de bajar a comer algo, llamé a la hija del senador. Evoqué su sonrisa, las delicadas curvas de su cuerpo, sus senos firmes y redondos, su suave y sugestivo contoneo. Después del saludo, abordé el asunto sin ambages.

—Necesito que me preste un servicio —dije.

Su respuesta me gustó: «¿Qué clase de servicio?» No era, ciertamente, la respuesta de una persona irreflexiva.

—No es cosa que pueda explicarle por teléfono —respondí—. ¿Pudiera hablarle en privado?

Aceptó gustosa mi ruego. Es más, casi diría que con entusiasmo. Eso también me agradó. ¿Cómo podía ser una mujer completa sin un poco de curiosidad?

—Nos veremos en el Plaza dentro de una hora —dije.

Me puse el saco, cogí mi sombrero y abandoné el despacho. Claro que tuve que esperar más de una hora. Pero no desperdiicé mi tiempo. Fingiendo prestarle atención a la charla de Carlos (sobre el posible asesinato de Susana) revisé la guía telefónica en busca de un crítico de arte. No hallé ninguno. Cerré la guía y me di a reflexionar. Era necesario encontrar a la persona capaz de conocer un verdadero Degas. Yo quería saber si Padua estaba mintiendo: Pero de pintura sabía tanto como de chino.

Faltaban diez minutos para las dos cuando llegó Glenda. Me bebí el resto de mi daiquirí y me dirigí a una mesa alejada del mostrador. Ella se desvió hacia la misma mesa. Separé una silla y le indiqué que se sentara. Después me senté a su lado.

—¿Qué tal un daiquirí? —indagué.

Sonrió algo confusa y aparecieron los hoyuelos en sus mejillas. Yo estaba a la caza de ellos. La sonrisa se esfumó y en su lugar apareció una expresión de intensa curiosidad, probablemente la misma curiosidad que la había arrastrado hasta el Plaza.

—Es muy temprano para eso —objetó señalando mi copa—. Le aceptaré un helado.

Llamé al camarero, un muchacho delgado y paliducho que se quedó mirándola extasiado.

Ella pidió un helado de fresa. Luego me interrogó con la mirada, pero yo permanecí callado, hasta que se dio cuenta de que la contemplaba. Se sonrojó ligeramente. El camarero trajo el helado y lo colocó sobre la mesa. Cuando se alejó, dije:

—Supongo que habrá oído hablar de un cuadro titulado *Ballerina entre bastidores*.

La pregunta la tomó completamente por sorpresa. La perplejidad arrugó la piel tersa de su rostro. Abrió la boca y la cerró. Trascurrieron varios segundos antes de que preguntara ansiosamente:

—¿Usted lo tiene?

Sonreí ambiguamente.

—Bueno —dije—, me han hecho una historia sobre el cuadro, y estoy interesado en verificarla. ¿Me ayudaría usted? No supone para usted ninguna complicación —me apresuré a aclararle, porque, de perplejo, su semblante había pasado a temeroso—. Por supuesto, sólo estando seguro de su absoluta discreción puedo relatarle la historia.

Ella levantó la cabeza y me echó una rápida mirada. Luego volvió a fijar la vista en sus rodillas, jugando nerviosamente con los pliegues de su vestido.

—No esté muy seguro de mi discreción —me advirtió—. Cuando fui a la policía a declarar, lo hice porque creí en su inocencia —carraspeó y me clavó una mirada retadora—. Ahora no estoy tan segura.

—¿Qué le hace dudar ahora?

—Usted robó la *Ballerina*, ¿no?

—Eso es prejuizar —repliqué sonriendo—. Yo no he dicho que tengo la *Ballerina*. Y aun teniéndola, eso no significa que la haya robado.

—Pero... pero, ¿cómo?

—Todo se aclarará oportunamente, Glenda. Y su ayuda puede acelerar esa aclaración. ¿Qué me dice?

Hizo un encogimiento de hombros que casi equivalía a una afirmación, aunque su cara todavía reflejaba temor.

—No sé si debo meterme en eso —dijo, pero su tono revelaba que sí quería meterse—. ¿Qué dirá mi padre?

—No tiene por qué enterarse —repuse.

—Está bien —dijo—. ¡Acepto!

—¿Y me promete ser tan discreta como le he pedido?

—¡Lo prometo! —afirmó con un ademán categórico de su cabeza.

—Bien —murmuré sonriendo (la seriedad de ella incitaba a risa)—, confío en su palabra.

Entonces le conté la historia que Padua me había hecho sobre la subasta del Degas... o del falso Degas.

Ella se sintió fascinada con el relato. Cuando concluí, dijo:

—Parece increíble que ocurran esas cosas, ¿verdad? ¿Por qué ese hombre no le dijo la verdad a su esposa? Estoy segura de que una buena esposa lo hubiera comprendido.

—Sí —murmuré—, los hombres siempre hacemos cosas descabelladas por las mujeres.

Ella sonrió y de nuevo los hoyuelos se acentuaron en sus mejillas.

—Algunos hombres —rectificó—. Usted no haría una cosa así, ¿verdad? Mi padre tiene razón, Ares; usted es un cínico. —Hizo esa afirmación con alegre desenvoltura.

Incliné la cabeza como quien acepta un cumplido. Luego me acomodé en el asiento; la que yo había tomado por una chiquilla, era una mujer en la completa acepción del vocablo.

Ingerí un sorbo de daiquirí y volví a mirarla. Sí, no me había equivocado. Ya no era una chiquilla..., y ella lo sabía.

La charla se prolongó un rato. Ella trató de sonsacarme. Pero yo odio hablar sobre cosas que no deseo. Antes de marcharse, volví a recomendarle discreción.

Diez minutos después de haber salido, el hálito perfumado que flotaba sobre la mesa me hacía evocar los hoyuelos de su cara y su suave contoneo.

A las cuatro de la tarde llamé a Alicia. Varios segundos de espera me indicaron que no estaba en la casa. Generalmente se apresura en descolgar. Media hora después repetí la llamada. Dijo: «¡Oigo, oigo!», pero yo me mantuve callado. Ella se impacientó y colgó el auricular. Ése era mi propósito. Esperé un rato, pero no oí el sonido característico de las líneas intervenidas. Aguardé otra media hora y volví a llamar. Los siguientes cinco segundos, después de haber descolgado, Alicia los dedicó al insulto con muy

bellas palabritas; luego tiró el auricular con brusquedad. La tercera vez que Alicia contestó, ya estaba francamente histérica.

—¡Cálmese, señora! —ordené sonriendo—. ¡Dios mío, qué lenguaje!

—¡Vaya, al fin apareces! —replicó sin cambiar de tono.

—¿Estás de mal humor?

—Perdona, amor mío —se excusó—. Es que un estúpido se ha pasado la tarde embromándome por teléfono.

—¿Y es ése un motivo para insultarme a mí?

—¡Por favor, Júglar! ¿No comprendes que te confundí con el otro?

—¡Vaya, ahora resulta que también tienes otro!

Tuve que reprimir la risa. Alicia lanzó una nueva descarga de palabrotas.

—Está bien..., está bien —la interrumpí—. Deja los insultos y dime si recibiste un paquete que te envié.

Ella bajó la voz y carraspeó sobre el teléfono.

—¿Te refieres al... al cuadro? —tartamudeó.

—Ya veo que lo abriste.

—¿Qué iba a hacer? —repuso—. No sabía lo que era y... Pero, ¿cómo te atreviste, Júglar? Suerte que la policía ya había registrado la casa.

—Por eso lo hice, linda. ¿Dónde lo tienes?

—Aquí —contestó casi en un murmullo—. Lo tengo bien escondido.

—Espérame ahí —dije—; iré por él dentro de una hora.

Miré el reloj. Eran las seis y diez, pero todavía el sol estaba alto. Levanté la aldaba y la dejé caer. Hacía un calor de espanto. Me sequé el sudor de la frente y sonreí a Alicia.

Hizo una mueca que parecía un saludo, y miró extrañada la carta que sostenía en la mano izquierda. Yo crucé el umbral y cerré la puerta.

—¿Pasa algo?

Me miró vagamente y murmuró distraída:

—No..., esta carta. Es raro, cuando trajeron el paquete tuyo, hace un rato, no estaba ahí. Y el cartero pasa al mediodía.

—Quizás se le extravió y volvió después que recogiste el paquete.

—Tal vez —murmuró con un leve temblor en los labios—. ¿De quién será?

—No veo cómo podrás saberlo si no la abres —repuse—. ¿Qué esperas?

Ella rasgó un extremo con expresión temerosa. Yo sonreí. Las mujeres lo dramatizan todo.

Eché una rápida lectura al papel y me miró. Advertí en sus ojos un miedo que la paralizaba. Sin articular palabra, se abalanzó hacia mí y comenzó a sollozar. Atravesamos la sala y la obligué a reclinarsse en el canapé acojinado. Luego le enjuagué las lágrimas e intenté tranquilizarla. Entonces, con labios trémulos, me entregó la carta.

Era un papel corriente escrito a máquina: «Si aprecia esa linda cara —leí—, dígale a ese entremetido que la muerte de Susana ya no es asunto suyo.»

Solté el resuello que había reprimido. Era una amenaza simple, directa. Primero habían intentado hacerme añicos. Ahora trataban de intimidarme amenazando con represalias contra Alicia.

Levanté la vista y la miré. La perenne malicia de sus ojos había desaparecido; en sus pupilas señoreaba el pavor. Para consolarla, apelé a la mentira. Señalando la carta, dije:

—No hay que hacerle mucho caso a esto, linda. No es más que una amenaza. —Me pareció que le faltaron a mis palabras la convicción que quise imprimirles, pero insistí—: Si su intención era dañarte, no te hubieran avisado.

—Pero... tengo miedo —balbució—. ¿No comprendes? Tengo miedo. Debo andar por las calles. Tengo que presentarme en escena.

—Es mejor que te olvides del cabaret por unos días —sugerí—. Sospecho que se acerca la hora de echarle mano a ese bribón. Entretanto, es mejor que te escondas.

Mi idea no pareció gustarle. Hizo una mueca de desagrado.

—¿Que me esconda? ¿Dónde? ¿Cómo sé que no va a encontrarme? ¿Cómo supo donde vivía?

—No era ningún secreto, linda. Los periódicos publicaron tu dirección. Toda Cuba la conoce.

—No me gusta esto, Júglar. No me gusta. Amenazan con destrozarme la cara. Mi porvenir —sonrió con amargura. También había reproche en su sonrisa—. Es lo único que tengo, ¿sabes? —Una expresión de desamparo se sumó al miedo de sus ojos—. ¿No piensas hacer algo?

—Es necesario que te escondas —repetí—, si es posible en casa de algún pariente lejano. Seguro que tendrás uno que pueda alojarte por unos días.

Ella meditó un segundo.

—Sí —admitió—, mi tía Flora. Otras veces he parado en su casa. Vive en Luyanó.

—¡Magnífico —exclamé—. Es precisamente lo que necesitamos. Un barrio apartado. Trae el cuadro. Nos iremos enseguida.

Cuando me entregó la *Ballerina* intentó una protesta, pero yo la cogí suavemente y la insté a salir. Quiso llevar una maleta, pero no la dejé. Eso era como poner un anuncio en el periódico.

Para llegar a casa de la tía de Alicia empleé tres taxis distintos; cuando llegamos a Luyanó estaba convencido de que nadie nos había seguido.

18

Los embrollos de un comerciante

El vestíbulo del Packard se hallaba desierto a la hora que llegué. Sacudí al muchacho que dormitaba en la carpeta y le pedí mi llave. Me la entregó e hizo un ademán, señalando sobre mi hombro.

—Hace rato que lo espera —murmuró soñoliento.

Me volví. En un canapé de nogal que se hallaba en un rincón había un hombre. Era delgado y, evidentemente, de corta estatura.

Me aproximé. Él levantó la vista con arrogancia; no me refiero a una arrogancia ofensiva. Su mirada era serena, su cara redonda, su bigote fino, y en sus pómulos abultados se observaban pequeñas depresiones. No eran huecos, por ejemplo, como los de Gastón; más bien pequeñas ondulaciones, unas muy próximas a otras.

—¿Esperaba usted por mí? —inquirí.

Agarró el portafolio que descansaba en la butaca y se puso en pie.

—Yo espero al señor Ares. ¿Es usted? —Asentí con la cabeza—. Soy el doctor Rosales —explicó—, el abogado del señor Rameral. —Hizo una pausa—. Supongo que no tendré que explicarle a qué Rameral me refiero.

—Tendrá que hacerlo —murmuré—; detesto los enigmas.

—Es el mismo hombre que usted visitó hace varios días y de cuyo establecimiento se vio obligado a salir en forma... algo precipitada.

—Es usted muy elocuente —dije—. ¿Qué le pasa al señor Rameral?

—Su esposa quiere hablarle. Me ordenó rogarle que fuera a verla; yo lo acompañaría.

Sonreí.

—¿Así... como así? —murmuré chasqueando los dedos—. La esposa de Rameral me necesita y debo correr a ponerme a su pies —volví a sonreír—. ¿Se fijó en la hora? —farfullé mostrándole el reloj.

Él no miró el reloj, me miró a mí. No había en su mirada ninguna expresión determinada, pero sus ojos brillaban astutamente.

—Los ruegos de la señora de Rameral van acompañados de algo más sustancial —explicó sonriendo—. He aquí un anticipo. —Extrajo un sobre y me lo entregó.

No era cuestión de esperar para abrirlo. Lo rasgué. Conté diez billetes nuevos de a cincuenta.

—Yo soy esclavo de estos ruegos, doctor Rosales. Estoy a sus órdenes.

—¡Sígame! —se limitó a decir.

Lo seguí. Afuera había un sedán de color negro reluciente. Rosales avanzó por Prado. En Malecón torció a la izquierda. Sin despegar la vista del frente, dijo:

—El señor Rameral está en un grave aprieto. Las declaraciones de la criada de Susana han sido funestas, y desgraciadamente él carece de coartada. —Desvió ligeramente el rostro y me echó una rápida mirada—. ¿Cree usted que él la haya matado...?

Yo sonreí ambiguamente.

—¿Y él qué dice?

—Lo niega, naturalmente..., pero...

—Pero usted tiene sus dudas.

—No sé —dijo—, a veces cree uno conocer a un hombre y está equivocado. Yo, por ejemplo, nunca me hubiera imaginado al señor Rameral en esa clase de aventuras; y mi profesión me obliga a conocer a los hombres.

El carro era cómodo y tenía un pick-up poderoso. En aquel momento bordeábamos el monumento al Maine, para entrar en la Avenida Wilson. Encendí un cigarro y expulsé el humo hacia la ventanilla. Cuando Rosales completó su maniobra, opiné:

—La naturaleza humana es muy compleja; nunca pretenda conocer totalmente a un hombre... porque no va a lograrlo.

El abogado mantuvo por varios segundos un silencio reflexivo.

—Sí —admitió—, supongo que tiene razón. Yo he tratado a muchos hombres, todos son diferentes... En todos encontré dobleces.

Cuando entró en el túnel aminoró la marcha. Varios minutos después, el auto se detuvo.

Recorrí los alrededores con la vista. La calle estaba desierta. El abogado descendió y abrió la verja. Yo lo seguí. Oprimió el timbre. Tras unos segundos de espera, la puerta se abrió.

—Pase —me invitó con un ademán de la mano que sujetaba el portafolio. Yo continué hasta el centro de la pieza.

—Avísele a la señora que aquí está el señor Ares —le ordenó a la sirvienta que abrió la puerta.

La joven había ascendido varios escalones cuando, en lo alto, apareció una mujer.

—Ya puede retirarse, María —dijo al pasar por su lado—; yo los atenderé.

Descendió los restantes escalones y nos invitó a sentar con un gesto.

—Le ruego disculpe mi tardanza, señora —murmuró Rosales—. Para poder localizar al señor Ares tuve que esperar un buen rato en su hotel.

La señora de Rameral se sentó en un butacón acojinado. Yo me senté en otro. El abogado se dejó caer en el sofá situado a mi izquierda.

La sala era amplia y estaba adecuadamente provista. Había todas las cosas que los ricos suelen tener en sus salas, incluyendo un gran piano (que probablemente tocaban muy pocas veces).

La esposa de Rameral era una de esas mujeres cuya edad es difícil de precisar. Su piel era tersa, pero en los bordes de sus ojos se percibían arrugas atenuadas por cosméticos. De cualquier modo, podía afirmarse que si no era más joven que su esposo, estaba mejor conservada. No era bella, acaso no lo fue nunca, pero las formas de su cuerpo, que todavía conservaba intactas, hacían presumir que debió, en otra época, tener sus atractivos.

—No se preocupe, doctor Rosales —dijo contestando a la excusa del abogado—. Lo importante es que lo halló, —Me escrutó con una mirada que yo resistí inexpresivo.

—¿Supongo que usted sabe por qué lo mandé buscar, señor Ares?

No percibí en su voz ningún tono especial, y moví la cabeza.

—Lo ignoro, señora.

—¿Cómo? —exclamó volviéndose hacia el abogado—. ¿No se lo explicó usted, doctor?

—Preferí que lo hiciera usted en persona —repuso el aludido—. O en todo caso, hacerlo yo en su presencia. Usted sabe que me opongo a esto. Sólo lo hago por...

—Sí, sí —interrumpió ella—, ya conozco su opinión, doctor, que por otra parte, es la mía —se mordió el labio—. En fin, son los deseos de Rember... y quizás dé resultado. —Se volvió hacia mí. Una mirada más penetrante que la anterior envolvió mi cuerpo—. Mi esposo —dijo, con una sonrisa ligeramente despectiva— parece tener mucha confianza en la capacidad de usted como detective. Me ordenó que lo contratara para encontrar al verdadero asesino. —Volvió a sonreír de la misma forma—. Hasta pretende que quizás ya sospeche usted de alguien en particular. —Sobrevino una pausa. No parecía ciertamente una mujer atribulada. Miró al abogado y después a mí—. ¿Es así?

Era una pésima hora para inventar un chiste, pero a mí se me ocurrió uno.

—Sí —respondí.

—¿Y de quién sospecha, si es que se puede saber?

—De su marido.

La mujer me miró fríamente.

—Su respuesta no va a agradarle, señor Ares.

—Estoy seguro... ¿Y a usted?

—Eso es una impertinencia —replicó ella con soberbio ademán.

Me puse de pie sonriendo. Saqué el sobre del bolsillo y extraje un billete de a cincuenta.

—Es el equivalente al tiempo que me han hecho perder —dije al abogado mientras le entregaba el sobre.

Él no lo tomó; una repentina seriedad invadió su cara sonriente.

—¡Siéntese, por favor! —me rogó—. Los acontecimientos tienen confusa a la señora.

Yo retorné a mi asiento.

—Además —miró a la mujer en forma significativa—, una desagradable experiencia que nada tiene que ver con nuestro caso la ha predisposto contra gentes de su profesión. Le ruego que la disculpe. —La aclaración del abogado me arrancó una sonrisa. Era difícil hallar una persona bien dispuesta hacia los que practicaban mi profesión.

Miré a la mujer. Estaba pálida y sus labios, contraídos en un soberbio gesto, no se habían movido. Por lo visto, el abogado tenía sobre ella gran ascendiente.

—El caso es, señor Ares, que yo tampoco soy partidario de los detectives particulares, y mucho menos en su caso... Usted también pudo ser, pese a su excelente coartada, la persona que mató a Susana. Sin embargo, el señor Rameral está persuadido de que usted no fue, y lo considera en este momento el hombre adecuado para encargarle la tarea de buscar al asesino. De dónde proviene esa seguridad del señor Rameral, es algo que no sé. Se negó a discutirlo conmigo, pero sus razones tendrá, y estoy acostumbrado, como abogado, a tener por buenas las razones de mis clientes. Yo sólo aconsejo o sugiero, pero las decisiones no están en mis manos, como usted supondrá.

Los abogados hablan mucho. Yo pude decirle un montón de cosas; entre otras, que yo no era partidario de los abogados... Pero no lo dije.

—Toda su digresión —observé— puedo sintetizarla en lo siguiente: ¿van ustedes a contratarme para que busque al asesino de la señora Susana?

Él hizo un ademán afirmativo.

—Bien..., mis honorarios son treinta pesos diarios, más los gastos. Naturalmente —agregué—, esto no incluye las reparaciones que haya que hacerme en caso de que salga dañado.

—Muy bien —respondió el abogado—. El señor Rameral me ordenó que no regateara en este asunto.

—Es cosa resuelta entonces. Ahora necesito algunos datos suplementarios. ¿Habló usted con Caíta, la sirvienta que hizo la acusación?

—Traté de hacerlo, pero no pude. Ha desaparecido.

—¡Desaparecido!

—Es decir —rectificó—, a su casa no ha vuelto después que la policía la dejó en libertad. Lo sé porque he ido allá en dos ocasiones. Ningún vecino la ha visto.

—¿Cómo es posible que la hayan dejado en libertad tan pronto?

El abogado sonrió.

—Cosas de la jurisprudencia —murmuró—. Un juez le fijó una fianza... y un desconocido la pagó en el acto.

—Me mordí el labio, pensativo.

—Yo hablé con ella —dije—, pero en esa ocasión no me pareció que mintiera. Claro, no siempre se sabe cuándo una persona miente. Algunas saben hacerlo. Pero hay algo extraño en todo esto. La vieja le cobraba la gabela al señor Rameral... ¿Por qué matar la gallina de los huevos de oro?

—Quizás cayó en una trampa de la policía. Y se vio obligada a hacerlo —opinó la esposa de Rameral con semblante menos tenso—. Lo cierto es que mi esposo afirma rotundamente que esa mujer miente.

—Es posible —murmuré, y me puse de pie.

Sentado en el sedán que me llevaba de regreso al hotel, el abogado dijo a modo de comentario:

—La señora de Rameral buscaba pruebas para un divorcio y el detective que contrató se le vendió al esposo... Eso la afectó mucho.

—¡Ah! ¿Quiere divorciarse? ¿Celos tal vez?

—Sé lo que usted está pensando, Ares —repuso Rosales—. La coartada de Julia no puede ser mejor. La tarde y toda la noche del domingo la pasó en su club de la playa jugando canasta con varias amigas.

Comencé a sentir lástima por Rameral. Tantos trajines para ocultar de su mujer la inocente carta que le había escrito a la insaciable Susana... ¿y todo para qué? Por su casa rondaba el lobo.

—¿Supongo que ya no necesitará esas prueba? —murmuré mientras escrutaba su rostro.

—No; ya no. El señor Romeral acaba de proporcionárselas con este escándalo —contestó sonriendo.

Ya había parqueado el auto frente a mi hotel. Abrí la portezuela y me bajé.

—Pronto tendrá noticias mías —dije.

Le volví la espalda y subí los escalones. El vestíbulo estaba desierto. El muchacho dormitaba. Miré al reloj: faltaban minutos para las dos de la madrugada.

19

El candidato de Caíta

Estaba anudándome la corbata cuando el timbre de la puerta me sacó de mis reflexiones. Completé el lazo y di vuelta al picaporte. En la puerta se hallaba Lu-mei. Quedé gratamente impresionado con su presencia.

Vestía una bata de seda china ajustada, y su pelo recogido en trenzas le caía sobre la espalda.

La invité a pasar. Ella atravesó el recibidor y se dirigió al diván. Yo la seguí y me senté a su lado. El iris de sus ojos reflejaba temor.

—¿Leyó mi aviso? —preguntó.

—Sí. Me lo leyó un paisano suyo. Le agradezco que se haya preocupado por mí, Lu-mei, pero no creo correr ningún peligro.

Ella acortó el trecho que nos separaba en el diván y me sacudió el hombro con gesto patético.

—No diga eso, por favor —la inquietud se había sumado al terror de sus pupilas—. Usted no sabe lo que dice. Él piensa matarlo. Me lo dijo Li-wong.

—¿Quién es Li-wong? ¿Su criado?

—Sí. El hombre que lo acompañaba a usted cuando le deslicé la notica en el bolsillo.

Contemplé a Lu-mei reflexivamente. Parecía sincera. Claro que podía estar fingiendo. Algunas mujeres saben hacerlo muy bien. Pero siempre cuesta trabajo creer que no podemos inspirarle sincera preocupación a una mujer de un rostro como el suyo, sin otra razón que nosotros mismos. También podía suceder que el bellaco de Butler la hubiera mandado para que hurgara mis intenciones. Si ése era el caso, era mejor ponerse a cubierto.

—Todo esto es muy confuso, Lu-mei. Butler y yo hicimos un trato, y pese a lo que suele pensarse sobre mi reputación, siempre que se juega limpio conmigo, cumplo mi palabra. ¿Por qué iba a querer asesinarme?

—No lo sé —contestó—. ¡Ojalá lo supiera! Temo por usted. Usted es un hombre muy confiado y él es malo. Yo lo conozco. Sé que quiere traicionarlo.

El perfume que emanaba del cuerpo de Lu-mei comenzó a turbarme.

—¿Es usted su esposa?

—Yo le pertenezco —respondió apenada.

No pude comprender qué significaba eso en su jerga chino-americana. Probablemente en aquel momento tampoco me importaba. En las profundidades de los ojos rasgados de Lu-mei había tanto deseo como en los míos. Contemplé un instante su rostro. Era bella. La clase de belleza que todos hemos soñado alguna vez estrujar entre las manos. La misma belleza que los anuncios turísticos ponderaban al referirse a países «exóticos». Y yo la tenía allí, mirándome. Quedé embriagado. Súbitamente la atraje hacia mí con brusquedad y sentí sobre mi pecho el temblor de sus senos pequeños y firmes. Entonces no fue necesario ningún idioma para entendernos.

A las dos de la tarde descendí los escalones del Packard. Era una tarde mustia y sin sol, como pocas veces se veían en La Habana. Las nubes negras que oscurecían la ciudad parecían vestir de luto los altos edificios, y los transeúntes que se dirigían a su trabajo reflejaban en su rostro la sutil tristeza del ambiente.

Pensando en el frágil cuerpecito de Lu-mei, me encaminé al restaurante de Isaías. Valía la pena evocarla. Lu-mei era interesante, inteligente... Y yo un tonto... o casi un tonto. En algún momento debí quedarme dormido. Profundamente dormido, porque, al despertar, Lu-mei había desaparecido, y mi habitación presentaba discretas señales de un registro.

Cerca de las tres de la tarde llegué a casa de Caíta. La escalera estaba tan sucia como la primera vez que ascendí por ella. Me planté en la puerta y llamé varias veces con los nudillos. No hubo respuesta. Eché un vistazo alrededor; en el pasillo había otras dos puertas: una al frente y otra contigua, pero los moradores de esos apartamentos tampoco se interesaron por mi llamada. Entonces probé mi primera llave maestra. No dio resultado. Probé la

segunda. De la escalera llegó el rumor de suaves pisadas. Guardé el manojito de llaves y repetí la llamada.

—¿Qué quiere? ¿Qué busca?

Me volví, moderadamente sorprendido. La voz de la vieja era estridente como una sierra en madera seca. Traía una llave en la mano y bajo el brazo sujetaba un bulto de ropas sucias.

—Caíta se fue..., voló. —Los pocos dientes que aún permanecían en su boca estaban manchados de un gris terroso—. Y no me pregunte adonde fue. Ni lo sé, ni me importa.

Con la mano libre abrió la puerta contigua y sin volverse me la tiró en las narices. Yo volví a mi tarea.

La pulcritud de la pequeña sala de Caíta contrastaba con el abandono general del edificio. Todas las cosas estaban en su sitio. El orden que reinaba allí indicaba la influencia de su profesión sobre sus hábitos. Sólo el pasquín, a medio cuerpo, del sonriente senador Ramírez parecía, desentonar en la pared de la acogedora salita. Pacientemente revisé mueble por mueble. No hallé nada que me llamara la atención. Luego pasé al cuarto. En el escaparate había poca ropa. La zapatera estaba vacía.

Debajo de la cama sólo había un par de pantuflas. Encima de una mesita de noche había un paquete de pequeños pasquines: allí también el senador aparecía con su «franca sonrisa». No había duda en cuanto a cuál era el candidato de Caíta.

Volví a la salita, me senté y encendí un cigarro para reflexionar un rato. Súbitamente me puse de pie. Salí al pasillo y cerré. Podía apostarse, sin temor a perder, que el senador había pagado la fianza a Caíta.

20

La casa de campo del senador

Tan pronto tomé la Carretera Central comenzó a llover. Detrás quedaba La Habana con sus moles de acero y concreto, sus ruidos, su hollín y, en lo hondo, sus penas y miserias.

Mi auto tragaba kilómetros. Con la misma brusquedad que había comenzado, la lluvia cesó media hora después. En ese momento ya el gris pueblecito de Caimito, situado al borde de la carretera, era un punto del que me alejaba a razón de ochenta kilómetros por hora. Conforme me acercaba al distrito donde el senador tenía su feudo, su propaganda electoral iba en aumento. Su sonriente pasquín aparecía en los lugares más visibles: árboles, muros derruidos, vallas anunciadoras...

Atravesé el pueblo por su calle principal; todo estaba sucio, todo era pobre. La casa de Caíta se hallaba situada, según me informaron, hacia el final de una callejuela polvorienta. Era una armazón de maderas y tejas que un milagro de equilibrio mantenía en pie; y, en la fachada, el pasquín del senador: «¿Quieres calle, alcantarillado y escuela? Vota para senador...» Inmediatamente debajo, el retrato de rostro sonriente. Al pie del retrato: «Gregorio P. Ramírez.» Me planté en la puerta y di dos aldabonazos. Salió una vieja. Le pregunté por Caíta, pero no tuvo tiempo de contestarme. El servicio del senador era eficiente y rápido. A mis espaldas, su secuaz Tomás tocó dos veces el claxon de su *limousine*. «El senador quiere verlo», gritó. La vieja me tiró la puerta en la cara. Me volví y entré en el auto, flanqueado por dos matones.

Un kilómetro más allá de la salida del pueblo, Tomás enderezó la *limousine* por un sendero pavimentado, bordeado de altas palmas. En la puerta había una pareja de rurales. Donde el sendero concluía, se elevaba la casa de campo del senador.

Su construcción era reciente, pero estaba hecha en el estilo de la última mitad del siglo XIX. Lo mismo en la ciudad que en el campo, el senador vivía bien.

Atravesamos varias piezas y luego un pasillo para salir a una especie de terraza, muy concurrida, que daba al norte.

Los amigos del senador disfrutaban el solaz de un día campestre. Algunos jugaban billar en una mesa grande, forrada de terciopelo; otros fumaban habanos y discutían de política; los más rodeaban al prohombre como un enjambre de moscas a un panal de miel.

Al vernos, el senador fulminó a Tomás con la mirada, mientras le hacía una seña imperceptible. Supuse que por ello nos desviamos hacia una puerta que había a nuestra izquierda. Era un despacho grande y acogedor con sillones de cuero y un gran escritorio en una esquina. Le eché un vistazo a todo. La habitación estaba cargada de ese lujo superfluo a que el senador Ramírez parecía ser tan adicto. Destapé una caja de habanos, tomé uno y lo encendí. Luego me dejé caer en un sillón. Tomás me dejó hacer. Desde nuestro último encuentro en la mansión, se le habían bajado bastante los humos.

El senador entró seguido de nuestro amiguito, el agente de publicidad.

—Voy a ser breve, Ares —dijo sin ningún preámbulo. Se recostó en el escritorio y apoyó las manos en el borde. Yo expulsé lentamente el humo azulado del habano—. Hasta hoy he sido tolerante —continuó—; quizás no debí serlo. ¡Usted ha olvidado que en cualquier momento puedo hacerlo polvo! —enfaticó sus palabras con un gesto terminante de la mano derecha. Su ceño fruncido y sus ojitos llameantes hacían parecer casi chistosa su figura regordeta. El senador no reía... ni siquiera sonreía. Y parecía convencido de su poder para hacerme añicos con un simple gesto de su mano.

Se volvió en la mesa, cogió un tabaco y lo encendió después de arrancarle la perilla de una mordida. Luego rodeó la mesa y se dejó caer en el sillón. El agente de publicidad hizo lo mismo en un butacón próximo a él. Sólo Tomás continuó de pie. Yo permanecí callado, en espera de que el senador continuara. El tabaco parecía haberlo relajado. Sus facciones se suavizaron y atenuó la dureza de su mirada.

—Sin embargo —dijo levantando el índice—, todavía estoy en el plano de parlamentar con usted. Sólo que no permitiré ningún escándalo, Ares. Eso es cosa resuelta.

Le dio otra chupada al tabaco.

—Quizás —intervino el agente de publicidad— pudiéramos llegar a un entendimiento, si el señor Ares nos dice a qué obedece su interés en hablar con Caíta.

—La razón es muy simple, hijo. Me pagan por eso.

—¿Quién le paga? —inquirió el senador.

—La familia Rameral.

—¡Ah, vaya! De modo que me cobra la gabela a mí... y también a la familia Rameral. ¡Usted es un bandido, Ares!

Yo asentí como quien acepta un elogio.

—¿Y para qué quiere verla? —intervino de nuevo el muchacho—. Todo lo que ella sabe del asunto, ya se lo dijo a la policía.

—¿Tú crees, hijo mío? Y entonces, ¿por qué temen que hable con ella?

—¿Quién dice que nosotros tememos algo?

—Yo lo digo.

El muchacho se volvió hacia el senador con un gesto de impaciencia. Éste miró a Tomás.

—Espere afuera —dijo y desvió hacia mí su semblante fruncido—. No podemos seguir así toda la tarde, Ares. Es mejor que hablemos claro. Usted tiene razón —confesó—, yo tengo un temor, aunque no es lo que usted se imagina: yo no maté a Susana. Pero las elecciones se me vienen encima y mi situación es precaria. Sencillamente, no puedo permitirme el lujo de verme envuelto en ese escándalo. Por eso Caíta mintió, porque yo se lo pedí. Ella..., toda su familia se considera obligada a mí por pequeños favores que les he prestado. —Yo pensé en la destartalada casa que había visto hacía poco y calculé cuán pequeños debieron ser esos favores. El senador prosiguió—: Caíta mintió a sabiendas, pero ella misma podía servirme de coartada, ya que juntos abandonamos la casa de Susana muy cerca de las siete y media. Sin embargo, declarar eso significaba involucrarme en el escándalo, y en deferencia a mí, ella permaneció callada.

Yo reflexioné.

—Si ustedes salieron juntos cerca de las siete y media, fueron los últimos en ver con vida a Susana. ¿Por qué Caíta afirma que fue Rameral quien abandonó la casa a las siete?

El senador se mantuvo varios segundos meditativo; luego dio un manotazo sobre el timbre. Tomás penetró bruscamente con la mano bajo la axila. Yo sonreí.

—Dile a Caíta que venga —ordenó el senador. Después se dirigió a mí—: Ella misma se lo explicará.

Minutos más tarde Caíta penetró en la estancia. Reprimió el asombro que le causó verme y avanzó resueltamente hacia el escritorio, preguntando:

—¿Qué desea, senador?

Él la envolvió en una mirada dulce, casi paternal.

—Siéntate, Caíta —dijo.

La mujer eligió el asiento próximo a la mesa e inmediata al agente de publicidad. Se sentó con cuidado, como si temiera estrujar su uniforme recién planchado. Estaba pulcramente vestida y su rostro reflejaba reprimida ansiedad mientras esperaba que el senador le explicara el motivo de su llamada.

En el rostro del senador se había concentrado toda la dulzura que reclamaba una foto de pasquín.

—Caíta, quiero que le digas al señor Ares todo lo que sepas en relación con la muerte de Susana.

Caíta lo miró, aparentemente sin comprender. Sus labios se movieron, pero no emitieron ningún sonido. Finalmente, interrogó al senador con una mirada intensa.

—Olvídese de lo que le dije antes. Olvídese de su juramento. Ahora quiero que hable —insistió el senador.

La mujer se movió ligeramente en su asiento, siempre cuidando los pliegues de su vestido recién planchado.

—¿Qué desea saber, caballero?

—Todo lo que ocurrió aquella noche —dije—. También trate de recordar si hubo con anterioridad algún incidente que pudiera estar relacionado con el asesinato de su patrona.

Caíta volvió a buscar la aprobación del senador; éste hizo un gesto de asentimiento.

—A las cinco de la tarde llegó el señor Rameral —dijo, y se llevó dos dedos a los labios reflexivamente—. Él no visitaba a la señora Susana con frecuencia, pero siempre que iba lo hacía a las cinco e invariablemente se retiraba cerca de las siete. Ese día se fue a las seis y media.

—Seguramente Susana le pidió que se fuera a esa hora —opinó el senador—. Yo la llamé y le dije que iría a visitarla para tratar sobre el asunto de su última carta. Ella me rogó que fuera después de las siete porque estaba ocupada. Naturalmente, supuse a qué ocupación aludía y esperé, conforme a sus deseos.

—¿Qué ocurrió después? —inquirí.

—A las siete, llegó el senador.

—Usted hace referencias a horas exactas. ¿A qué se debe eso? ¿Miraba al reloj cada vez que Susana tenía un visitante?

La mujer sonrió levemente.

—No siempre —explicó—, pero sólo tengo un día libre en la semana y, cuando el senador llegó, era hora de irme, y no pude hacerlo.

—¿Por qué?

—Por mi causa —intervino el senador—. Yo le rogué que me esperara. Tenía que tratar con ella algo relacionado con la propaganda de mi candidatura en el barrio donde ella vive.

Miré a Caíta.

—Muy bien —dije—. Se fue Rameral y llegó el senador. ¿Qué pasó después?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—No, al poco rato el senador salió y me llevó en auto hasta mi casa.

Yo solté un bufido.

—Vamos por partes, mi vieja —murmuré—. El senador y Susana estaban en la alcoba...

—Sí —murmuró ella—. Discutían.

—¿En voz alta?

Ella volvió a mirar al senador.

—Sí —respondió tras breve vacilación.

—Después el senador salió solo y Susana permaneció en la alcoba.

Ella asintió con la cabeza. El senador iba a interrumpir.

—Bien..., bien...; no fue mi intención hacer de fiscal. Quise saber si salieron juntos. Poco importa de qué lugar. ¿Pero no resulta un poco raro que usted fuera a protestar por la extorsión de que era objeto y discutieran ese asunto en la alcoba, senador?

—Pese a lo extraño que pueda parecer, así fue. Había que conocer a Susana para comprenderlo. Su intención era que yo volviera mansamente al redil... ¡Incluso me recibió desnuda!

—A Susana —dije— la mató alguien que tenía con ella relaciones íntimas... Es más, todo allí daba la impresión de que ella hubiera estado esperando a esa persona... ¿Usted le conocía otro amante?

—Tenía varios. Pero en la casa la visitaban pocos: Rameral, Padua, Butler; un coronel del ejército, de apellido Salinas, que no volvió desde que lo trasladaron para Oriente, y Segundo Vertientes, el banquero de bolita.

—¿El senador la dejó a usted en su casa y se fue?

—No; visitamos a varias vecinas mías que querían conocerlo.

—¿A qué hora terminaron esas visitas?

—Eran más de las nueve.

—¿Durante todo ese tiempo usted y el senador permanecieron juntos?

—Sí.

—¿Por qué le mintió a la policía sobre la hora en que Rameral dejó la casa de Susana?

—Estaba confusa.

Yo enarqué las cejas y sonreí.

—Es extraño, usted no parece confundirse fácilmente.

—Pues lo estaba —afirmó rotundamente—. La policía me volvía loca con sus preguntas y no sabía qué decirle. El senador me había pedido que no lo mencionara, porque eso podía perjudicarlo en su carrera política. La policía quería saber quiénes habían visitado la casa y sólo el señor Rameral estuvo allí además del senador. ¿Por qué no pudo ser el asesino de la señora? Quizás se escondió y regresó después de salir nosotros. Si no, ¿por qué me regaló doscientos pesos para que no dijera que lo había visto en la casa?

—Tal vez tenía la misma razón que el senador: le temía al escándalo.

—Eso dijo él.

—Y como no era senador, usted no lo creyó.

—Ares...

—Sí, ya sé, senador, ya sé. Gracias, Caíta, eso es todo.

Ella buscó la aprobación del senador antes de ponerse de pie. Después abandonó la habitación.

—¿Conforme, Ares?

—No. A propósito, ¿por qué trabaja aquí?

—Yo fui quien se la recomendó a Susana cuando me pidió a alguien de confianza. Al quedarse sin trabajo, la traje conmigo. Es una mujer muy valiosa.

—Usted tiene buenas razones para afirmarlo. Para ser sirvienta, es bastante avispada. Creo que es hora de que me retire.

El senador tocó el timbre. Además de Tomás, en la puerta aparecieron los tipejos que nos acompañaban en la máquina.

—De aquí no podrá salir hasta que conozcamos sus propósitos, Ares. Como le dije, no puedo permitir que mi nombre se vea envuelto en ese escandaloso asesinato. No tengo el propósito de violentarlo..., a menos que me deje usted sin otra alternativa.

Yo me senté y me crucé de brazos.

—No le aconsejo que lo haga —dije.

Los ojos del senador se achicaron y sus palabras salieron tensas.

—Entonces no me obligue, Ares. ¿Qué le importa a usted Susana?... ¡Nada! Y supongo que siendo dinero legítimo, tampoco le importe la mano que se lo entregue. Hagamos entonces un trato. Usted busca al asesino. A mí eso me importa un bledo... siempre que no mezcle mi nombre en ello. Tome, aquí tiene.

Eran cinco billetes de a cien. Me los eché al bolsillo.

—Usted parece olvidar —dije— que la prensa ya ha hecho algún comentario que lo alude.

—Ya nos hemos ocupado de eso —contestó mostrando cínicamente sus dientes.

—Claro —murmuré—, aquí todo está en venta. —Reprimí un soplido—. Que me devuelvan el arma. Me voy.

—Y... ¿Cuento con su palabra?

—Si usted no la mató, cuente con ella; pero sepa que yo no trafico con cadáveres.

El senador se frotó las manos.

—Dale su pistola —ordenó.

Tomás me entregó la luger y yo le revisé la carga.

—Necesito que me lleve al pueblo. Allí dejé mi auto.

—Su auto está afuera —rectificó Tomás.

—Excelente servicio —dije—, excelente servicio...

Intenté salir por la puerta principal, pero el senador me señaló otra.

—Por allí, Ares, por favor.

Pasamos a la pieza contigua. Era una biblioteca. Delante iba Tomás, detrás los tipejos de cara hosca. De allí pasamos a un pasillo, luego al recibidor que daba al frente de la casa.

En el portón de acceso a la carretera frené el carro. A cada lado había un rural cuidando las posesiones del señor senador. Uno de ellos se acercó solícito; probablemente me confundió con uno de los figurones que visitaban la casa.

—¿El señor desea algo? —inquirió.

Permanecí varios segundos reflexivo; quise dar la impresión de inseguridad que exigía mi pregunta.

—¿Vio salir a la señorita Ramírez?

—El señor está equivocado —dijo—, la señorita Ramírez no ha venido hoy.

Eso es todo lo que deseaba saber. «Gracias», murmuré, y pisé el acelerador.

Una hora más tarde me estacioné a un costado de la mansión que el senador tenía en la Quinta Avenida. Una joven uniformada me rogó que esperara en la espaciosa sala mientras ella iba por la señorita.

Unos minutos después la voz de Glenda sonó jovialmente:

—¡Oh, Ares! —Su atuendo sencillo hacía resaltar los encantos de su cuerpo.

Me puse de pie y le devolví la sonrisa.

—¿Qué perverso motivo lo ha traído por aquí? —En su boca apareció un cómico mohín.

—¿Tiene que ser perverso? —exclamé.

—No lo sé. ¡Es que tiene usted una reputación...! Siéntese.

Tomé asiento frente a ella y sonreí.

—Juzgue por sí misma: vine porque sólo en este lugar puede contemplarse a la muchacha más encantadora de La Habana.

—¡Ah, no es perverso, es maligno!

—Buen calificativo.

—El que corresponde a un mentiroso. Sus ojos lo delatan. Está impaciente por conocer el resultado de mi investigación.

—Perdón, olvidaba que usted estudia Psicología... o algo así. Espero que no haya tenido tropiezos.

—Ninguno —respondió enfáticamente—. Su historia es cierta —susurró en tono de confidencia—. Salvo un detalle que no pude confirmar, todo lo demás es rigurosamente cierto. Claro, si es cierto o no que Padua le dio a Susana el dinero para la subasta, no lo sé. Pero es verdad que lo compró en Francia como regalo de bodas, y también que su esposa lo donó a la iglesia. El padre Ismael, uno de los organizadores de la subasta, me lo aseguró rotundamente.

—¿Qué quiere usted decir con eso de «un detalle no confirmado»? ¿De qué se trata?

—Ninguna de las personas con las que hablé cree que el cuadro sea falso.

—Entonces, ¿puedo aceptar la historia como buena?

—¡Yo la acepto!

—Gracias, me ha prestado usted un gran servicio.

Ella me acompañó hasta la puerta. Allí no pudo contener la pregunta que rondaba su mente.

—Ares, usted no robó el cuadro, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —exclamé—, ¿acaso tengo cara de ladrón?

Ella suspiró ruidosamente.

—*Maligno* es un calificativo suave —dijo sonriendo.

Para comprobar la coartada del senador, me dirigí de nuevo al barrio de Caíta. Hable con infinidad de vecinos. Todos confirmaron sus declaraciones: aproximadamente a la hora en que mataron a Susana, el senador hablaba con ellos sobre la conveniencia de votar por él en las próximas elecciones. Por lo visto, había que tachar al senador de la lista de los sospechosos.

21

¿Los billetes?

Cerca de las diez de la noche llegué a la oficina. El teléfono sonaba. Levanté el auricular y me lo llevé al oído. «Si no abandona el caso de Susana, es usted hombre muerto; el plazo vence mañana.» Era una voz ronca, probablemente desfigurada por el clásico pañuelo. Coloqué el auricular y me arrellané pensativo. Bruscamente, el estampido de un arma de fuego interrumpió el hilo de mis pensamientos. Debió ser hecho con un arma potente, porque el estruendo retumbó en mi despacho con la intensidad de un cañonazo. Tras un momento de desconcierto traté de localizar su procedencia. Entonces otros dos disparos sonaron casi simultáneamente. Provenían del pasillo. Esgrimí la luger y salí al saloncito de espera en el preciso instante en que las hojas de resorte se abrieron violentamente. Era Vertientes; jadeaba ruidosamente. Con los ojos desorbitados intentó decir algo. Su rostro se tomó blanco como la tabla rasa a que se aferraba y un borbotón de sangre ahogó sus palabras. Luego, con pavorosa mirada, se desplomó bruscamente sobre el piso del saloncito.

Salté sobre su cuerpo y miré por debajo de la hoja. No vi a nadie. El iluminado corredor estaba desierto y silencioso, pero la señal luminosa del elevador me indicó lo que había pasado. El asesino huía, y rápidamente me lancé tras él.

Salvando la escalera de trecho en trecho llegué jadeando a la planta baja. El elevador no estaba allí. Había continuado hacia el sótano. Comprendí enseguida las intenciones del asesino; salir por la puerta principal era peligroso, de modo que había seguido el camino utilizado por mí la noche que traté de sorprender al enano que vigilaba mi oficina. Pensé rápidamente: las probabilidades estaban en contra mía, pero valía la pena intentar cerrarle el paso a la salida del edificio colindante. Todavía empuñando la pistola, gané corriendo la acera del Atlantic. Los transeúntes me miraban asombrados, pero

no presté atención a eso. A todo lo que daban mis pies, torcí en dirección al cementerio. Ya era tarde. Un hombrecito de ridículas piernas acababa de atropellar a una mujer que caminaba por la acera; sin preocuparse por ella, continuó su precipitada fuga hacia el automóvil que tenía parqueado en la calle 25. Cuando llegué allí era inútil continuar persiguiéndolo.

Volví a la oficina y observé detenidamente a Vertientes. Yacía en el centro de la habitación vuelto hacia el cielo raso. Eran muchas muertes las que yo había visto para requerir un certificado médico. Pero, pese a la emoción del momento y a mí precipitada carrera detrás del enano, estaba seguro de que había cambiado de posición en el piso. Si lo hubiera atendido enseguida, quizás...

Lo que vi en aquel momento desbocó mi pulso. En una mano Vertientes empuñaba una estilográfica. Aquello sólo podía significar una cosa. Con su último hálito de vida, intentó escribir lo que había venido a decirme. Miré el otro puño y estaba fuertemente apretado. En sus miembros comenzaba a aparecer la rigidez precursora del *rigor mortis*.

Le abrí el puño y saqué el papelito que estrujaba en él. Pero no pude leerlo. Fuertes pisadas resonaron en el corredor y sólo tuve tiempo para escamotear el papel. Antes de incorporarme, los resortes de la puerta de hojas rechinaron y, en el umbral, apareció un agente.

Treinta minutos más tarde llegó Gastón. Una sonrisa burlona se esparcía por su cara llena de baches. Sus ojos oscilaron varias veces de mí a Vertientes. Luego penetró en la estancia, seguido por el indefectible sargento González. Ambos se inclinaron sobre el muerto. Ninguno dijo nada. En la habitación sólo se oía el crujido del muelle, provocado por la vibración de las hojas de la puerta.

Gastón examinó el cuerpo con frialdad profesional. Sacó los documentos de Vertientes y, al parecer, no quedó satisfecho. Palpó con la yema de los dedos la fina muselina del saco de la víctima e hizo una mueca. Entonces levantó la vista e inquirió con el ceño adusto:

—¿Quién es?

Aquello movía a risa. Un teniente de la policía fingiendo que no conocía al más notorio banquero de bolita.

—¿No lo conoce? —contesté con sorna—. Es Vertientes, el banquero de bolita.

Él comprendió la intención oculta en mi pregunta. Sonreí a pesar de su amenazante mirada.

Era de todos conocido que existía una supuesta prohibición al juego. Pero eso a ellos les importaba un bledo. Todos, o casi todos, recibían una tajada, de acuerdo con la importancia de su jerarquía. Nadie se quedaba sin «bailar», el juego daba para todos.

Después de fulminarme con la vista, volvió a concentrar su atención en el muerto. Lo volteó. Una nueva mueca apareció en su cara. Vertientes tenía tres lindas perforaciones en la espalda.

—Buen trabajo, Ares —anunció sonriendo. Levantó la cabeza y miró a su subalterno—. ¡Eh, González!, ¿qué le parece? Bonito trabajo, ¿verdad?

—En efecto —admitió el aludido—. Creo que esta vez el señor Ares tendrá bastantes cosas que explicarnos.

—Sí, me parece que sí —confirmó Gastón, mirándome inquisitivamente—. Pero es mejor que pasemos adentro, ¿no cree, Ares?

Me encogí de hombros. Aquellos polizontes estaban equivocados y ellos lo sabían. Pero quizás me tomaban por cándido o algo peor aún. Después de encogerme de hombros les lancé una risotada en el rostro.

—Como ustedes quieran —dije. Les abrí la puerta y les franqueé la entrada.

Gastón entró y ocupó una butaca próxima a la mesa. González lo imitó. Yo me dejé caer en el sillón y aguardé. Ellos me miraron. Encendí un cigarro y seguí esperando.

—Estamos impacientes por oír su historia, Ares —farfulló Gastón sin dejar de acribillarme con los ojos—. ¿No pensará que vamos a pasarnos toda la noche en su oficina, eh?

—¡Dios mío! —exclamé con fastidio—. ¿De veras creen que yo maté al tipo este? —Saqué mi pistola y se la entregué—. ¿Tiene trazas de haber sido disparada recientemente —Gastón olió el cañón de la luger y la tiró sobre la mesa.

—Eso no quiere decir nada —murmuró—; pudo usar otra arma.

—¡Claro que pude! —admití—, pero no lo hice. Revuelvan la oficina si les place. Encontrarán otras armas. Pero ninguna ha sido disparada.

—Después de todo, ¿qué significa ese muerto en su puerta, Ares? —preguntó González.

—Era uno de los amantes de Susana —expliqué—. Cuando me cargaron aquel muertecito, lo interrogué; pero tenía una buena coartada. Ya me había olvidado de él y de pronto lo vi en la puerta como una criba. Al parecer, quería decirme algo, pero no llegó a hablar. Perseguí a su asesino hasta la calle 25 y allí se me escabulló. Había un carro esperándolo.

González hizo una mueca dubitativa.

—¿Qué aspecto tenía el asesino? —inquirió—. Supongo que podrá describirlo...

—No pude verle la cara —repuse—. Era un hombre pequeño, casi un enano.

—Usted habló de una coartada —intervino Gastón—. ¿En qué consistía?

—Vertientes se hallaba en México el día del asesinato de Susana.

Gastón, reflexivamente, se echó el sombrero hacia atrás con el índice. Luego descolgó el auricular, llamó a la jefatura y con tono autoritario ordenó que localizaran al forense y al juez. Dio mi dirección y colgó.

—Bueno, Ares —dijo—, coja su sombrero, que nos daremos una vuelta por el precinto.

Ya me había fastidiado bastante y estuve a punto de mandarlo al infierno. Pero me contuve. Le eché mano a mi sombrero y salí detrás de él. González se quedó en la habitación contemplando las anillas de humo que formaba su cigarro.

En el precinto, Gastón no perdió tiempo conmigo. Me llevaron al laboratorio y trataron de hallar residuos nitrados en mis manos. Esa noche dormí en un incómodo camastro por cuenta del Estado. A la mañana siguiente me dejaron libre sin mucha ceremonia.

Sentado en mi oficina, al mediodía, comprendí que tenía un nuevo motivo para estar preocupado. En la nota de Vertientes sólo había tres palabras garabateadas: «Los billetes, Ares.» Me exprimí el cerebro, pero aquello no me decía absolutamente nada. «Nada, todo se reduce a nada», murmuré

recordando al doctor Fausto en su búsqueda de la verdad. Hice una bolita con el papel y la tiré al cesto de la basura.

22

Lu-mei enseña sus cartas

A las cuatro estacioné el carro en la calle 12. En el elevador, el muchacho me entregó un radiograma. Lo abrí y le eché una ojeada. Era de Wesson and Duggan, los detectives de San Francisco.

*«Júglar Ares
»detective privado,
»Edificio Atlantic, calle 12 y avenida 23,
»Habana, Cuba.*

»Existencia los Long comprobada, Sociedad Benéfica ayuda mutua entre orientales. Prevéngase contra estafa. Urna sagrada un mito. Saludos.

*»Wesson and Duggan
»Detectives Privados.»*

Subí a la oficina. En un diván del saloncito se hallaba Lu-mei. Al verme, sus ojos negros y rasgados relampaguearon de alegría. Su vestido, como siempre, era floreado, sedoso y muy ceñido al cuerpo.

Se puso de pie, titubeó un segundo y luego vino hacia mí con la mano extendida. «Hace rato que lo espero», murmuró en su jerga chino-americana. Le tomé la mano y sonreí.

—Siento haberla hecho esperar —respondí y abrí la puerta—. Debió avisar que venía.

—Usted sabe que no puedo hacerlo —se quejó—. Sólo salgo cuando él me lo permite.

Cerré la puerta e intenté rodearla con mis brazos.

—¡Por favor! —dijo fría, pero cortésmente—. Eso no. Ahora no. —Se dirigió al canapé y yo la seguí.

—Perdón —me excusé—, olvidaba que usted le pertenece a Butler. Aunque no sé qué demonios significa eso. ¿La compró acaso?

—No —respondió sonriendo—, le estoy obligada por juramento. Pero no intente comprenderlo. Nuestra sociedad me entregó a él en calidad de sierva. Y, por lo menos, eso aparento ser. Es una vieja costumbre entre nosotros — aclaró volviendo a sonreír con tristeza—. ¡Las tradiciones no envejecen!

—Ya oí hablar de esa sociedad —murmuré sentándome a su lado—. Los Long, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

—El señor Butler le habló de ella, supongo.

—Sí, algo dijo. Por supuesto, Butler se guardó muy bien la parte que le convino. —La miré a los ojos y ella parpadeó varias veces—. Lo que me contó parecía un cuento chino para entretener bebitos... Quizás usted quiera ampliarlo.

Se irguió en el canapé aparentemente ofendida y, por un instante, me miró retadoramente. Luego su expresión se tornó más suave.

—No me gusta su tono, Ares —reprochó—. Yo... yo he venido a disculparme, y usted hace más difícil mi tarea.

—¿Disculparse? ¿Por haber registrado mi apartamento?

Ella hizo un ademán afirmativo.

—Él me obligó.

—¿Es esa una manera de disculparse?

—Yo... quiero decir... ¡Por favor, Ares! ¿Qué quiere usted que diga?

—La verdad. Usted registró mi habitación por cuenta y riesgo.

—¡Oh, Dios mío! —sus ojos se agrandaron simulando asombro. Parecían dos cuentas de jade jaspeado y chispeante—. ¿Cómo puede decir eso?

Me acerqué a ella y la atraje violentamente hacia mi cuerpo. Ella cedió sin resistencia. Su seno palpitó sobre mi pecho y sus labios húmedos se entreabrieron. Luego las chispas de sus ojos se convirtieron en llamas de deseo. Con la misma violencia que la atraje, la separé de mí.

—Así no iremos a ninguna parte, preciosa. Mejor hablemos del cuento chino.

Suspiró con un gesto de fatiga.

—¿Es usted siempre tan irritante?

—No; sólo cuando quiero oír un cuento chino —insistí.

Volvió a suspirar y una leve sonrisa se esfumó en su rostro.

—Pero... ¿y él? —balbució—. Si le cuento la verdad, estoy traicionando la fidelidad que le debo.

—¡Bah! ¡No sea tan considerada! Además, ya él sospecha que lo traicionó; estoy seguro.

—¿Que sospecha de mí? —Ahora su asombro fue auténtico—. Bien, no lo niego, últimamente se porta de un modo raro. Pero usted, ¿por qué está tan seguro de que yo lo traicioné?

—No fue difícil llegar a esa conclusión —dije encogiéndome de hombros—. Supuse que son pocas las personas en las que Butler confía... o confiaba. Una de ellas le reveló o le dejó entrever al Cinqueño el verdadero valor de la urna sagrada... Esto es si Butler no me engañó y verdaderamente tiene el valor que le atribuye.

Ella me interrumpió y dijo enfáticamente: «Lo tiene.» Yo continué:

—Chin-li, o mejor dicho, Wong-li, me parece un incondicional, y es difícil que un tipo como Butler llegue a confiar sus secretos a más de dos personas. Incluso eso me parece excesivo. No siendo Wong-li, deduje en consecuencia que la traidora era usted —concluí sonriendo ingenuamente.

Se acercó a mí de nuevo y me miró de hito en hito. Sus ojos irradiaban destellos maléficos. Pegó sus labios a los míos brutalmente, luego se retiró y comenzó a mirarme de soslayo.

—No lo hice con el propósito de influir en... en su ánimo —murmuró—. Sólo seguí el impulso de mis deseos. Pero quiero hacerle una proposición... Es negocio, simple negocio.

Me pasé el dorso de la mano por los labios.

—Ya eliminé la influencia —dije—; veamos ahora el negocio.

Se mordió el labio pensativa. Después susurró.

—Deme un cigarro, por favor.

Le puse un premier en la boca y encendí un fósforo. Ella exhaló el humo reflexivamente, evitando mi mirada. Al fin dijo:

—Ante todo, quiero que sepa que la urna vale mucho dinero. Quizás mucho más de lo que haya confesado el señor Butler... ¿Cuánto le dijo que valía?

—Cien mil —respondí sin vacilar—. Claro, aparte de su valor como reliquia histórica..., aunque esto último poco importa si el comprador es la sociedad de ustedes.

—¿Cien mil? ¿Eso le dijo? —sonrió—. Nuestra sociedad dará medio millón al que la entregue intacta, Ares.

Intenté sonreír, pero sólo logré exhibir una mueca escéptica.

—¿No me cree?

—Cuesta trabajo —confesé—. Es muy fácil ofrecer, y medio millón es un montón de dinero.

—¿Entonces no me cree? —repitió.

—Sí, sí. Yo soy muy crédulo. Pero, por ejemplo, ¿qué pensaría si yo alego poseer la urna y me presento a cobrar la recompensa? En ese momento ya no es una simple oferta, es medio millón de dólares. ¿Existe alguna forma legal de exigirlos?

—Por supuesto que no, los Long es una sociedad secreta proscrita en Estados Unidos. Pero puede desechar sus temores; ellos tienen reglas inflexibles, no violarían su promesa..., salvo en el caso de que la persona que entregue la urna esté implicada en su robo... como sucede con el señor Butler.

Esa afirmación no me sorprendió. Hacía un buen rato que yo sospechaba lo mismo. Me recliné en el asiento y encendí un cigarro.

—Cuénteme eso —dije sin mirarla.

—Por lo que he podido captar —explicó—, ya tiene usted una noción sobre el origen de la urna y las peripecias para introducirla en Norteamérica. Obviaré eso. Además, lo importante es lo siguiente. Butler esconde detrás de su máscara de indiferencia a un rabioso coleccionista. No pudo resistir la tentación de apoderarse de la reliquia, aun sabiendo los trastornos que ésta podía causarle. Posteriormente, y con el objeto de alejar la sospecha de él, fue el ponente de la idea que establecía «la cuota sagrada del rescate», como se le llamó a la cantidad que debía pagar cada nuevo iniciado. Al principio, estas cantidades se emplearon para pagar emisarios secretos que revolvieron el mundo tratando de hallar la urna. Como esto no dio resultado, paulatinamente el número de emisarios fue disminuyendo y el dinero acumulándose en las

arcas de la sociedad, hasta alcanzar la cifra fabulosa de medio millón de dólares.

Lu-mei se detuvo y yo me acomodé en el asiento.

—Me parece que lo aburro —se quejó.

—Al contrario, preciosa, continúa —dije estrujando la colilla con el pie.

—Aunque el robo fue bien planeado —siguió ella—, algunos detalles menores señalaban al señor Butler, pero sobre la base de una simple sospecha no se podía acusar a un miembro de la sociedad. Sobre todo, a un miembro de la categoría del señor Butler, que formaba parte del Alto Consejo. El tiempo trascurrió. El señor Butler me adquirió a mí en condición de sierva, pues los Long siguen practicando, aunque muy ocultamente, esta milenaria costumbre.

—Pero... ¿y la ley? —pregunté asombrado.

—¿Qué ley?

—La que vigila esas cosas. Siempre habrá quien se rebele.

Ella sonrió amargamente.

—Para algunas cosas ustedes los occidentales son sumamente ingenuos. Todos los miembros de la sociedad son personas honorables, ricas, influyentes. Se casan, hacen vida normal y corriente, y además tienen una o más siervas. Las compran; luego las alimentan, las visten, las educan (para que sepan hacerle agradables las horas de ocio) y, en algunos casos, como en el mío, pueden llegar a conquistar al amo y a casarse con él... Entonces, los prejuicios desaparecen. Y la sierva pasa a ser un miembro más de la honorable sociedad de los Long.

La observé. Los gránulos de sus ojos jaspeados ofrecían un espectáculo tentador. Me puse de pie y fui hasta mi mesa. Simulé arreglar unos papeles y seguí hasta la ventana. Ella siguió con la vista mi recorrido a través de la habitación.

—Es usted poco convincente, señora. La mujer que llama «señor» a su marido siempre lo es.

—Es un hábito de mi época de siervo.

—Bien, sospechaban de Butler, pero no podían probarle nada... ¿Cómo sigue eso?

—El señor Butler, es decir —rectificó— mi esposo, trajo la urna a Cuba, y como sabía el peligro que constituía tenerla consigo, se la vendió a Susana

como si fuera un objeto de mediano valor... quiero decir, por un precio no lo suficientemente alto para despertar su sospecha, ni tan bajo que provocara su indiferencia. Además, el derecho de propiedad que le extendió no es válido. En realidad es una hábil falsificación, actividad en la que mi honorable esposo es un artista consumado.

Me aproximé a ella y dejé vagar mi boca sobre su mejilla.

—¿Ya terminaste? —susurré.

Un leve estremecimiento recorrió su cuerpo. Se volvió. El jade jaspeado de sus ojos se hizo más sugestivo.

—¿No me crees?

—No, no te creo —murmuré, tuteándola también. Recorrí de nuevo sus mejillas con mis labios.

—¡Mírame! —un suave hálito envolvió la palabra—. ¿Me crees capaz de mentirte?

—¡Claro!

—Entonces, ¡adiós! Lo que vine a proponerte requiere un hombre que tenga confianza en mí. Tú no eres ese hombre.

Intentó incorporarse, pero yo la obligué a permanecer sentada.

—Escucha un cuento más convincente, preciosa. —Fui a la mesa y encendí un cigarro. Expulsé el humo con todas mis articulaciones—: Butler y tú sabían que Susana guardaba un objeto valioso dentro de la urna. ¿Qué era? Bueno, no importa. Algo cuyo valor compensaba los riesgos de robarlo. Pero, en el momento supremo, a Butler le faltaron arrestos para ello, y se agenció los servicios del Cinqueño. Aquí surgió un obstáculo. Butler no podía decirle sencillamente: en el cuarto de Susana hay una caja que tiene adentro tal cosa: ¡tráigamela! Resulta obvio lo que hubiera sucedido. ¿Cómo hacer creer que el valor de la urna no radicada en lo que hubiera adentro, sino en ella misma? Ahí surgió el asunto de los Long. La imaginación de Butler es portentosa. La fábula de los Long es digna de su genio, a mí me cautivó. Probablemente al Cinqueño también. ¿Y por qué no? Es una trama bien elaborada y perfectamente verosímil. —Volví a sentarme a su lado y acaricé su oído—. Mereces que te felicite. Butler y tú forman una excelente pareja.

—Formábamos.

—Sí, por supuesto. Olvidaba que ahora él sospecha de ti. Aunque no sé hasta dónde podría tratarse de una mascarada.

—¿Tan falsa me crees?

—Más —susurré.

Se irguió un poco en el asiento y suspiró profundamente. Su mirada, antes maliciosa, adquirió matices de burlona candidez.

—Eres un incrédulo incorregible —opinó, desviando la mirada, con inocente expresión, hacia los florones de su vestido. Durante un minuto permanecimos en silencio, yo contemplándola y ella siguiendo con la uña del índice el trazo de los florones. Sin levantar la vista inquirió—: ¿Qué te hace suponer que miento?

Extraje el cablegrama que había recibido y lo extendí ante sus ojos.

—Tienes razón —admitió sonriendo con desfachatez—. He repetido tantas veces esas mentiras que hasta yo estoy empezando a creerlas. Pero, por lo que he sabido de ti, no creo que eso te escandalice. No eres ningún asceta, ¿verdad?

—No, no lo soy —respondí—. Pero dime, ¿hay algo de cierto en esa patraña de los Long?

—Sí; algunos datos históricos... También, aunque él no me lo ha dicho, estoy segura de que Butler le robó algún objeto de culto a una institución a la que pertenecía. La cuota de rescate es pura invención suya.

—Dime francamente: ¿Butler es tu esposo o no?

—No. Me encontró en un bazar del Barrio Chino de San Francisco, me pintó un cuadro muy bello, y yo lo seguí. No porque creyera lo que dijo, sino porque estaba hastiada de aquello. Luego resultó ser un hedonista, que vive en una atmósfera de lujo que a mi me fascina. Por supuesto, no me sorprendió saber que fuera un bribón. Para mí, casi todos los hombres lo son. —Reclinó la cabeza y contempló extasiada el cielo raso—. Dame un cigarro, por favor.

Le coloqué uno en la boca y le di fuego con el encendedor. Exhaló el humo con deleite. Era la primera vez que la veía fumar.

—No te molesté, ¿verdad? Mi opinión sobre los hombres es pésima. Entre las excepciones no te incluyo a ti. Sin embargo, ustedes dos forman la síntesis del hombre al que yo aspiro. Tú eres temible, decidido, y sospecho

que te producen placer los riesgos que corres. Él es culto, refinado, pero sin duda un cobarde. Por su cobardía no está la reliquia en nuestro poder. Ni aun sabiendo que la peor de las ruinas para nosotros es vivir en la pobreza, fue capaz de asumir personalmente los riesgos de robarla. Le regué, le supliqué, le dije que enviar un tercero por la urna significaba complicar las cosas. Era un asunto sencillo, sabíamos dónde Susana la guardaba, era sólo cuestión de llegar y accionar el mecanismo secreto. Nosotros lo conocíamos bien, pues Susana había adquirido la urna en nuestro establecimiento. —Tiró el cigarro y se volvió hacia mí—. Era muy simple. ¿Verdad que tú no hubieras vacilado? Él sí. Intenté ir yo, pero tampoco me dejó. Es un cobarde sin remedio. ¡Es una lástima!

—Quizás más que cobarde sea prudente. Yo registré la urna antes que el Cinqueño y dentro no había más que cartas íntimas.

Ella volvió a reclinar la cabeza en el espaldar del asiento.

—Está ahí —susurró—. Yo vi a Susana guardarlo después que... que recibió la noticia. Sólo que tú accionaste el mecanismo hasta que liberó el primer resorte. Su única función es despistar... ¡Si hubieras seguido!

—Todo eso te lleva a la suposición de que el Cinqueño tiene el objeto y ni siquiera sabe que existe.

—Suposición no. Estoy segura de que es así. A menos que tú nos hayas engañado y lo tengas en tu poder. Pero esa posibilidad es tan remota que ni siquiera la considero.

—¿Por qué te parece tan remota? Tuve la urna en mis manos y di con la combinación.

—No, querido, tú no la tienes. Si la tuvieras ya habrías entrado en negociaciones con nosotros. Es imposible, sin matarnos, sacar un solo céntimo de ese «objeto». Media palabra de Butler o mía lo impediría.

—Bien, no lo tengo. ¿Y ahora qué?

—Yo creo poder conseguirlo. He sostenido varias entrevistas con Juan y parece tener cierta debilidad por mí —sonrió malignamente—. Pero no puedo depender de eso solamente; voy a necesitar el apoyo de un hombre fuerte y decidido. Ese hombre eres tú.

—No estés tan segura de eso.

—¿Acaso estoy delante de otro Butler? —inquirió agresivamente.

—Sosiégate, cariño. Tus cambios de personalidad te pierden. ¿Por qué no he de pensar que es a mí, y no al Cinqueño o a Butler, a quien tú quieres traicionar? ¿Cuál es la Lu-mei verdadera? ¿La tímida e indefensa criaturita que vi por primera vez en el despacho de Butler? ¿La taimada que visitó mi hotel? ¿O la que tranquilamente me propone ahora que despache al otro mundo al Cinqueño para quitarle algo que ni siquiera has tenido la confianza de decirme qué es?

—No te he dicho lo que hay dentro de la urna porque... entonces no necesitarías de mí.

—No hablemos más de eso, preciosa. Sin duda me has tomado por el tonto de capirote que soy porque acepto acompañarte. ¿Dónde está el Cinqueño?

—No lo sé. No pasa dos noches en el mismo lugar. Él es quien se comunica conmigo. —Se puso de pie—. Cuando lo haga, te avisaré. Debo irme, querido. Butler me dijo que saldría de la ciudad, pero quiero estar en casa a su regreso. Es necesario que disipe los recelos que siente últimamente. —Extendió la mano—. ¡Hasta pronto, querido!

Dejé el canapé para acompañarla hasta la puerta. Lo que vi a través de la ventana me obligó a darle un leve empujoncito. Ella me miró extrañada.

—¿Qué ocurre?

—Acabo de ver a Butler, linda.

23

El perfume de Lu-mei

Lu-mei ahogó en sus labios un grito de sorpresa.

—¿Es él? ¿Estás seguro de que es él?

—¡Tranquilízate! No creo que venga hacia aquí. Más bien parece estar espionando mi oficina.

Se mordió el labio; parecía seriamente preocupada.

—Supongo que habrás tomado tus precauciones al salir... —dije.

—Sí... sí, por supuesto. ¡Pero él es tan desconfiado! Me aseguró que saldría de la ciudad y que no regresaría hasta después de almuerzo. ¿Crees que me haya seguido?

—Es posible... Aunque quizás es a mí a quién vigila.

—¡Dios santo! ¿Y cómo saldré de aquí sin que me vea?

—Yo arreglaré eso a su debido tiempo. Y dime, sobre ese negocio que acabas de proponerme, ¿qué haremos al encontrarnos con el Cinqueño? Porque tú tienes un plan, ¿no es así?

—No... no, ¡por favor! Dejemos eso para otro día —se puso de pie y se dirigió en puntillas hacia la ventana—. Está allí todavía —exclamó con un ademán nervioso de su mano—. ¿No puedes sacarme de aquí sin... sin que él me vea?

—Naturalmente que puedo; pero he decidido no hacerlo hasta que me digas en qué consiste el negocio ese.

Ella se volvió hacia mí con expresión desamparada.

Pero, ¿es qué no comprendes mi situación? Si Butler me encuentra aquí, me matará. ¿No te das cuenta de eso?

Abandoné el sillón y fui hasta ella.

—¡Bah! —dije—. No es tan fiero como lo pintas. Además, no parece tener intenciones de subir. Todavía podemos conversar un buen rato.

Pero estaba equivocado. Cuando miré por la ventana, Butler atravesaba la calle en dirección al Atlantic. El pánico hizo presa de Lu-mei.

—¡Viene hacia acá! —chilló.

La tomé de la mano y la saqué al pasillo.

—Entra en ese servicio para damas —ordené— y espera allí hasta que te avise.

Obedeció con ojos espantados. Luego regresé a mi sillón y encendí un cigarro.

—Pase —dije cuando el timbre sonó.

La puerta se abrió y Butler apareció en el vano. Antes de entrar, echó un vistazo alrededor. Pero no había en su mirada indicios de que esperara hallar algo en especial. Más bien se trataba de la rápida inspección ocular que uno hace cuando entra en una habitación por primera vez. Finalmente, posó su vista en mí.

—¡Hola, Ares! —dijo, y atravesó la pieza con paso indolente.

Le devolví el saludo con un gesto de mi cabeza.

—Siéntese, Butler, y dígame a qué debo el honor de su visita.

Él se arrellanó en el butacón próximo a la mesa y entrelazó los dedos de sus manos manicuradas. Hundido en el asiento, dejó ver sus dientes blancos, y el fino bigote se extendió a lo largo de su boca. Luego hizo una profunda inspiración, como para llenarse los pulmones de aire fresco. Bruscamente, su mueca cesó. Su semblante se tornó sombrío y sus ojos se volvieron duros y fríos como el granito.

—¿Dónde está Lu-mei, Ares?

No noté intención afectista en el tono de su voz, pero la inflexión era tan dura como la expresión de sus ojos. También creí notar que su pregunta ocultaba cierta incertidumbre. Me recliné en el sillón y giré hasta ponerme frente a él.

—¿Por qué me lo pregunta a mí?

Él frunció los labios y olisqueó en torno.

—Sé que estuvo aquí —afirmó.

—¿Ese perfume es exclusivo de Lu-mei? Los ojos de Butler se achicaron más.

—Yo detesto las coincidencias, Ares. Puede que otra mujer que use el mismo perfume lo haya visitado recientemente, pero prefiero creer que no.

De pronto entornó los ojos y movió significativamente la cabeza. «¡Qué estúpido soy!», exclamó y salió corriendo hacia el pasillo. La rapidez de sus movimientos me impidieron detenerlo. Se dirigió al cuarto de damas donde se hallaba Lu-mei.

Yo entré casi pisándole los talones. Lo registró todo. En vano: Lu-mei había desaparecido. Pero la sutil estela que delataba sus pasos flotaba aún en el ambiente.

Butler me clavó la mirada con ceño desafiante.

—No se saldrá con la suya, Ares —y me volvió la espalda. Regresé a la oficina y me senté. Cuando iba por el tercer cigarro vibró el timbre del teléfono. La vocecita de Lu-mei todavía denunciaba temor.

—Esperaba tu llamada —dije—. No te recomiendo que vuelvas a tu casa por ahora. Butler salió muy violento de aquí.

—No pensaba volver —respondió—. Ya debe estar enterado de todo.

—¿Qué hay de ese negocio que me propusiste, linda?

—No puedo hablar de eso en este momento. Ya te llamaré después.

Mascullé una palabrota.

—Quizá para entonces no esté interesado en participar en él —repuse.

—Entonces lo sentiré mucho —respondió bajando la voz—. Pero creo que aceptarás.

—No estés tan segura —objeté. Empezó a murmurar algo y la interrumpí—. Bueno, bueno, si no me localizas aquí, déjame el recado en el Plaza. —Le di el número del teléfono y agregué: —Pregunta por Carlos.

24

El final de un nomo

El timbre del teléfono sonó. Me incorporé en la cama y mascullé algo obsceno; las flechitas lumínicas del despertador señalaban las tres y media de la madrugada. Estiré el brazo y levanté el auricular.

—¿Qué hay?

—Nuestro amigo está de mal humor. —Era la voz del sargento González, pero no parecía dirigirse a mí; probablemente hablaba con Gastón—: Estamos en el necrocomio, Ares, Lléguese acá. Queremos mostrarle algo.

—¿Qué demonios se traen ustedes ahora? —inquirí.

—Dentro de media hora —se limitó a decir antes de colgar.

Coloqué el auricular en su sitio y me quedé mirando reflexivamente la ventana. La lluvia salpicaba furiosamente los cristales. Era una noche maldita para visitar el necrocomio o cualquier otro lugar.

Encendí un cigarro y, lentamente, dejé salir el humo inyectado en mis pulmones. Luego retiré la vista de la ventana y la paseé por la habitación, sumida en la verdosa penumbra que provocaba la luz intermitente de un anuncio lumínico. Me senté en el borde de la cama, le di otra chupada al cigarro y lo aplasté contra el cenicero.

«Otro muerto —me dije—. ¿Quién será? ¡Si esos polizontes no fueran tan misteriosos...!»

Cogí el impermeable y salí al pasillo. Todavía maldiciendo, descendí la escalera y crucé el vestíbulo. Detrás del mostrador el muchacho dormitaba. En un sofá, el sereno contemplaba el agua que caía. En otro, Gastón y González sonreían.

—Sabíamos que saldría por aquí, Ares..., para ir al necrocomio, por supuesto.

—¿Qué sucede?

—Ya lo verá.

Me puse el impermeable y los seguí a la calle. En el necrocomio traspuse, siguiendo a Gastón, la puerta custodiada por un policía. Detrás de mí marchaba González. En la sala refrigerada avanzamos un trecho por un pasillo central. Gastón se detuvo frente a una mesa móvil y destapó bruscamente un cadáver. Le eché un vistazo. Si esperaba juzgarme por mi reacción, se llevó el gran chasco. No moví ni un solo músculo del rostro. Por otra parte, la cara del hombrecito no me decía nada: nunca lo había visto. Sin embargo, algo intangible en él me lo hacía familiar.

—¿Quién es? —pregunté levantando la vista.

González dejó escapar un soplido. Sus labios se crisparon en una mueca irónica. Gastón me miró con semblante dubitativo.

—Vamos..., vamos, Ares.

Volví a observar la cara destrozada del enano. Estaba rígida y sucia. Una mezcla de lo que podía ser sangre y fango se había endurecido por distintas partes de su piel. Era un espectáculo macabro y obsceno.

—¿Quién es? —repetí.

Ninguno de los dos salió de su mutismo. Cruzaron entre ellos una burlona mirada de entendimiento y volvieron a clavarme otra, acusadora. Me cansé.

—¡Al diablo con ustedes! —dije, volviéndoles la espalda.

—Está bajo arresto, Ares —farfulló Gastón—. No dé un paso más.

No era cuestión de ofuscarse. Contemplé el macabro salón. Sobre otras mesas había cadáveres destrozados por muerte violenta..., y el sonido de un arma amortillada es inconfundible. Me volví.

—Usted lo mató. Ares.

Retrocedí para mirarlos frente a frente.

—Conque lo maté, ¿eh? —Ninguno respondió: me miraban con pétreo semblante—: ¿Por qué lo maté?

—Querella por el reparto del botín —contestó Gastón.

Les mostré todos mis dientes. La cosa era muy graciosa.

—¡Ah, vaya!

—Sus ironías no me convencen, Ares —desmontó el arma y la guardó de nuevo—. Primero él intentó despacharlo y gracias a una coincidencia no lo logró. Después usted lo dejó frío. Era lógico, casi lo esperábamos.

—¡Bah, ustedes buscan una cabeza de turco!

—Se equivoca, Ares —intervino González—. Negar que no conoce al enano, no lo salvará. Sabemos cómo ocurrió el hecho.

—¿Si? A ver, cuéntemelo. Así seremos tres en saberlo.

—Pronto tendrá que comerse esos sarcasmos, Ares. No negamos que al principio nos equivocamos, pero, ¡qué caramba!, ¿quién no se equivoca? Lo importante es que ahora estamos en lo cierto. Usted no mató a Susana. Hemos comprobado que ni siquiera la conocía en vida; pero la noche de su muerte usted vio al asesino, o alguna pista lo condujo a él en los días subsiguientes. Después de su arresto y exoneración, usted persistió en sus propósitos; ¿Por qué, Ares? Le dijimos que se abstuviera de inmiscuirse, pero no nos hizo caso. Era obvio, trataba de reunir el mayor número de pruebas contra el hombre a quien ya usted había comenzado a chantajear. Es decir, este hombre —aclaró, señalando al enano. Hizo una pausa. Yo le mostré mi doble carrilera de dientes. Él miró a Gastón como buscando aprobación y después prosiguió—: El tipo se cansó de sus demandas y decidió eliminarlo. La otra noche, gracias a nuestra oportuna llegada a su oficina, la trampa le falló; entonces usted decidió que era hora de acabar con él.

Sonreí. ¡De manera que era el mismo enano! Claro que al principio pensé que podía ser él, pero también podía no serlo. No era el único enano de la ciudad. Y en las ocasiones en que yo lo había visto, la oscuridad y la distancia me habían impedido captar sus rasgos. Le eché otro vistazo. No había duda, era el maldito enano.

—Bueno —dije— la cosa es transparente. Intentó matarme y lo maté. ¿Y Vertientes, el banquero? ¿A quién se lo cargarán? ¿A mí también?

Gastón hizo un ademán y González le cedió la palabra asintiendo.

—Como usted mismo dice, aunque eliminando el sarcasmo, la cosa es transparente, Ares. Esto fue aproximadamente lo que sucedió: Vertientes contrata al enano para que mate a Susana, mientras él se prepara su coartada en México. Una coincidencia hace que ese día usted vaya por las cartas del senador, según confesó su hija; allí encuentra a Susana muerta. El enano, que sólo ha tenido tiempo para esconderse, lo descalabra y, con el fin de incriminarlo, nos llama y huye, pero deja tras sí una pista que le permitirá a usted dar con él. Entonces comienza entre los dos un forcejeo por el botín que, probablemente contradiciendo las órdenes de Vertientes, el enano

sustrajo de la casa. Para poder amarrarlo corto, usted sigue acumulando pruebas contra el enano. Llama a Vertientes para confabularse contra el hombrecito. Éste lo comprende así y le llena el cuerpo de plomo a Vertientes... O quizás después de conocer usted el secreto de Vertientes, lo llamó para chantajearlo; claro que existen sus lagunas, pero... ¡Bueno, con su confesión esperamos llenarlas! —Cubrió el cuerpo del enano con el lienzo barato que había sobre la mesa y dijo secamente—: ¡Vamos!

—Es una excelente teoría —dije sin moverme—. Sólo tiene un punto objetable: yo no maté al enano. Ni siquiera sé cómo murió. Gastón introdujo la mano en el bolsillo del saco y extrajo un objeto.

—¿Le dice algo esto?

Estiré el brazo y lo cogí. Era un perno... o lo que quedaba de él. Había sido limado. No se necesitaba a un experto para certificarlo, saltaba a la vista.

—¿Qué es? —indagué indiferente.

—Un perno —respondió González—. No nos dirá que no sabe lo que es un perno, ¿verdad? —su voz tenía un acento burlón.

—Desde luego que no, pero ¿qué demonios tiene que ver con esto?

—Pertenece al freno del carro que guiaba el enano —aclaró Gastón—. Supongo que eso le refrescará la memoria. Él le preparó una trampa y falló. Usted le devolvió el cumplido y mire ahí el resultado —su índice apuntó a la mesa—. Por supuesto, usted fue más vivo.

Entonces comprendí lo del fango en el rostro inmóvil del enano: su cuerpo había rodado por tierra en un premeditado accidente automovilístico.

—Vamos —repitió Gastón.

No hice ninguna objeción. Los pensamientos comenzaron a sucederse en mi mente con centelleante rapidez. Todo obraba en contra mía. Buscaban quien pagara el pato y yo estaba disponible. Encendí un cigarro y eché a andar delante de ellos. Di varios pasos y me detuve; necesitaba pensar.

—¿Cómo se llama el enano? —pregunté, mientras calculaba mis posibilidades de ganar la calle.

—César Blambino —respondió Gastón—. Le decían Tarugo. No sé si por su tamaño o porque trabajó en un circo. Últimamente se dedicaba a la venta de billetes.

Por mi mente cruzó como un relámpago la nota de Vertientes: «Los billetes, Ares.» Y me pregunté si no tendría algo que ver con aquel enano billetero.

—¿Para qué se lo explica, teniente? —terció González—. Él conoce el asunto tanto como nosotros.

No importa —dijo Gastón—. Sabiendo que estamos al tanto de todo, no intentará engañarnos.

Sus voces me parecían distintas en aquel momento en que yo hacía desesperados cálculos. La oportunidad que buscaba se presentó cuando llegamos a la puerta. Quizás no fuera una buena oportunidad, pero no vacilé en utilizarla. Al trasponer el umbral, el celador de la morgue entraba empujando una camilla de ruedas donde yacía un tipo tieso como una momia. Escurrí el cuerpo y pude pasar, pero Gastón y el sargento González quedaron separados de mí por el carro durante varios segundos. Sin perder tiempo uní mis fuerzas a la del hombre que empujaba el vehículo, y se lo lancé encima. Fue un movimiento inesperado que los cogió de sorpresa.

Entonces salí disparado. Crucé velozmente el pasillo y gané el interior del cementerio zigzagueando entre cruces y mausoleos. La lluvia había amainado. La voz de Gastón tronaba, maldiciendo en la aterradora quietud de la noche. Resbalé en el suelo fangoso y caí. Algo sólido golpeó mi frente, encima del ojo derecho. Muchas lucecitas brillaron ante mis ojos. Después, en la oscuridad que sobrevino, creí sentir la agradable sensación del agua que me corría por la cara.

Tercera Parte

La solución del enigma

Quién ama es siempre pródigo

BOECIO

25

Y el señor dijo: “Hágase la luz”, y...

Todo en torno mío permanecía silencioso e inmóvil; y, en la inquietante oscuridad de la noche, se destacaba la sombría blancura de las tumbas de mármol. El dolor de mi frente se agudizó. Hice una larga inspiración para mitigarlo y traté de incorporarme chapoteando en el fango. Ya no llovía, pero el cielo encapotado presagiaba nuevas lluvias.

Recostado contra un mausoleo que se erguía esplendente («vanidad de vanidades...») observé las manecillas de mi reloj: faltaban minutos para las cinco de la madrugada. Oteé la oscuridad en todas direcciones; no se veía nada y salvo el rumor ululante del viento, ningún ruido alteraba la silenciosa quietud del cementerio.

Eché a andar. Cuando di varios pasos tropecé con una pila de agua. Aquello era una bendición. Me quité el fango del rostro y por asociación vino a mi memoria la cara enfangada del enano. Suspiré. Así podía acabar yo algún día: una puerca masa inerte y sanguinolenta.

Antes de saltar la verja que da a la calle Zapata, boté mi impermeable. Estaba sucio y supuse que atraería la atención sobre mí... y, por segunda vez en aquel condenado asunto, yo debía pasar inadvertido.

La tormenta había cesado. A través de la ventana entornada del maloliente hotelucho contemplé la limpidez del cielo, nuevamente azul. Pero mi ánimo aún estaba sombrío.

Regresé a la cama y me dejé caer en ella. Tiré la colilla del cigarro y encendí el radio. Los *flashes* de último minuto me habían hecho famoso. Una vez más yo era noticia de primera plana. Encendí otro cigarro y, alelado, observé las anillas de humo deshacerse, en el cielo raso.

Sumido en mis cavilaciones empecé a relacionar los aspectos más sobresalientes de aquel asqueante enigma. Mis razonamientos fueron más o menos los siguientes:

1° A Susana la habían asesinado para sustraerle un objeto que escondía, con las cartas y las joyas, en una cajita de forma oblonga. ¿Qué objeto era ése?

2° Todo en el cuarto de Susana indicaba que recibió la puñalada de algún íntimo que no le inspiraba recelo, seguramente uno de sus amantes. ¿Cuál?

3° No cualquiera de sus amantes, sino uno que conocía el valor del objeto y el lugar donde estaba escondido.

4° Según Lu-mei, Butler y ella estaban presentes cuando Susana recibió la noticia. ¿Qué noticia? ¿La noticia de que el objeto tenía gran valor?

5° Vertientes, amante de Susana, escribió en una notica, antes de morir a manos del enano: «Los billetes.» ¿Qué billetes? ¿Dinero acaso? No era probable, pues según Lu-mei, el «objeto» no podía utilizarse si ella o Butler hacían una denuncia.

6° El enano, asesino de Vertientes, era billetero.

Entonces, en forma intempestiva, surgió la idea en mi cerebro: Vertientes, amante de Susana, antes de irse para México le regala un billete completo de la lotería que obtiene el premio mayor. El famoso «objeto» no es más que ese billete. ¿A quién se lo compró Vertientes? Al enano, naturalmente. Este último, después del asesinato de Susana, presume que ésa fue la razón de su muerte, pues los periódicos no hablan nada sobre este asunto. Como la compra la presenció otra persona, sospecha que ésta cometió el crimen, llega de alguna forma a un acuerdo con ella y, entre ambos, se dan a la tarea de eliminar a quien pueda testificar sobre la existencia de los billetes. Ésa debía ser la razón del asesinato de Vertientes y de los intentos por eliminarme. «Todo eso está muy bien, Ares —me dije—, pero ¿quién puede ser el cómplice del enano?» ¿Butler? No. Butler sigue creyendo que los billetes están dentro de la caja. Además, de ser Butler, ¿para qué hubiera necesitado al Cinqueño? Este último tampoco, porque parece ignorar la existencia del billete. Además habría que admitir que era amante de Susana, lo que resulta absurdo. No, tampoco el Cinqueño. ¿El senador? Altamente improbable; su coartada era perfecta. ¿Rameral? Ése no mataría una mosca. Además, ¿qué podía significar el premio para un hombre tan rico como él? Por otra parte, habría que admitir que después de retirarse de la casa, volviera. No tendría sentido, en ese caso, la desnudez de Susana. ¿Soto Padua? ¿Para qué? Es

inmensamente rico... Y, entonces, ¿quién queda? ¡Vamos, Ares, sosiégate! Si Susana estaba con Vertientes, ¿cómo iba a estar presente otro amante? Aunque posible, no es probable que estas mujeres reciban simultáneamente a dos amantes. Sí, pero... y ¿si ese amante no aparece ante los demás como tal? El chofer. Maqueira. ¿Será posible? Es atractivo para las mujeres... ¡Ah, Maqueira! Hay algo en ti que no encaja aquí, o hay que dejar de creer en los hombres... Empecemos de nuevo. ¿El Cinqueño? No, no tiene sentido; ¡el Cinqueño, amante de Susana! Es cierto que era una mujer insaciable, pero incluso estas mujeres suelen tener su código. Hay ciertas reglas selectivas a las que generalmente se atienen. No, como amante, no. Pero volvamos a las suposiciones originales. La estructura de todo el razonamiento descansa en que no pudo ser el Cinqueño, debido al tiempo transcurrido entre la muerte de Susana y el momento en que me descalabraron. Pero... ¿Y si el Cinqueño, por cualquier razón que se me escapa, tuvo que estar más tiempo del previsto en la alcoba azul? Digamos que, pese a estar bien visible, no se percató enseguida de que aquélla era la caja que buscaba, o que la búsqueda de otros objetos en la casa se prolongó excesivamente, o incluso, que después de retirarse se dio cuenta de que había dejado atrás algún indicio comprometedor y volvió pata hacerlo desaparecer...

Sonreí. En aquel momento angustioso mi cerebro elaboraba febrilmente una conjetura tras otra. Comprendí que estaba sentado sobre el cráter de un volcán que en cualquier momento podría hacer erupción y petrificarme como a los antiguos pompeyanos. Me incorporé en la cama y fui hasta el lavabo. Durante largo rato dejé que el agua corriera por mi nuca. Después volví a acostarme y vuelta a lo mismo.

De acuerdo con esta lógica, me dije, el problema adquiere sentido. El Cinqueño, después de golpearme, huye con un objeto al que atribuye un valor, conforme a la patraña de los Long que Butler le había contado, pero desconociendo que dentro estaba el objeto que lo hacía tan codiciado. Aquí algo se sale de la lógica: nada en el cuarto de Susana indicaba lucha. No había desorden, y es evidente que nadie se deja asesinar tranquilamente en la cama. ¿Y si estaba dormida? ¡Ah, ya eso sería otra cosa! El senador, después de salir con Caíta, deja a Susana acostada, y ésta se queda dormida. Entra el Cinqueño y... ¡oh, el Cinqueño, es necesario hablar con él! ¿Habría hurgado

ahora en la urna hasta dar con el resorte que libera el segundo mecanismo? No, si eso hubiera ocurrido, no necesitaría de Lu-mei. ¿Y si ésta mintió y no existe tal resorte? ¿Será, en fin, cierta la patraña de Butler?...

Confieso que alcancé un estado, en las horas que estuve encerrado en aquel cuarto, en que mi capacidad de análisis comenzó a ceder; al caer la tarde, completamente agotado, me quedé dormido. Varios minutos después desperté sobresaltado: si el análisis sobre el Cinqueño era el correcto, ¿quién había asesinado a Blambino? ¿El Cinqueño? ¿Pero si no conocía la existencia de los billetes premiados!... A medida que trascurrían las horas mi excitación iba en aumento. Mi confusión también. A las diez de la noche me di una ducha y salí a la calle.

26

La venganza del Cinqueño

A las diez y media de la noche, el auto que había tomado dobló el recodo que forma Egido para fundirse con Desamparados, y bordeando la Avenida del Puerto fueron quedando atrás lupanares, tabernas y hoteluchos. Yo buscaba uno de ellos. Se llamaba La Ronda. Es decir, Carlos, el coctelero del Plaza, había logrado entresacar de la complicada jerga de Lu-mei las palabras «Sonda», «hotel» y «once de la noche». Sobre esto no parecía existir duda, pero hojeando la guía telefónica pude comprobar que no existía ningún hotel Sonda y sí uno nombrado La Ronda, situado en la Avenida del Puerto. Era un lugar bastante apartado que se prestaba para la trampa que probablemente iban a tenderme. Deduje en consecuencia que La Ronda era mi objetivo y le ordené al muchacho que guiaba el auto, que fuera despacio para echarle un vistazo al lugar.

Más allá de las ruinas de la iglesia de Paula, un anuncio lumínico destacaba la ubicación de La Ronda. Era un edificio de tres plantas situado en el sector más tenebroso de la Avenida. Pasamos frente a él y escudriñé la oscuridad que lo envolvía. Estaba silencioso y su puerta de arqueado dintel semejaba la sombría entrada de una gruta.

Dimos otra vuelta y oteé los muelles frente al hotel; luego le rogué al muchacho que aguardara por mí en la bocacalle siguiente y volví sobre mis pasos resoplando como una bestia que olfatea un peligro inminente.

Traspuse la entrada. Detrás de la ventanilla de una caseta que había a la derecha, un hombrecito de tez cetrina despegó la vista del folletín que leía y me miró inquisitivamente.

—¿Qué busca? —preguntó.

—Información.

—Esto es un hotel de hospedaje —rezongó—. Dos pesos la noche.

—Ya tengo donde dormir —respondí, e introduje entre los barrotes un billete de a cinco—. Busco a una dimita. Una china joven, menudita, llamada Lu-mei.

—No la conozco —replicó, y trató de retirar el billete—. Aquí no hay ninguna china.

Como todos los indicios parecían apuntar hacia un entendimiento entre Lu-mei y el Cinqueño, dije:

—Quizás viva aquí un tipo elegante al que le sobra un dedo en la mano derecha. ¿Lo conoce?

Descorrió los labios y mostró dos hileras de dientes amarillentos.

—Quizás —dijo y chasqueó los dedos en forma harto sugestiva.

Deslicé por la abertura el billete de a cinco.

—Un tipo muy elegante alquiló una pieza hace varios días. En efecto, le sobra un dedo... Hace un rato estaba en su habitación. Número cinco, segundo piso —volvió a reír sin deseos—. ¿Es también amigo suyo?

—¿Y si no lo fuera?

—En ese caso iré a su entierro —volvió a reír. Fue la primera vez que lo hizo con deseos.

Subí al primer piso y busqué el número cinco. Le comprobé la carga a la pistola, luego tomé con la mano libre el picaporte y lo hice girar, pero la puerta no cedió a la leve presión que ejercí sobre ella. Entonces toqué y me hice a un lado con la luger en la mano. Lu-mei apareció en el vano.

—Pase, Ares —murmuró sonriendo—. Lo esperábamos.

Penetré detrás de ella y le eché una ojeada a la habitación. Sobre una mesita había varios vasos, coca-colas y una botella de bacardí. El Cinqueño escanció un poco en un vaso que tenía delante y repitió:

—Sí, Ares, lo estábamos esperando. Siéntese. Dentro de un momento llegará nuestro dilecto amigo Butler y entonces podremos conversar un rato.

Coloqué mi silla de modo que la puerta quedase al frente. Lu-mei se sentó en el brazo del butacón del Cinqueño y jugueteó con su pelo.

—Juan y yo nos hemos enamorado —explicó con sencillez en un español bastante pasable. Sus ojos fulguraban extrañamente—. Butler tendrá que comprender eso.

—Tendrá que hacerlo —corroboró el Cinqueño—. Sin ti no hay trato —la apretó contra sí—. Yo tengo la caja y pondré las condiciones. ¿Qué dice usted, Ares?

—Por lo que sé de él, creo que comprenderá —confirmé muy serio—. En todo caso, por obtener la caja llegará a cualquier transacción.

—Lu-mei me hizo ver la conveniencia de llegar a un entendimiento amistoso con ustedes. Nada sacaremos con matarnos unos a los otros. Así que guarde la pistola y brindemos por la amistad, Ares.

Vertió un poco de bacardí en un vaso y preguntó:

—¿Cómo le gusta, *straight* o Cuba libre?

—No bebo, gracias.

Los ojos del Cinqueño relampaguearon. Se volvió hacia Lu-mei.

—Te dije que esto no iba a resultar.

Ella sonrió. Luego echó en el vaso un chorrito de coca-cola que apenas coloreó de pálido topacio el bacardí.

—Por un feliz entendimiento —dijo en su horrible inglés, y se bebió el contenido del vaso.

—Resultará, querido; Ares brindará con nosotros por la amistad.

Volvió a verter bacardí en el vaso y me lo acercó.

—Beba —dijo con gracia y dulzura.

—No, gracias —repetí—, soy abstemio.

El Cinqueño dio un manotazo sobre la mesa y me fulminó con la mirada. De pronto, todo el calor del infierno debió desatarse en sus tripas. Se incorporó con el rostro congestionado y se llevó la mano al estómago, mientras una súbita lividez se extendía por su rostro. Trató de extraer el arma que llevaba bajo la axila, pero sus manos se crisparon y su cuerpo convulso cayó sobre el piso.

—¡Perra —exclamó—, me las pagarás! No vas a...

A pesar de mi prevención contra algo parecido, por un instante me quedé perplejo. Luego me incliné sobre él y traté de provocarle una arqueada. Fue una insensatez, peor aún, una estupidez. En aquel momento, algo sólido chocó con mi cabeza y la habitación estalló en mil fragmentos luminosos...

—Bueno, Ares, sólo falta la *Ballerina entre bastidores*. ¿Dónde está?

Levanté los párpados trabajosamente y paseé la vista por la habitación. Todos los objetos aparecían grotescamente deformados por la neblina de mis ojos; al cabo, ésta se desvaneció.

Allí estaba Gastón sentado sobre la cama. Un poco más allá, en una butaca, se hallaba el sargento González; en la puerta, un policía uniformado y, asomando su cara cetrina, el hombrecito de la carpeta.

Palpé el chichón de mi cabeza y retiré la mano impregnada de sangre. Dentro, alguien parecía estar martillando sobre un yunque. Gastón repitió su pregunta.

—¿Dónde tiene la *Ballerina*, Ares?

Crucé sobre el cuerpo despatarrado del Cinqueño y fui al lavabo. El agua fresca me despejó un poco.

Volví a la silla y me senté. Todos los objetos robados en casa de Susana estaban sobre la mesa y, en efecto, sólo faltaba la *Ballerina*. Lu-mei no podía haber hecho mejor trabajo. Miré el reloj, hacía rato que había pasado la medianoche; con las vueltas que daba el mundo, en aquel momento ella y Butler podían estar riéndose de lo lindo en cualquier parte de la tierra.

—¿Y la china?

Gastón miró a González y rió. Éste sonrió y volvió la vista hacia mí.

—¡Vamos, Ares!, ¿no tiene usted imaginación? ¿Acaso cree que podrá dormirnos otra vez con esos cuentos?

Yo suspiré con gesto de cansancio.

—La china, mujer de Butler, fue quien lo envenenó; cuando intenté socorrerlo, me descalabró. —Me sentí un poco ridículo con la explicación.

—Para ser detective, es usted bastante ingenuo —se burló Gastón.

—Se pasa la vida recibiendo porrazos en habitaciones ajenas —añadió González y llamó al cretino que fisgoneaba en la puerta—. ¿Había alguna china esta noche aquí?

—Él vino preguntando por una —contestó el tipo—. Pero le dije bien claro que aquí no vivía ninguna china. Entonces me preguntó por ése — señaló al Cinqueño.

Gastón mostró júbilo en su cara llena de baches.

—¿Qué pretendía, Ares? ¿Despistar con lo de la china?

Me encogí de hombros.

—Lo envenené y después yo mismo me di el porrazo.

—O se lo dio él justamente antes de caer fulminado por el veneno — opinó González.

—¡Bah! En este asunto ustedes han demostrado estar en la luna de Valencia.

—Podemos tolerarle sus sarcasmos, Ares. Nuestra situación nos lo permite. Usted mató a Blambino, pero éste, que había dado el golpe junto con el Cinqueño, no era quien guardaba las joyas; así que decidió usted venir aquí por ellas.

—¿Por qué, mientras discutimos este asunto, no ordena... que detengan a Butler y a su esposa? Vale la pena, Gastón. ¡Anímesese! ¿Qué puede perder?

—¡Qué divertido es usted, Ares! Bien, puesto que lo quiere, iremos para el precinto. Allí nos dirá todo lo que queremos saber... Todo, Ares.

Dejé escapar un soplido. Otro policía irrumpió en la habitación.

—Lo llaman por teléfono, teniente —dijo.

Cinco minutos después, Gastón regresó con expresión contrariada.

—Bien, Ares, explique lo de la chinita.

González levantó la cabeza extrañado.

—¿Qué pasa? —inquirió.

Gastón se volvió hacia él.

—Butler y una china perecieron en su casa. Se produjo una explosión cuando intentaban abrir una caja que al parecer tenía dentro un objeto de porcelana... o algo así.

—La venganza del Cinqueño —murmuré.

Gastón me miró, intrigado.

—A ver, Ares, ¿cuál es el origen de todo este enredo? ¿Qué contenía el paquete que le produjo la muerte a Butler y su esposa?

Sonreí.

—La lotería.

Gastón golpeó la mesa con exasperación.

—¿Prefiere seguir con sus chistes, Ares? En ese caso podemos ir a un lugar adecuado para bromas...

—Parece un chiste, ¿verdad? No tiene gracia, lo sé. Lo cierto es que Butler esperaba encontrar allí un billete de lotería premiado, que Vertientes le había regalado a Susana.

—Todo eso suena muy oscuro —rezongó Gastón—. Es mejor que comience por el principio.

Me encogí de hombros.

—No es tan oscuro como parece —dije—. Escuche...

27

El gambito aceptado

Al concluir mi narración, el teniente y René cambiaron una mirada de inteligencia. Siguió un largo silencio.

—Eso es todo lo que podría interesarles —repetí—. El resto es historia que seguramente conocerán bien por la lectura del sumario de la causa y de los periódicos de la época. De este asunto se habló bastante.

El teniente se puso de pie y desconectó la grabadora.

—No necesitamos más información —dijo—. Todo concuerda, Ares. Es asombroso cómo tiene grabado en la mente cada detalle de un suceso tan lejano.

Sonreí con amargura.

—¿Usted cree?

No —admitió—, me doy cuenta de que, en una situación similar, también yo retendría esos detalles con la misma nitidez. Ahora, el teniente —señaló con el índice a René— le hará conocer algunos hechos que usted ignora. Así podrá completar su información, aunque ya de nada le sirva, sobre esos sucesos que tuvieron tan marcada influencia en su vida. Después podrá salir tranquilo para su casa, olvidarse de esta pesadilla y reiniciar su vida. Oportunidades hay aquí para todo el que quiera trabajar.

La angustiada tensión a que estaban sometidos mis nervios cedió bruscamente. Experimenté una sensación de gozo indescriptible al oír que podría irme para casa tranquilamente. Era tal mi euforia, que no me percaté de que René hablaba hasta que él, para llamar mi atención, exclamó: «¿Eh, Ares? ¿Qué le parece?»

—Perdón —confesé—, no lo escuchaba.

Él esbozó una sonrisa.

—Claro, claro —dijo—. Le preguntaba —continuó— si sabía que Gastón fue fusilado, por sus actividades contrarrevolucionarias, poco antes de la

invasión mercenaria de Playa Girón...

—Lo ignoraba —confesé.

—Pues bien —prosiguió René—, poco antes de morir, Gastón escribió una carta en la que, entre otros crímenes, confesaba haber recibido anónimamente 10 000 pesos para que acumulara pruebas contra usted, y la promesa de otros 10 000 pesos, que también recibió, cuando usted fuera condenado. Admitió en su confesión que al principio pensó que había sido el senador Ramírez, pero que posteriormente pudo comprobar que esa suposición era errónea, sin que llegara nunca a saber quién había sido el verdadero autor del soborno. Sin embargo, mi impresión personal es que sí lo sabía o, por lo menos, que llegó a imaginarlo, aunque no quiso decírnoslo.

—Ése fue —intervino el teniente— el primer indicio que tuvimos de que usted había sido víctima de una trama criminal.

—Tratando de llegar al fondo de este asunto —continuó René—, conocimos otro dato que por su importancia tendría gran influencia en el resultado del proceso. El juez que le instruyó a usted de cargos, Ares, había tenido relaciones íntimas con Susana.

Una sonrisa triste afloró a mis labios.

—No hay duda de que los hados se habían conjurado contra mí —susurré. René sonrió.

—Lo malo es que eran hados de carne y hueso, Ares —dijo—. Pero hasta ahí los indicios seguían siendo oscuros. El hecho más relevante surgió cuando interceptamos las cartas que Martín Maqueira comenzó a enviarle a la cárcel. ¿Por qué ese señor acaudalado le escribía a usted? ¿Qué relación había, o hubo entre ustedes? Nuestras preguntas eran muchas, y como no teníamos respuestas para ellas, nos lanzamos tras Martín. Puesto que comprobamos que nunca lo había visitado, supimos que cualesquiera que fueran esas relaciones debían tener su origen en los años anteriores a la revolución; y lentamente fueron apareciendo los datos: 1° En el año 51, Martín era un hombre sin fortuna. 2° Por añadidura, trabajaba a sueldo de la famosa Susana, como chofer. 3° Repentinamente, después de la condena de usted, se había enriquecido. 4° El desaparecido Ministerio de Bienes Malversados había hecho una exhaustiva investigación, y se comprobó que el origen de su fortuna era un premio extraordinario de la lotería. 5° Hacia

finales del año 61, las actividades de Martín comenzaron a hacerse sospechosas. 6° Y esto sí resultaba muy significativo: revisando las cuentas del National City Bank, a raíz de su intervención, apareció una, a nombre de la señora de Martín Maqueira, de la que se habían extraído 20 000 pesos en el mes de agosto de 1951. 7° Hablamos con el abogado que lo había defendido a usted, un excelente compañero, y nos dio todos los detalles relacionados con el billete de lotería que usted mencionaba.

El teniente interrumpió a Rene.

—Después de eso, casi teníamos la certidumbre de que usted era inocente. De todos modos, puesto que su comportamiento era bueno, recomendamos su libertad a reserva de proponer una exoneración cuando se reunieran suficientes pruebas al efecto. La actitud suya, posteriormente, confirmó las conjeturas del teniente René y mías. ¿Qué le parece?

—¿De manera —suspiré— que desde el principio yo era una especie de gambito en su tablero de ajedrez?

Ambos sonrieron.

—Sabíamos que no nos defraudaría, Ares. Casi apostamos a eso — explicó el teniente—. Pero tenga en cuenta que usted eligió libremente la dirección de sus pasos después de ser puesto en libertad. Esa decisión fue enteramente suya.

—Por supuesto —admití—, no les reprocho nada.

En realidad yo estaba deseoso de oírles decir: «Eso es todo, Ares.» René interpretó la tensión de mi rostro y murmuró sonriente:

—Enseguida terminamos, Ares. Pero por simple curiosidad, antes de que se retire quisiera saber cuándo se dio cuenta de que Martín era el culpable de que lo mandaran a la cárcel. Porque, hasta donde nos ha explicado, usted hizo un análisis de la situación que señalaba erróneamente al Cinqueño. Claro, debió ser terrible para usted cuando, bruscamente, se encontró que no sólo se le iba de las manos el Cinqueño, sino también Butler y Lu-mei.

—Es cierto —dije—. Estoy un poco cansado, pero puedo explicarles en detalle lo que ocurrió. En los días que precedieron al juicio, empecé a darme cuenta de la situación en que me hallaba: todas las autoridades responsabilizadas con la instrucción mostraban una franca hostilidad hacia mí. Hoy conozco las razones, pero en aquellos momentos no pensé mucho en

eso debido a que ni el abogado ni yo considerábamos que hubiera pruebas decisivas para inculparme, y aquello no nos preocupaba demasiado. Aunque pude convencer al abogado sobre el asunto del billete, él decidió no utilizarlo ni como prueba ni como argumento, porque, como bien decía, íbamos a hablar de unos billetes comprados, vendidos y recibidos por gente que había muerto —Vertientes, el enano y Susana—, y siendo el billete premiado un cheque al portador, carecía de valor legal cualquier argumentación que no fuera acompañada de pruebas testificales irrefutables. Por lo tanto, con los pocos elementos que pudimos reunir, el abogado presentó batalla, y la perdió. Con un agravante; yo había irritado a muchos altos personajes, y salí con la máxima condena aplicable a mis supuestos delitos. Pasé mis primeros días de prisión rumiando amargamente mis estupideces. Después, lentamente, mi cerebro comenzó a razonar con la obligada lógica del que no tiene otra cosa que hacer. Pensar..., pensar..., pensar. Yo tenía una idea guía, mis pensamientos siempre me remitían a ella: Maqueira. Hasta entonces me había considerado un miserable cada vez que le había dado entrada a esa idea en mi mente. Pero ahora los indicios se imponían con fuerza y empecé a sopesarlos... 1° En tres ocasiones sucesivas, durante la época en que me hallaba fugitivo, la policía me sorprendió sin dificultad en lugares que sólo él conocía. 2° En la cárcel adquirí la certidumbre de que el «niño» con quien Maqueira discutía la noche que visité su casa, después de la golpiza que me propinaron los asalariados del senador, era el enano Blambino. 3° Maqueira llamó a mi oficina, la noche en que colocaron la bomba en mi puerta, para decirme que el carro se había roto. ¿Qué necesidad tenía de llamarme a esa hora para eso? En realidad, sólo me llamó para averiguar si aún estaba vivo. 4° Puesto que Blambino se dedicaba a vender billetes en una esquina (12 y Línea) era más que probable que Vertientes comprara el billete que le regaló a Susana mientras ambos viajaban en el auto que guiaba Maqueira. 5° Era notorio en La Habana que las mujeres que hacían vida similar a la de Susana solían contratar choferes atractivos, con quienes sostenían relaciones íntimas. Todos estos indicios, de una u otra forma, habían abordado mi mente antes de que me detuviesen en La Ronda. ¿A qué se debió ese refinado escrúpulo que, pese a mi natural desconfiado, me impedía asociar a Maqueira con hechos como aquél? Todavía hoy me lo pregunto. Quizás veía en él la imagen de un

ser que yo mismo anhelaba encontrar en aquel ambiente de lobos, alguien que no estuviera tan sucio por dentro como los demás, incluyéndome a mí. Este error me costó doce años de cárcel y la muerte de otra mujer inocente.

—¿Cómo? —exclamó el teniente—. ¿A quién se refiere, Ares?

René también se volvió sorprendido mientras me miraba con expresión interrogadora.

—Ese detalle, claro, ustedes lo desconocen. Escuchen esto. —Introduje la mano en el bolsillo y saqué el recorte de periódico que guardaba desde hacía diez años—. Es del año 52 —dije. Luego leí—: «Lamentable accidente en un pueblo de campo. Guanajay. Dic. 3. Por telégrafo.— En el día de ayer, en horas de la noche, fue atropellada por un vehículo la anciana Catalina Guerra, conocida por Caíta, mientras transitaba por la calle Esperanza, en dirección a su casa. La señora Guerra fue trasladada rápidamente a la Casa de Socorros de la localidad, donde falleció minutos después. La persona que atropelló a la citada anciana viajaba en un Cadillac negro, cuya chapa no pudo identificarse, pero el ciudadano Oscar Tejera, dependiente de la vidriera situada en la esquina, dijo que un hombre corpulento de ojos azul claro, pelo rojizo y ondulado, y vestido con elegante traje negro, le había comprado cigarros poco antes del accidente, y tomó después el Cadillac negro que había parqueado al frente. Lamentablemente el dependiente no se fijó en la chapa del carro. La policía ya ha iniciado las pesquisas para dar con el culpable. — Isidro Trelles, Corresponsal.»

—La descripción es, como ustedes habrán notado, un retrato de Maqueira.

—La descripción es pasmosamente fiel —afirmó René—. Pero todavía no comprendo la razón que tuvo Maqueira para matar a Caíta. Parece una muerte inútil.

—No tanto —objeté—. Él quiso eliminar a la única persona que podía confirmar sus relaciones íntimas con Susana. Conocía mi teoría sobre el asesinato, sabía que tarde o temprano yo iba a salir y que si no lograba probar que él fuera amante de Susana, podía sentirse seguro. Y se sintió seguro. Sólo que...

El teniente se puso de pie. Yo también, pero al ver que René se rascaba la mejilla izquierda con semblante dubitativo, comprendí que aquello no había

concluido.

—A propósito, Ares —dijo—, ¿qué fue de la *Ballerina*?

Sonreí compungido.

—A instancias mías, Alicia la conserva. ¿Les interesa?

—Nos interesa.

—Se la enviaré. Para mí sería un recuerdo demasiado obsesionante.

Estaba desesperado por salir de allí, pero no podía contener una pregunta. Era una especie de anhelo indefinido que hubiera querido expresar con mayor naturalidad. Cuando hablé, sentí un ligero temblor.

—¿Y Glenda? —murmuré—. ¿Qué se sabe de ella?

Los dos hombres cruzaron entre sí una fugaz mirada. Una leve sonrisa se extinguió al nacer en las comisuras de los labios de René.

—Vive entre nosotros, Ares —explicó—. Está casada y trabaja como profesora.

El teniente me palmeó la espalda con expresión festiva.

—Para que su curiosidad quede enteramente satisfecha, Ares, sepa que el senador y, lógicamente, Soto Padua, se exiliaron en Norteamérica; en cambio, Rameral se fue a su país de origen después de liquidar sus negocios con el Estado cubano.

Me acompañaron hasta la puerta, pero el teniente no parecía enteramente complacido; percibí en su rostro que una duda le roía las entrañas.

—Todavía queda algo, ¿verdad?

Él se echó a reír.

—Es usted un excelente fisonomista, Ares —opinó—. Sí, queda algo. Todavía no nos ha dicho por qué el crimen no pudo cometerse más que aquel domingo.

—¡Ah! —suspiré—. Era eso... Confieso que su semblante me asustó. En realidad es muy simple, una vez resuelto el enigma. Recordarán que invariablemente la Lotería nacional se jugaba los sábados. El sábado, sin embargo, era un día sin actividades bancarias. Eso obligó a Susana a guardar en su casa el billete premiado. Era un sorteo extraordinario, con premio de medio millón de pesos, y únicamente el hecho de que los bancos estuvieran cerrados podía haber inducido a Susana a guardar en su casa una suma tan

cuantiosa. El lunes, con toda seguridad, el billete hubiera sido depositado en el banco. ¿Comprenden? ¿Qué sentido, entonces, hubiera tenido el crimen?

—Bueno, no lo retenemos más, Ares —dijo René—. Ya lo citaremos para el juicio.

Cuando salí a la calle era de noche. Una maravillosa noche estrellada. El viento frío me golpeó el rostro. Me sentí invadido de tristeza y pesar. Hubiera querido correr a casa de Alicia, pero ¿cómo iba a recibirme después de todo lo ocurrido? Si alguien me había infundido fuerzas en mi desdicha, con sus visitas casi diarias, había sido ella. Cuando salí de la cárcel me rogó que olvidara mis sueños de venganza. ¿Cómo le pagué? Le volví la espalda. Hacía ya siete meses que no la veía. ¿Se habría cansado de rogar y esperar? Era muy posible, y no podría reprochárselo.

Caminé media cuadra y, al doblar la esquina, tropecé con Alicia. Volví el rostro intrigado y vi a René varios metros más allá, sonriendo. Ella, en su exaltación, comenzó a sollozar. Le enjuagué suavemente los ojos con el pañuelo. Entonces me tomó del brazo y juntos continuamos el camino hacia casa.

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy agradecida si recibe de usted su opinión acerca de esta obra, de su presentación y diseño, así como de los títulos editados por esta Colección. Le agradecerá también cualquier otra sugerencia. Nuestra dirección es: Editorial Letras Cubanas, Palacio del Segundo Cabo, O'Reilly 4, esq. a Tacón, Municipio Habana Vieja, Ciudad de La Habana

SOBRE EL AUTOR



IGNACIO CÁRDENAS ACUÑA (Agramonte, Matanzas, 1924) comenzó a trabajar a los nueve años, y a estudiar a los once. En 1945 ingresó en las filas del Partido Socialista Popular, y un año después matriculó la Escuela de Artes Oficios; terminó su carrera universitaria de Ingeniería Eléctrica en 1966.

Enigma para un domingo, de Ignacio Cárdenas, es un apasionante argumento policiaco enmarcado en el corrupto ambiente de la Cuba seudorrepública, y cuyo desenlace se alcanza en nuestra época revolucionaria. Manejando acertadamente los recursos narrativos más característicos del llamado "ciclo negro" de la novela norteamericana, el autor nos ofrece las peripecias de un detective privado en su

confrontación con personajes y estructuras sociales que entorpecen la aplicación de la justicia y el desentrañamiento de una cadena de crímenes. Esta obra, que inauguró en nuestro país lo que ha dado en llamarse "la nueva novela policiaca", logra cautivarnos con su atmósfera de "suspense", al tiempo que nos revela las circunstancias de uno de los períodos más lamentables de nuestra historia.



Ignacio Cárdenas Acuña (Agramonte, Matanzas, 1924) comenzó a trabajar a los nueve años, y a estudiar a los once. En 1945 ingresó en las filas del Partido Socialista Popular, y un año después matriculó la Escuela de Artes Oficios; terminó su carrera universitaria de Ingeniería Eléctrica en 1966.